JORGE ENRIQUE RAMPONI

LOSADA

# LOS LIMITES Y EL CAOS

PQ
7797
.R325L4

JORGE ENRIQUE RAMPONI

# LOS LÍMITES Y EL CAOS

LOS TEXTOS DEL MÁRTIR
LAS HEREJÍAS
LOS ORÁCULOS
LOS RITOS
LAS CONSUMACIONES

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

PQ7797 .R325L4

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1972

*Ilustró la cubierta*
SILVIO BALDESSARI

*IMPRESO EN LA ARGENTINA*
*PRINTED IN ARGENTINA*

Se terminó de imprimir el día
29 de diciembre de 1972 en los
talleres de AMÉRICALEE, S. R. L.,
Tucumán 353, Buenos Aires.

# SABOR ACIAGO

Este sabor aciago,
a rosa de infortunio, a liquen póstumo,
esta napa de esfinge pausada y sin cuartel
que invade y me satura de un lento humor salobre,
como un lúpulo cárdeno la lengua.

Adentro de la selva circular del insomnio con sus frutos de cábala,
bajo el árbol infinito del sol sagrado y cruel, zumbador, delirante,
que agita hasta el escarnio sus pólenes eternos y no me reconoce.
En la racha de infierno del delirio nocturno, prófugo por la frente,
o cuando el corazón, solo en su vástago, oye su soledad mortal entre los huesos.

Este óleo de congojas que apura mi desdicha,
filtrando desde el propio bulbo de la sustancia
las espinas de fieltro de un fatal bebedizo;
tal vez desde la antera de un espanto difuso donde clama la especie
por un lóbulo en trance de ecuación aterrada,
cuyo registro impío
lega a mi corazón un instrumento hereje, templado en cóncavo nefasto,
y me impele sin réplica, me impele
grada a grada al patíbulo del canto en el rito del mártir.

304937

Este sabor a páramo de hueso que me hipnotiza el paladar del alma,
que me confiere a un ídolo con máscara de túnel,
que me honra de este licor verdugo del presagio
contenido en la almendra gutural del sollozo,
cuando, de pronto, el tiempo es una mariposa que golpea en los sesos
y entre las yemas de la sangre deja un lívido tizne como polen de tumba.

Qué habéis hecho de mí, de mi corazón caudal, de mi cerebro de alquimia,
de mi tenor alado en su registro de octubre.

Pregunto por un néctar radiante, por un badajo rubio,
pregunto por un héroe festivo nimbado por abejas sonámbulas;
pregunto por un filtro de trébol y centellas
trepándome los huesos en ajorcas y mieles,
por un meteoro en flor, guinalda de los dioses,
venido de altas islas hechas de pétalos solares.

Pregunto y nadie supo de un calofrío melodioso,
de un violador divino
con su avidez impía de labios sátiros en los capullos.

Recuerdo que en mi puño latía un crótalo verde entonces,
en mi talón la danza,
su llama libre, onduladora, como un pájaro en celo:
y aquellas nupcias del corazón y el alma en tálamos de luna,
y mi velocidad sagrada abajo de los ojos
manando música por los vergeles mi calcañar de fuego y de rocío.

Apenas te recuerdo
mi joven dios de cuerpo siempre diurno,
el heredero de un odeón agreste de fábulas astutas, de astrales resonancias;
no sé si eras verdad, si fuiste un mito cruel, hermoso mío, antiguo,
natural de la dicha;

igual quedaste muerto en un alféizar de ámbar, de sueños, de leyendas,
incorporado al clima con tu inocente ajuar de viento y lluvias;
igual quedaste muerto, antepasado músico, difunto entre los pámpanos,
encadenado a un séquito de espigas y cigarras.

Ahora terco, pausado, caído en mi propio pozo,
con el girasol mártir de un ecuador de llanto,
perdida la evidencia de aquel remoto imperio del que fuera su príncipe,
ciego, esclavo, satélite de una esfinge de polvo.

Cuando el hombre solloza fracasa Dios o el hombre,
cuando el hombre maldice, algún armónico se trunca,
cierta espiral arcana detiene atónita su arpegio.

Transido por la angustia más allá de la sangre que aun es tierra inocente,
más atrás de los ojos, que aun son iris del limbo,
por adentro de un hueso que ya es flauta y ulula,
como un ave de crimen el hombre se devora a sollozos
y ante el furioso diapasón del mundo tañe su víscera de oráculos.

Un día, de bruces en mí mismo, di con la nada inerte,
di con la piedra en bloque de sólido silencio, de tiniebla maciza.

Conminador aciago del oráculo mudo, de la esfinge inclemente,
palpé el tiempo que en ella vive en forma de estatua.

De caída en caída por abismos frontales,
hasta el cetro aborigen del gran ídolo fósil,

bebí de un filtro avieso
sellado en la vertiente de la inercia compacta, del terror lapidario.
Algún ojo de ofidio mineral por entonces me hechizó la memoria,
me quemó hasta las vértebras.

Si fue el reclamo de la nuez estéril que fulmina la sangre,
besé su puño eterno, la semilla mortal toqué en su cápsula.

Alguna yema violatoria, inútil, quedó yerta, al otro lado, por el frío.
Traje en el corazón su abrupto polen, su cifra de intemperie infinita.

Anclado en esa ráfaga
de lince clandestino, de espía de la noche,
cuyo balcón da a lunas de azufre y adulterio,
a cielos de calvario con planetas de crimen
apenas entrevistos por el resquicio de las violaciones,
vi un avatar confuso rumiando la sustancia del rito
que petrifica a ciegas y madura para su propia lepra los cantiles.

El implacable astral, cuyo quehacer consuma la desdicha,
empolla el huevo ciego de los dólmenes,
inunda, inunda, inunda como un ungüento lóbrego la tierra.

Cruzaron mi vida los ríos del dolor y el amor,
las grandes aguas tórridas y crueles,
y ese caudal fanático de abismos que desemboca a tumbos,
a deshora en el llanto.
Y en la llanura ardida y grave,
por temperos del alma vuelta al otoño légamo propicio,
remonta y establece
su pesada corona cierta flor solitaria de abismado linaje.

Se detiene y perdura
emboscada en la propia desnudez de su signo,
como el astro lúgubre de las consumaciones.
Tiempo del desconsuelo
con sabor a vejamen, donde la angustia crece, prolifera, succiona,
como una trepadora parásita del alma,
desovando los mohos de un acérrimo polen que atosiga y reviene,
aborigen de un clima pernicioso y sagrado como un cruel privilegio.

Hora del desvalido
sin más deudo ni amparo que su propio tormento,
que la insidiosa madre
del vinagre de hieles que es su leche de oprobios, su yacija y su báculo.
Solsticio de los pésames rotos de acústica abismal en la frente,
cuando el alma se encona
bajo el celo de un yugo que degluten los mártires,
cuando el corazón pesa, próspero de infortunios, maduro de congojas,
vuelto esa inmensa lágrima que apenas se equilibra en la cuenca del pecho.
La carne toda ciega bajo el párpado a plomo de un desahucio infinito.

Y algo mío y no mío
que se desgaja y hunde por declives del tiempo, tierra adentro del hombre,
donde un último espectro lujurioso se incendia
rezumando agonías como un mártir de otoño;
algo náufrago y fiel, en cuya herrumbre turbia fermenta un sol posible,
acaso un órgano vidente reclama su destino de oráculo del caos;
algo mío y no mío destronado del mundo
levanta desde el fondo ramalazos de injuria, sabores clandestinos,
premoniciones ciegas cargadas de un imperio que no admite rechazo.

# CÓDIGO FÉNIX

*(El Condenado)*

Condenado en sí mismo,
vuelto a su propia esfinge de sangre y de ceniza,
confidente de un tótem
que hace temblar sus huesos como un arpa de oráculos;
intérprete de signos
que le esquivan los ojos pero acosan sin tregua su astrolabio profundo:
indagando un oriente, un tutor inasible,
cierta lámpara madre
cuya fianza infinita respaldaba el azar, los sucesos, la vida;
algún número dios
solamente advertido como el puro cimiento que permite el prodigio;
algún índice ley
cuyo código fénix ha extraviado en su propio laberinto de sangre,
y que recién, acaso, entre las confidencias fidedignas del polvo
rescatarán sus huesos:

A golpe de ojos, digo con un buril de llanto,
al filo de una lágrima vuelta iridio en la angustia,
enhebrando sus cifras en pizarras de afrenta,
en tablas de granito que se le tornan humo,
que se le vuelven fábulas de apócrifos espejos,
mineral licopodio,
pólenes de vejamen
que el viento le deshoja de un lento arpegio de ceniza.

No preguntéis por él.
Cegado por la cauda de un meteoro entrevisto sin confín por la frente,
tal vez se llame prófugo del mundo, quizá huésped forzado del olvido,
pero tal vez atávica memoria
que se convoca a lampos de agonía y se recobra atónita, confusa.

El que conjura y tañe
sus ascuas perniciosas, sus poderes y estigmas,
sus torvos atributos de idólatra sombrío,
cierta noche enconada de raíz extranjera
roza a tientas las puertas de las revelaciones
o pisa los umbrales del éxodo nefasto.

El que se precipita enajenado, dentro,
hacia ese núcleo arcano que inflama su codicia,
hacia ese imán ardiente, vertiginoso al fondo de sus células,
quién sabe en el carozo de su índole aciaga,
pierde sus límites,
provoca sus contrarios, palpa sus vestigios fatales,
se desentiende y gime y está solo a solas
todo bajo los párpados víctima de su rito.

Nubla sus márgenes, acaso, la llama negra del hereje,
pero está grávido, profundo.
Y todo en él remoto, pesado de milenios, lastrado de congojas,
pende del filamento de un latido en la corniza del sonámbulo.

Si le rozáis el halo tenebroso
puede estallar su hebra por algún sismo interno,
caer al laberinto de un terror subterráneo, sin salida hacia el mundo,
hundirse en el ludibrio del sacrílego estéril
sentenciado a la lepra sin rescate posible;
rodar hasta el desahucio de algún despeñadero que percibe en el alma,
acaso con el ojo de la primera sangre,
con el pavor del animal desnudo a quien el dardo mira entre las cejas.

No tiene nombre ahora, ni vínculos ni historia,
sino la adusta herencia de un áspero coraje legado de la especie.
Y siendo el solo de la sola soledad consigo, ensimismada y cruel y de rodillas,
su estar sin nadie es comulgar con todos, al fondo del linaje,
desde esa latitud del ser encandilado, ribera de los dioses,
o al centro de ese espacio que sólo advierte el ciego,
en medio de algún ara donde la piedra es sólida centella.

Si su lengua reniega
del ritual cotidiano, del pan y el vino ardientes, insípidos ahora,
de la miel compartida en los trémulos puentes del coloquio,
vuelto a la atroz codicia de un maná incandescente,
de un paladar prohibido, violatorio, insaciable.
Si al parecer repudia su rostro cruel el aire, las delicias del mundo,
el ojo de no ver afuera, de no ver adentro,
el ojo en sí vacante, inútil de mirar la nada.
Si su oído es de piedra,
refractario al reclamo, estéril a la súplica,
todo vuelto al diafragma del tornavoz profundo, tendido hasta el suplicio:

Un amargo favor le exige su denuedo,
le sobreviene una sintaxis de violaciones y abstinencias,
encandilándole, de pronto, alguna antena mítica del alma,
algún lóbulo a ciegas vidente del estrato,
donde un caudal impío
con la matriz convulsa por magmas rencorosos
agita sus entrañas ya próximo a ser géiser.

Dejadlo
velando a muerte su nacimiento,
con el terror nupcial de la palabra a solas.
Ímprobo y desolado novio de la desdicha,
con la sortija abrupta de los desheredados, lujurioso y ascético.

Hermano es de otro modo el mártir
que carga en su miseria propia todo el tormento, toda la condena.
Profeta con recuerdos
fiel a su doble es uno, sin confín tras sus máscaras.

Ya vuelto Nunca para ser de Siempre,
tal vez se llame de este lado sangre, vihuela del martirio,
y en el reverso aquél, enigma humano
que sin cesar devuelve sus facciones a una incógnita ciega, hereditaria.

Limita, sí,
pero su territorio es de profundidad, de permanencia.
Parado está en el riesgo limítrofe del caos,
hundido en la sustancia quemante del designio
por donde desemboca, de par en par, al celo de la primera esfinge,
al puro azar adrede del último secreto que a sí mismo se sabe,
y que quizá comparta
pariéndolo en confusos avatares su lengua.

La caridad, la compasión no alcanzan,
no perturban la latitud que habita el Condenado.
No querráis mitigar su servidumbre
ni compartir su afrenta, su manjar pernicioso.

Si le llamáis esclavo
sonríe ya investido por graves confidencias del alma con la carne,
porque no supo nunca libertad más honda,
más ancha, más ardiente, más temible también, donde se afinca,
se nutre de presagios, recupera sus deudos
y asume su linaje con la venia del prójimo profundo.

Oh tú, el más íntimo y remoto desconocido cardinal del hombre,
a quien cita mi lengua por su ancestro sagrado
bajo el laurel de fuego legendario del mito:
ampara al que convoca porque es el convocado,
asiste al que se atreve pues tiende a quien lo llama.

Legatario del celo de un poder cejijunto por un pacto que ignora,
inútil es que intente revocar su consigna, que renieguen sus labios,
en vano que se escude tras el yelmo animal de su sangre inocente.
Pariente vivo del misterio, vástago del enigma,
lamerá, Condenado, las gradas del patíbulo su lengua.

El odeón fanático del mártir reverbera en su pecho.

De improviso, a deshora, su corazón satélite se inflama,
súbito huésped
de la oscura abundancia que nutre el río de la lengua,
torrencial entre las fauces del canto.

Lo acosa lo invisible,
criaturas subrepticias del pavor y la noche,
gramáticas sinuosas con una ley de ofidio,
escrituras furtivas en la luna instantánea de los duermevelas
con su rostro de fósforo perverso.

A VECES, en el silencio activo de la sombra,
enredado en la placenta negra del oráculo,
en el álgebra infusa de las premoniciones, del insomnio,
la carne alerta de agonía
escucha crecer el frenesí del polvo en su feroz sigilo;
la angustia recupera su llaga, la lengua
recupera su abeja de alguna flor, de algún engaño estéril diurno;
vuelto a un primer pavor, negro su azogue
como espejo erizado que refracta el silencio,
devuelve el corazón sus lampos de tiniebla.

Penitente, esclavo y libre, mártir entre las rejas del tiempo,
quien indaga su número profundo, enigma tras enigma de su oráculo aciago,
lo sobrecoge un viento de estupor y misterio, de abismal jeroglífico.
Quien golpea con el puño fanático las criptas vedadas,
se le vuelve la frente subterránea, sideral, insondable.
Quien comulga cenizas
en la arrasada copa funeral de la especie,
se enamora hasta el llanto de la magnolia atroz de un hueso.

Dejad al condenado merecer su vejamen,
honrarse en su infortunio, deglutir su cadalso,
hasta que muerte y vida, siempre y nunca en su túnel se le tornen contiguas.

Entonces, el ave sin figura
pero ubicua de un resplandor astral al fondo de los mitos,
tal vez deponga un día
de un estertor ritual entre los sesos un huevo de leyenda;
un huevo legendario
que a contraluz del éxtasis revele
la eterna dinastía de un múltiplo radiante;
tal vez la esfinge madre de la sustancia encinta del misterio,
quizá la yema lívida del caos veteada de tinieblas placentarias,
acaso el sésamo aborigen,
la galladura sacra de un gran relámpago mesías
cuyo texto fulmíneo fuera el álgebra arcana de los dioses.

Dejad al Condenado
consigo todo a solas afrontar el expolio de su instancia maligna.
Abismado en su tótem de fuego y de tiniebla

debe olvidar su nombre, debe abdicar sus vínculos,
camino del reverso destronar la esperanza.

Si cuervo y sierpe arrullan,
ya tórtolas dulcísimas, a dúo en el portal ilícito del pacto,
compartirá con ellos la merienda temible,
la tuberosa artera de apócrifo quilate
que embriaga y envanece de cólera los huesos,
el hongo adulterino que infunde en el poseso la milicia profética,
la leche con escamas
que engendra la inclemencia y empuja a la intemperie del último ostracismo.

Desterrados sus ojos
los abrirá en el búho vestido de amuleto,
al borde de esos vanos excavados de bruces,
de esas puertas fatales que sellan para siempre las lápidas.

Al promediar su exilio
codiciará las torvas dinastías, los duros privilegios,
lo tentará la hazaña del laurel rencoroso
que retoña en las sienes del feroz elegido,
príncipe de la casta del furor, héroe negro, adúltero sagrado,
violador de los sellos carnales de la alianza.
El que rompe los límites del huésped
y vuelve a su linaje de furia y de tiniebla
coronado por un vándalo ciego de exterminio...

Si EL DADO dio el dictamen
tiene una sola cara sin réplica el poliedro.

Abeja de infortunios
templada en la ardentía para las libaciones más arduas del desastre,
demandará las bayas del último recodo,

el liquen despiadado, la flor de la herejía,
hasta acendrar la ardiente sustancia del denuedo
a cuyo azogue accede la ecuación tenebrosa.

Cuando la lanzadera fanática del mártir,
después del santo y seña de los desamparados que deroga los límites,
despose la soflama del santelmo calizo,
cuya pluma de estéril mariposa del médano
le inventa violines de agonía en los vellos finísimos del alma:

La araña atroz y neutra,
la religiosa impía que guarda los desvanes milenarios del hombre,
trayendo a la liturgia su celo lleno de ojos,
reverberando agujas por todas las facetas de su astucia sectaria,
sabrá anudar las señas que aluden los biseles y filtran los resquicios,
hasta apresar la imagen del íncubo nocturno
que flota entre los visos del corazón en llamas.

Después, alguien lo dice,
tal vez el que trasmuta paladeando en secreto los sabores del prólogo,
asumirá el avieso pendón codificado,
el estandarte negro y amarillo,
la insignia en cuyo nido celebra la serpiente que desemboca en fénix.
Tal vez la empuñadura de un báculo de fragua que es cetro de la noche,
bastón de sacrilegios
que silba y centellea sin paz en los estratos,
al parecer al fondo
de una antera prohibida donde se mezcla al polen un crótalo de crimen.

Nimbado por la niebla que engendra el desafuero
descifrará los humos que aroma el holocausto,
al parecer acólito, al tiempo que oficiante,
al par que el ara negra donde canta la víctima mientras llora el verdugo.

Nadie sabe si el plomo fue un aire de inocencia,
si el antro es una cúpula
caída a su equinoccio de abismo sin rescate.

Tal vez el que se atreva más allá de los puentes del último peligro,
acaso el que en sus citas nocturnas con el caos
largo a largo se despide los huesos,
pulso a pulso se despide la sangre, besando sus declives.

Sin duda el que convierta
sus llagas en trofeos, en prendas de esponsales con un dios sin promesas,
cantando en la agonía de un verano de luto
con el tesón de un élitro cruel, inmisericorde,
pero fiel a su casta del himno hasta la muerte.

El mismo que demanda
la luz a la tiniebla flagelándose el alma a golpe de sollozos,
resonando en su caja como un tambor blasfemo,
hasta acuñar la harina profética del mártir,
el pan de hiel y herrumbre
de los desamparados, con cuya hostia debe padecer cada día.

Cuando el gran viento arrastra
sus pólenes perversos cegando las raíces,
golpeando en los umbrales del tornavoz profundo su ramazón de ciego,
no pueden abstenerse las cuerdas resonantes,
no pueden no sonar las cañas del testigo.

Hasta que se destruyan
registrarán la audiencia del rumbo que las pulsa,
del dios que las inmola,
si antes no surge un signo que apacigüe el flagelo,
que rescate la víctima,

si antes no da el registro la cábala del mártir,
la cifra que contenga las zarpas del expolio, los números del caos.

Dejad al Condenado consumar su desdicha.
Enamorado a ciegas
de un órgano sombrío que le succiona el germen, la memoria o el alma,
y en la matriz confusa de su avatar le espeja
lóbregos tornasoles que van del verde cruento al cárdeno ojeroso.

Víscera de la angustia
cuajada de presagios, a cuyo imperio adusto se le enreda el destino,
por cuyo néctar gime, en cuya órbita canta,
sin declinar su sangre ni abdicar de sus huesos,
tan libremente esclavo que llora de rodillas.

Si el corazón soporta lo que la propia lengua del oráculo alude,
trasudando en la alquimia su resina sagrada,
al fondo de un cristal del cilicio vuelto gema del mártir,
acaso recupere su potestad perdida,
su legado de dioses, su talismán remoto, su sésamo de esfinges.

# CEREMONIA DEL CUERVO

De qué remoto germen o ritual pernicioso
llegan al corazón ceremonias de cuervo legendario esta noche,
reverencias de búho
venido del cuadrante de una heráldica aviesa;
mímicas obstinadas de pájaro de túnel
que anuda entre sus cejas la tiniebla y el éxtasis,
y oficia estremecido su animal sacramento, de espaldas al oráculo.

Entre venias pausadas,
frontal a la redonda de su culto sombrío, traza un símbolo arcano,
con las garras en cruz lo signa polo a polo.
Olfatea hacia el norte cierto almizcle maligno
que le enturbia el plumaje con un viento de eclipse.

Cita las cuatro esquinas
con un gesto abismado de pontífice impío, cardinal y remoto;
con el pico en el eje las anuda en un orden jeroglífico ciego.
De par en par las alas
y la cola imbricada de abanico yacente,
en largo vuelo quieto cubre el óvalo y gime su consigna de cábala.
Tendido en él lo asume fanático de indicios,
se tira a las espaldas escamas rencorosas,
lo empolla en su liturgia como a un huevo sagrado.

– Afronta tu desdicha, fértil, enardecido
quién sabe por qué filtro de malicia perversa:
si Dios no está contigo cuando cantas
acaso te laten en el bulbo semillas del demonio.

– Nadie elude su crisma de tinieblas y caos
si nació para el rito de los crueles poderes furtivos de la noche.

– Nadie pierde su estela
si es fiel a su presagio secreto desde el prólogo.

El deudo que responde ya no es él,
su denuedo talla altares feroces en la propia desgracia,
tornavoces aciagos,
púlpitos de la misma materia del gemido.

Ora con eslabones de intemperie maligna,
con pésames de plomo que estampan en el alma su quilate de luto,
encandila una esfinge que rebota en sus huesos.

Quenas dos veces muertas, sin médula y sin soplo,
fosforecen sepultos avatares, álgebras torvas,
esfinges con vísceras de tumba.

Torres del desafío
cumplida la parábola, de regreso en el polvo.
Alfabetos sin quicio que responden preguntas,
turbias admoniciones, animales relámpagos.

Sin confín en la extrema latitud del sollozo
se le conoce a quién invoca en su liturgia.

La audiencia despiadada se le acusa en el ceño de extranjero difícil,
clandestino, sinuoso.
En la lira de fuego que le tiembla en la frente malévola de hereje.
Le cae un yeso negro, funeral, sobre el alma.
Se le vuelven laureles de azufre los cabellos.

Solo ante el ara inicua,
lívido hasta el registro de las revelaciones en la clave del mártir,
le tañe las facciones un viento de otro mundo...

# LA AMANTE IMPÍA

Yo CORTEJO ABISMADO
cierta esfinge del hombre, sin latitud ni rostro,
hecha tal vez del fuego neutral como implacable
que si aventa lo opaco su fulgor no da sombra.
Tal vez de la sustancia de impiedad y vejamen que es mi heredad del mundo,
cuyo sabor me alienta, cuyo favor me abruma cada día.

La cuido con la astucia
que la inocencia extrae de un terror milenario
para incubar un huevo de especie jeroglífica,
de cuyo polo astral puede venirle un doble con ojos de paloma,
o el talismán perverso de oriente subterráneo,
la gema basilisco, la joya de los monstruos.

Le indago los reflejos con que excita mi angustia:
cuando se abstiene alcanzo por magnitud de ayuno
la acústica del celo
que hace porosa el alma o la disgrega.

Entonces
propago en un sollozo de castidad impía
al són desamparado que viola su receso.

La recupero a ciegas
como el secreto núcleo de un encono sagrado,
cuyo almizcle fanático exaspera la pubertad hereje
del corazón dinástico y sombrío.

Mi siniestra esperanza la ronda en círculos ardientes.
Mi furia es sólo amor como exterminio,
quizá condenación como holocausto.

Me cita en los parajes
donde renueva el deudo remotas penitencias, culpas que nunca salda:
donde el misterio anida
dejando esos vestigios que el corazón asume como herencia de ultraje;
en los despeñaderos macilentos
con su hongo pernicioso de color invisible;
detrás de las estepas donde tiniebla y luz permutan sus solares
procreando esa frontera de resaca enemiga,
donde el tiempo es un viento que sopla sin cuadrante,
donde el tiempo es un ojo de improviso recalado en un fémur.

Cosecho las estelas que el corazón le erige
cuando la conmemora o la demanda.
Por territorios suyos, de llantos que son míos,
recojo a fiel del alma sus frágiles espigas:
entre palabras vanas, alguna flor de acérrima simiente,
un ascua del rescoldo
donde su huella es polen de infortunio, sílaba de olvido.

O me acodo en la sangre para hablarle cuando mi soledad excede el mundo.
cuando el río es tan ciego que embiste los pilares y hace crujir los puentes.
Nuestro coloquio es hondo como el desposamiento del hueso y el estrago;
nuestro silencio funde milenios y congojas
hasta dejar su huella sin Dios en el alféizar.

Si la traiciono entonces por un bisel exiguo
su ofensa tenebrosa toma formas de asalto,

se me instala en el alma, besa mi luminaria con un precinto ciego,
me ahoga con un sorbo de intemperie insondable.

El que no sabe y llora, turbulento y baldado,
paga, pero no abdica de la cruel servidumbre
donde avizora un crimen como la dinastía que le abona el linaje
con un terror vetusto, veteado de inocencia:
ese nos vio, quién sabe,
de par en par ceñidos, de par en par desnudos,
apenas si el escorzo de un fémur en la luna.

Callad ahora,
oíd por los resquicios donde reclama y gime su fábula furtiva.
Mece dunas calladas,
promueve aldabas dulces en los acantilados tristísimos del cráneo,
tornasola sus huecos de musgo y sal sedienta
donde zumba el silencio de una flor placentaria.

Si la averiguo llora, se llama con mi nombre,
responde con preguntas,
tanto como sus labios son de arena y olvido.

Si la rechazo pulsa magnéticos estambres,
plumones de impudicia con ese olor a rayo sobre las sepulturas,
con ese olor a tizne mortal sobre los dólmenes;
suspira y se extenúa
como una gran crisálida que entreabre sus vestidos de almíbar tenebroso.

— Amante que me asedias
desde el umbral secreto contiguo a lo infinito,
mimando mi desdicha solitaria de mártir,
espérame: una noche de perdición sagrada
me acostaré contigo pues soy fiel hasta el hueso.

# HEREDAD DEL HUESO

Lo que el mundo no dice
ni la luz revela, lo atestiguan sombríos tornasoles del alma.

Reconozco secretas misivas de la noche,
esquelas perniciosas que el corazón traduce con un torvo aleteo,
ritos de la sustancia llena de ídolos,
digitaciones ciegas de la sangre por teclados de enigma,
tactos desarraigados a tientas por el aire,
meteoros como mitos del sueño,
alamares de un fósforo calizo con la cifra del lampo entrecortada,
y esa facción difusa
donde avizoro un ojo de grandes párpados de eclipse,
que vuelve a su heredad de hueso, a su rostro de abismo cada día.

Si macero la angustia los sueños me destilan presagios,
mapas con un índice negro cardinal hacia el polo de las vísceras;
sobrevienen escorzos amargos en la voz, laberintos de adioses,
odeones hondos de profecía;
antiguos anuncios marchitos reverdecen,
echan raíces torvas, ramos de zarpas, tentáculos de injuria.

Al parecer confundo los días con la sangre,
las noches con el túnel funeral del hereje,

pero tal vez mi espejo penetra para atrás, se remonta hacia abajo.

No sé si mi memoria
es recuerdo o conjuro, o si evoco un sagrado porvenir de silencio.

Desde los barandales
secos de una desgracia que cercenó mi vida, que trizó mis cimientos
de nenúfar aciago con un tajo de insidia, de impiedad alevosa;
desde el balcón de abismo donde cultiva un hueso
de codos en el polvo su castidad desnuda, su paciencia de santo,
llega un ombligo amargo de madre soterrada,
llega un mugrón con bulbos y pelos de tiniebla.

Quien advierta su hisopo
de ramales arteros puede graznar un día.
Quien rumia empedernido su alimento de cuervo
sobrepasa lo suyo, sobrepasa los lindes del vejamen y suda
mohos de hiel y crimen,
tinta de revenido por los poros del alma;
filtra un salitre abyecto,
mana un óxido mártir de animal sentenciado,
desde los tenebrosos
lagares de la especie, bajo un trópico avieso que sazona cenizas.

El mundo estará en flor,
pero a la abeja negra de las consumaciones
se le vuelve el polen acíbar, toda la miel cicuta.

A VECES, DESPUÉS de torvas citas al parecer con nadie en los espejos,
de tactos como afrentas
al borde de recintos que en espiral me legan sus declives de embudo;
de conmemoraciones igual que vituperios,
lo mismo que impudicias en medio a las exequias,

idénticas a un vino de honor con ceremonias de sierpes bajo el tótem,
y danzas vejatorias
como fornicaciones rencorosas al pie de los patíbulos.
De vuelta de esas logias
en donde oficia un huésped con máscara lacustre,
de ausencia tan remota
que todos sus marfiles relucen como lámparas del cieno,
o entre confusos deudos de heráldica postura
inscriptos en su friso de amarga geología,
alguno con un vellón de helecho ritual en las escamas.

Recién emancipado de vínculos
que dejan cicatrices, trofeos o condecoraciones de extrañas tropelías,
ejemplos de niveles sin ley
que sólo alcanza un niño nacido en las escorias funestas de un naufragio,
allá por las riberas donde cantan las arpas
del ajuar funerario de algún padrino atroz, al fondo del ancestro.

De regreso de pactos, de adustas letanías,
de connubios atroces como de sacrificios,
cuyo secreto pierdo en el umbral como la contraseña del retorno,
me amanecen las huellas de unos palpos aciagos en los vanos del alma,
un polen de algas negras
perdura en los biseles marchitos de la sangre,
reconozco una pluma caída contra un zócalo en el sueño,
me estremece el cadáver de un pámpano de escarcha en el alféizar.

Iris, entre cejas errantes, perduran
como el fúnebre cirio en la cripta donde ardió su custodia recelosa del muerto.

A veces una risita gris,
un jeroglífico de humo, una baranda pensativa,
enigmático anfibio de la noche y la congoja,
equívoco en sus fases de mariposa y lento vampiro subterráneo.

Yo no veo, percibo su criatura callada
entonarme su arrullo con su lengua de felpa furtiva y perniciosa.

Del umbral al misterio
fosforesce de pronto su gaviota de hueso y ala de llama fatua.
Reposa y se estremece
con modales de pájaro que encubre su fatiga migratoria.
Reverbera y se apaga cubriendo el ástil ciego con su flotante insignia,
que de pronto es un humo con olor a distancia fugitiva y olvido.

Yo no miro, le escucho modular su silencio
con el tímpano abrupto que desplaza mis vértebras.

De pronto se anardece su estatura en un reto
cuyo nupcial reclamo seduce la estatua de hueso que cobijo.

— Canta, sirena de las lápidas, te escucho,
alguien en mí te escucha, gallo lívido ahora como un ángel blasfemo,
con un iris siniestro sobre la cresta dura,
ave de un alba negra que despunta en la carne.

Alguien en mí te escucha,
sin duda el tenebroso que cultiva en secreto su marfil emboscado,
perfeccionando a ciegas
el carámbano seco de su piedra animal entre la pulpa,
con la fruición impía del que aguarda su reino a costa de su huésped.

Alguien que en mis manos reposa,
que se acoge a mis palmas como a una estrella tibia,
que al parecer confía en su golfo de sangre
como en su almohada única del mundo.

Alguien íntimo mío
a quien sospecho un bisel de traición en su sonrisa fatídica, dentaria.

A la pregunta estricta de las yemas

responden los resaltos calcáreos su idioma abrupto, cruel, ineludible;
atraviesa del páramo frontal, ras a ras de los pómulos escuetos,
deletrean los dedos con labores de araña las formas del enigma,
se detienen en los istmos adustos, en los vanos sombríos,
allí donde se rompen las bóvedas en antros
por donde asoma un búho con ojos de tiniebla.

Es un idilio a tientas, pausado y tembloroso, de la carne y el hueso,
pero el secreto diálogo del tacto retumba en lo infinito,
resuena como un puente de torvas confidencias,
con su pareja atroz de un solo yugo,
los mutuos de un misterio del vientre hasta la tumba,
esclavos de un destino, recíprocos fatales.

Alguien que al fondo del pavor calla y escucha,
alguien que no me arredra
puesto que soy yo mismo en esa latitud de ver sin ojos,
mira en mis manos como en cruel espejo.

— Último rostro,
al cabo inmóvil tras de tanta máscara,
carozo irremediable
que has de sobrevenirme como legado estéril, huérfano de la pulpa:

No, no es tu tiempo aunque te invoque,
soporta el cautiverio viudo de grandes cuencas,
piedra de esfinge mía hereditaria.

Otra luz, un sol rojo,
latidor y benigno rige mis estaciones, gobierna mis solsticios.

— Pernocta aún,
astro de túmulo, plenilunio frontal, torva luna de hueso.

# EL RABDOMANTE SAGRADO

Yacimientos atávicos del hombre,
napas del corazón avaro del mineral insomne de los ritos,
dinastías sepultas en el último estrato...

Solo, central,
adusto y desvalido entre el pavor y la inocencia,
con la vara del canto quemándome los labios
me escruto y me estremezco.

El que profesa en mí cultos de ardor sacrílego en la noche,
el que oficia de espaldas y venera lo infausto,
desde su nebulosa milenaria, vuelta tufo sagrado entre los sesos,
sopla en mi corazón un fuego abrupto para incienso del ídolo que invoca.

Como el demente dueño de un laberinto aciago, poblado de secretos,
en cuyas catacumbas, con bóvedas que saben,
entra cantando en el delirio
y hundido en el eclipse que proyecta en sus cuencas
una luz de soslayo, macilenta, de momia,
ya despiertos los cóncavos escucha
su diafragma auditor, el duro sistro de los huesos,
su diapasón idólatra abismado.

Un revuelo de células
que gimen su desventura por las propias vísceras,
como niños perdidos por atajos nocturnos en su selva fatídica de dioses,
con vestales que quiebran sus espigas de brasas como crótalos,
sollozando ante el ara cardinal de las vírgenes.

Con la lengua profética hacia atrás, subterránea,
con la brújula ciega por imanes confusos,
el rabdomante acecha sus atávicos signos.
Escruta los rápidos del alma,
las fábulas con rostro más allá de lo humano,
los remansos astutos donde el vértigo anida sus demonios letales.

Tiembla al fondo una estampa con sabor de rocío,
cierta constelación favorable que no entrega sus mieles,
algún edén,
ya prófugo apenas prometido a los labios.

Trémulos parpadeos
que una onda mutila y otro espejo suplanta,
con biseles a pasmos torvos de la materia,
y atrios reverberados por trasluces de pira
sobre terrores y flagelaciones,
junto a un altar sombrío, solo entre los túmulos.

Oh canto,
que pierdes la equidad entre las potencias contrarias,
pugnando por alcanzar el núcleo del fiel incandescente,
la joya en ascua viva, la gema impía del demiurgo, para siempre en celo;
digo, tal vez, el sésamo radiante
donde por fin se acoplen el número y el rapto,
la ráfaga temible y el poderío quieto de la cifra sellada;
oh deudo infatigable, cuyo convulso y cruel amor
sustenta mi lengua en el patíbulo en que oficio,
penitente, fanático, de bruces:

Detenedme esa imagen nunca vista, inasible,
carátula supuesta por rasgos que prometen un rostro, una corola,
un territorio ardiendo entre las sienes,
y al borde del contorno se esfuman, emigran sin cesar por las márgenes.

Contenedme las aguas, los cómplices reflejos,
un instante tan sólo fijadme las equívocas dunas,
las proliferaciones de ese enjambre de visos migratorios sin tregua,
ese trompo de rumbos simultáneos y ciegos,
donde puedan mis ojos orientar un instante sus antenas vejadas,
aunque fuese en un mapa de infinito desahucio,
de implacable sentencia, de fatal extravío.

Ah, te conozco
por la grupa giratoria y a pulso del meteoro en que pasas,
proyectado a mi frente como césar del páramo,
de quien no sé otra cosa
que el roto escalofrío que difunde en mis huesos una atroz efemérides,
sin poder desasirse de alguna investidura de cuño tan pesado,
de linaje tan denso que te arrastra al abismo,
como un astro de plomo a su cielo de piedra ineludible.

Yo ofendo acaso al mundo, entre fatal y adrede ofendo al mundo,
pero no teme su conducta aciaga
quien convoca su código y asume desde la vida abrupta de los huesos,
el cruel, el sacro idioma del destino;
acaso el catecismo del que perdió la luz
y ha de buscarla por el camino negro, funeral, del reverso.

Perdonadme si lloro,
si bato mi congoja como un sordo estandarte con una insignia aviesa,
como un lábaro impío tatuado por guarismos de muerte.
Mi liturgia es hermosa y siniestra
como una cabellera nocturna leonada por quemantes resplandores de dicha,

sus paneles de acíbar laten vetas de miel
y entre los labios ásperos y crueles
se me aguza este sabor del canto hasta el martirio.

Paladeo la savia contraria que lo nutre.
Huyo sobre un río de estrago.
Precipito mi sangre en árboles de fiebre.
Bebo mis propios géiseres de injuria.
Persigo la demencia del trompo encandilado
de pie en la gran centella tenebrosa del íncubo.

Me empino aún
acelerando el aire difícil de los sueños con su joya de rápidas facetas;
debo alcanzar el pámpano nocturno con halo de navajas
donde el secreto ofrece su granada estallante, su lujuria sombría.

Me hundo más la espada de pasión encendida en mi vaina de sangre.
Campana vuelta a mí
su badajo enloquece de un rebato insidioso, de una instancia maligna,
hasta ponerme a arder por dentro de mi oscura sustancia
con una larga veta de dolor punitivo, de sabor insurrecto.

Entonces
el canto es el terror sagrado de las visitaciones
que dispensan señales o laureles de espinas que ya nadie revoca,
o es el deslumbramiento de alguna gran ceguera,
semejante a la vida, idéntico a la muerte.

Sujeto a su destello de horizonte profundo,
llevado por el soplo que lo saca del cráter,
estrella en la tiniebla sus proliferaciones de madrépora en llamas,
se recobra de nuevo a su raíz y parte en otro lampo.

No, no está solo quien canta,
lo sabe el que recobra por un bulbo perverso su placenta salvaje.

Quien codicia el sustento prohibido de los raptos mayores,
se embriaga con espectros
de la oscura ardentía que trabaja el diamante del asceta,
el carbúnculo vivo del apóstol, la irrupción del hereje.

Si persigue lo que el mundo le esconde tras su adúltero espejo
cuatro lenguas de furia ladran a su costado;
si arrostra, obsceno y puro, los vanos del terror,
fosforece la túnica de búho,
las barbas de caléndula del joven milenario patriarca de los mitos;
si muerde la medalla de sangre de los mártires,
se le transforma en cetro su báculo de sierpe.

No, no está solo quien canta:
si ilumina palabras sobre un fondo de abismo
destella su esqueleto como espino de azogue;
si golpea la frente
contra el cantil de un túmulo, su badajo de hueso llama la profecía.

Tornavoz de la sangre
con su mar de infortunios sin confín en el antro,
iglesia de un sonido mudo entre las tinieblas
cuyo diafragma aun zumba del pavor del origen.

Ay del que pierda el nombre sorbido por el cuño vacío de la nada.
Cómplice confidente de algún código hundido
le encabritan los huesos
mímicas apetencias de un horror especioso, de un espanto indomable:
prenda su lengua a logias que adoran los resquicios
donde empolla la araña nodriza del demonio.

Se adscribe a turbios clanes
que indagan con belfos de babosa pórticos arrasados,

revenidos emblemas de una heráldica impía,
quipos como eslabones del collar de los cuervos.
Tribus de hiedra humana
de labios pulsátiles, que cantan mientras liban de bruces
olas de mármol, puentes, ay, sin barandas,
rotos sobre el estuario sin fondo de las tumbas.

Fantasmas cenicientos
que enhebran a besos sollozados abalorios atroces,
vértebras como dalias con el cáliz vacío,
íconos cervicales, fatídicas escamas
de alguna pompa obscena, póstuma entre las criptas.

Se enreda en torvos himnos
con eco en las estatuas de amianto de la luna,
en acérrimas preces,
en mieles perniciosas que estragan y envilecen los sabores del mundo.

Cargado de electrones malignos reconcentro mi lengua.
Me empecino en el vítor de un tremendo verano con un crótalo negro.

Si el corazón no estalla
es sólo por su propia coraza de infortunios.

Las sombras imantadas por mi débil luciérnaga
se cierran en un antro de tiniebla maciza.

Por violar algún signo pierdo el tutor temible.
Quedo solo, sin numen, pero fuerte en mis huesos.

Perdidas las fronteras que entreví por indicios,
preservo entre los dientes con astucia funesta

cierto pistilo en clave, cierta cápsula impía,
un mínimo pecíolo con la inclemente valva donde habita el relámpago.

Muerdo hasta lo infinito mi reliquia,
y espero lo inmortal
todo bajo los párpados, lívido como un mártir.

Entonces
desde el cometa ciego que atestigua los vínculos del canto,
cae un racimo de ovas de infernal galladura,
un fuego bajo y turbio, de materia viciosa, maligna y desgarrada,
tierra adentro del hombre, sangre abajo del polvo.

Y el Poder nos concede la pavorosa venia, la mirada del ímprobo.

Y abierto el hondo círculo de llamas que nunca se consumen
talladas en su propia sustancia por la cólera;
asomado a un resquicio de la selva de fauces
batidas en los yunques que acendra el exterminio;
tan sólo a un parpadeo de su abismo de plumajes atroces:

El canto se desmanda malherido en la lengua,
sacude su meteoro de fronteras convulsas,
se santigua al reverso,
reverencia lo infame;
pide altar o cadalso, se le deshoja el pulso,
desemboca en la injuria, se castiga en el germen
con sus látigos de ascua, con sus crines de víbora.

Y vuelto para atrás
se abisma en el venero remoto del sollozo,
se encomienda al olvido, se desdice del pacto.

Y en estertores curvos
aun gime y se retuerce de pavor y codicia,
revelando su agalla negra de condenado.

Hasta que al fin,
roto el rabioso anillo de las nupcias blasfemas,
la sortija mordiente del ritual de las furias,
derramando eslabones
por la cola posesa de sacrílego estéril, escamas lujuriosas
de agonía y estrago,
nos salpica una escoria sin rescate en su origen,
una arena de esfinge imbricada en los sesos,
un veneno de ciega mordedura en el alma,
un laurel rencoroso que escarnece los labios y enceniza la sangre.

# SIGNOS DE LA DANZA

Anoche fue una danza
desvanando en la luz medallas transparentes,
encandilado y libre surtidor de medusas,
brotes de pura efigie, trémulos voladizos,
vetas quizá del mármol hundido de la dicha.

Al entrar en eclipse, a contrasombra, a contradanza,
se le veía un corazón aciago,
dicho sólo en escorzos, por reversos fugaces.

Iba el árbol de mímicas golpeándose la sangre sufriente,
como un bello animal que zafó de la tierra
y no sabe olvidar su vínculo remoto.

Por lograr su consigna
derramé sobre el pecho un ademán pálido, como un alga,
como un brote de sótano,
o como quien sonámbulo de angustia se alumbra el corazón con flores.

(En la caja litúrgica,
en su ataúd con cuerdas húmedas y letales,
una mano daba luz y otra sombra,
una encendía luciérnagas y otra abría cada vez un abanico negro.)

El espectro vegetal
agitaba infortunios, penitencias, amagos en el viento sortílego del baile,
que de pronto era un túnel de succión sin atmósfera.
La raíz sacudida como un pez subterráneo
soltaba asfixia por los bulbos como branquias.

Humos de un mito cruel,
polen de una centella anclada viva en los estratos,
desde las graves tribus del corazón con aras, veneraciones y terrores,
dieron llama en el soplo milenario y sombrío,
restallando su rúbrica ras a ras de los sesos
con ese fuego anfibio, sutil y pavoroso pájaro de los túmulos.

La música brotaba de un mágico horizonte tramado en la madera temeraria,
cómplice del metal enfurecido, víctima de las yemas astutas.
Y enarbolaba eléctricos peldaños hasta enconar un cielo de peligros,
sustancia del espacio
surcada por un géiser de acústicos meteoros,
que agitaba en promesas un laurel entre dientes,
una luz con espinas,
una corona de altos y crueles reverberos.

Empinada la carne,
casi contigua al nimbo que alguna vez supieron las formas melodiosas
tocadas por el éxtasis radiante,
le ardían por los flancos memorias, tentativas, indicios,
atributos del alma en el ritual de las levitaciones,
pero no hallaba apoyo donde enredar los vástagos.

Al cesar el conjuro del cordaje y las yemas,
desmoronado el rito por un tajo feroz en los cimientos,
mallas que daban alas la abandonan de pronto, desnuda en el exilio;
balbucea unos pasos de través, al soslayo, sin sostén ni cesura.
Con la diadema rota entre los pies confusos
prolonga todavía aletazos errantes en séquito de inercia;

sílabas truncas digo de un ímpetu celeste,
de una fábula excelsa, apenas entrevista cercenada en el prólogo.

Tenebrosos derrumbes
de pájaro solar inminente, a lirio mártir, ciego, desgarrado;
agonías de prometida azul
ya pordiosera en la intemperie del vejamen;
terror al fin entre unas zarpas torvas de la noche,
bajo un invierno impío
de cielo como techo de asfixia, como techo de féretro,
sellado a ras de máscara.

Después del mítico esplendor, más solo en su materia desahuciada,
el corazón jadea por un repecho amargo,
jadea por un túnel de oprobios y congojas,
hasta caer de bruces en el sollozo abrupto de las consumaciones,
sobre el umbral de espanto donde plasma su dolor milenario la creatura.

Dejadme que persiga este sabor oscuro que aun me pide rescate.
Con la raíz de un ojo sufriente por el alma
yo velo algún filón insomne que busca su destino de meteoro en mi lengua.

Sí, corazón, canta y escucha,
alguien más que la sangre te ordena
aunque la aldaba en vano golpee los muros del oráculo.

Ellos dicen, con su filtro de candor en los ojos:
" todo es simple y benigno, todo es puro y perfecto;
" transparenta el quilate primordial de la gracia su linaje celeste;
" mira qué esbelto número de luz la luciérnaga..."

Y en la tiniebla diurna
baila con sus verdugos, baila con las hormigas su rol de ajusticiada,

contrapunto siniestro de furor y despojos,
malambo negro del calvario.
Ah, la sangre tiene un mugrón secreto
que duele no sé dónde, entre el polvo y los astros.
Algún brote persigue tutores celestes que no alcanza,
pasamanos de niebla que codician los garfios y al asirlos no existen.

Nadie asume el idioma
que abarque sus reversos, sus provincias profundas,
si no gustó el pan ciego
vidriado por las manos calizas de la muerte;
si no lo acosan deudos despiertos bajo el polvo
o entre los laberintos de su sangre, esperándola.

Y el que duerme sin yemas, con las cuencas estériles,
en vano gime por su rescate, fuma su tabaco de muerto.

Mi prójimo inocente
que sabes la leyenda de un ojo milenario que cuida lo futuro,
deudo mío con llamas en tu delta secreto,
con tus fases de vértigo y desidia,
ya mi tutor quemante, ya mi amargo abandono.

Si entra en luz la honda faz y lo ilumina
sucede al corazón un trópico sagrado,
sucede al corazón danzar desnudo
en la ardentía de una casta en bodas con lo eterno.

El tiempo se abisma en el olvido
por mi ebriedad remota abajo de los ojos.
Todo mi ser trabaja para la voz, donde sucede un ara
y soy el crédulo, el mártir, el testigo,
el oficiante ciego de una esfinge que emano cuando canto,

Ved, mi dios es cruel y justo,
pide prendas de sangre, sumisión de la frente,
pero azuza sus látigos hasta alcanzar la ráfaga del mito,
temible, velocísima en mi lengua.

Como la tierra esclava del placer prometido por el rayo,
desprendo una voluta amarga
huésped del gran presagio que hace temblar mis húmeros.

No temo la desdicha, yo fui su predilecto.
Algún perro piadoso
de nuevo entre los brazos de un niño que rescato, por un bisel del alma,
visible su aureola de riesgo y sacrificio,
a quien nutrió la vida con una leche aviesa de ortigas y cicutas,
está lamiendo un rostro sombrío y temerario,
con su enconada máscara de hiel y de salmuera
prendida por agujas de fuego a su vertiente, venida de la sangre y de los huesos.

No me arredra el delirio:
aunque pierda sus gajos, quebradas las raíces,
el árbol fuerte venera al dios que lo destruye.
Lira póstuma, mártir, hendido por el viento y la centella,
canta, poseso, el vándalo sagrado.

Nadie conoce aquello que el corazón esconde en su abismo.
Una brasa de sangre me quema en la abstinencia,
un pésame de llanto me abruma el propio pecho en el pecado.

Campanario de tierra con lengua enmohecida
que de pronto recobra su antiguo poderío, su temple delirante,
canto con todo el hombre de par en par en celo,
con todo el ser en ascuas, enhiesto y abismado,
por recobrar un himno de fábula remoto,
o me inclino a mi piedra más íntima que escucha.

(Una respuesta existe
pero si se interroga acoraza los labios, muerde su llave amarga.
Deja que se te filtre como al azar, adrede
por los poros del tiempo.)

Isla mía sagrada, concreta y misteriosa,
con su oscuro habitante cargado de leyendas, de ritos y presagios,
ciega y a la deriva entre sus mares crueles, sola en el combate del mundo;
número en tránsito a una negra cifra que se traduce en términos de olvido;
pero guarismo adulto que oye en su caracola
zumbar sus elementos de furor y de inercia,
y otro sonido al fondo
de un mítico linaje, de pronto certidumbre de un múltiplo de llamas.

(No me abandones, tú, misteriosa ardentía que afianzas mi denuedo,
ajusta el enconado tornavoz al tenor del oficio en que me instruyo.
Estamos a la siga de un terror, de un secreto
que en el atajo embosca su vigilia como una máscara en un túnel,
rumiando el vaho atávico de inercia
que segregan las piedras al filo negro de la noche,
rumiando el vaginal silencio nocturno,
su aborigen alimento de tótem con un furor pasivo que es desdén milenario.)

Nada sé. Solamente me encomiendo y escucho.
Todo bajo los párpados percibo la ráfaga infinita
que traspasa la vida sin alterar el frágil volumen de la llama.
Mi versión del misterio se atestigua en el canto,
y apenas si soporto
mi oficio de infortunios, mi acústica de ciego, mi torva resonancia.

Sin duda
yo apaciento en mi vida de cómplice nocturno,

el germen de una incógnita ciega, de un desgarro ancestral,
de un dolor jeroglífico, que se me torna numen de esplendor lamentable.
Una torva crisálida de esfinge
que desdora en mi sangre lo animal de la especie,
pero me honra en la afrenta de ese polen sagrado que desprendo en la angustia.
La invoco y me responde
como un ángel temible, de par en par funesto en medio del insomnio,
con un golpe de asfixia que sofoca mi lámpara.

Yo me debo a este rito cardinal de un enigma
que asumo y ratifico en cierta encrucijada del alma con el hueso.
Desde un foro remoto
me consagro a su ídolo de sangre y de ceniza.

Una amarga liturgia
sostenida entre raptos y pavores de hereje.
Un himno cruel de mártir
que se devora y canta en el suplicio.

Oráculo abismado
donde nacen los signos que cruzan por mi frente,
que mi lengua persigue como un ave de aciaga cetrería,
de cuyo duelo quedan
en la urdimbre del canto crueles figuraciones,
horóscopos natales del horror, máscaras del misterio.

Y ese resabio a pulpa vetusta y vengativa
con su imperecedero prodigio tenebroso,
a fruto disidente con una veta negra y una semilla en llamas,
cuyo colmillo astuto se nutre en la placenta de un fuego que no duerme,
un fuego tal vez hijo del caos,
al parecer hermano carnal de la tiniebla.

# CLAVE DE AGONÍA

Otra vez, esta noche
de soslayo malévolo, de equívoco registro,
pulsando a la deriva los trémoles impuros de su clave sombría,
su artera magnitud de guitarra anfibia de pereza y lujuria,
al fondo de las sombras,
o del lóbrego espejo con que la frente acecha lo furtivo nocturno,
alguien gime, alguien canta,
alguien se hunde y suspira bajo un puente de nieblas, sobre un lecho de arpegios.

Se extenúa en reclamos de impiedad y molicie,
agita entre los muslos un imán pernicioso cuyo polo es la muerte,
centellea una joya sonámbula y perversa;
zorzal infausto ahora, calandria baja y torva de la noche,
ángel ambiguo, cónsul astuto del demonio.

Esclavo de su hechizo de cantárida y sierpe,
el corazón se me trasluce a pulsos
como una gran luciérnaga parpadeando entre el polvo.

En vano el enconado pabilo reverbera
en su alvéolo de sombra, miserable, espantado, inocente.

Una ojera funesta, nutrida por los jugos de la propia congoja,

infiltra en la sustancia su venenoso liquen, su color de vejamen,
nubla el espacio interno, penetra el hueso estéril, asume el último cartílago,
sofoca torvamente la lengua con una red de polen obsceno y desdichado.
De pronto, enteramente opaca de un pigmento de tumbas,
la carne, tan contigua y ajena y ominosa,
es un terror vetusto para el alma, un túnel sin resquicio, un sótano de plomo.

Ved que dije: oh vida, al tiempo que ganada perdiéndote, de paso
entre la oscura trama de irremisibles leyes y azares insidiosos,
oh misterio terrestre,
oh falaz travesía, oh aventura sagrada de la sangre en el mundo;
perdiéndote en el tiempo de impalpables aristas,
entre mínimos goces y acérrimos derrumbes, entre revelaciones y extravíos.
Recuperada ahora en un sabor confuso de fábula dispersa,
tornasoles vestigios, rescoldos palpitantes,
pavesas de sacrilegios y holocaustos,
cauda de lento olvido, estela de fúnebres santelmos.

Qué pecado es mi lastre
si el terror es mi somb a, mi maléfico nimbo,
y en la sórdida nube que me cierra en sus antros
reconozco la ofensa muda de algún cetro,
acaso la sustancia confusa derivada de un crimen, de una injuria irredenta,
quién sabe la fatídica escoria
de un quilate perdido, de algún favor ya irrescatable.

Oh vida, ved que dije: no apartaré los labios del patíbulo.
Nunca desertaré del pacto sellado con sollozos.

Si arrebató mi fiebre prematura entonces
un gajo en celo de la dicha, un mínimo pecíolo apenas del laurel radiante,
si consumí la escasa miel, la avara caridad del mundo
de un sorbo exiguo, de un éxtasis precario, demasiado sediento;
si violé la pureza
cierta aurora mordida en sus alvéolos vírgenes,
cuyo golpe de sangre revierte como un pésame roto en el ocaso.

No se desdice el mártir,
reitera su cántico de culpa, su tonada de oprobio:
será tu larga hiel, tu pócima ritual en su pezón de páramo libada,
sorbida sin cuartel su madre de salmuera;
al cabo toda, digo, toda mi lágrima vertida,
todo mi llanto ciego, sin socorro, de par en par, hasta el amén, al cabo.

Y mientras canto y lloro
tañendo mi agonía como un halo de herrumbre,
el que en mi vida, a solas, cultiva su sonrisa de exilio,
paladea su vino de cicuta y cenizas
como el ímprobo néctar de un fatal privilegio,
porque desde crisálida
fue su alimento cómplice, su leche de privanza, el acíbar.

También la noche sufre, árida sufre,
sin la yema de un astro, sin el rocío de una sola estrella.

El canto pesa y duele, saturado el velamen
por algún agua densa, estéril y postrada como una piedra líquida.
Sin duda giro en un soplo adverso, me cierno en la desgracia,
mi aleteo concéntrico es derrumbe,
caída del cenital pecíolo de un imperio dorado.

Una membrana lóbrega,
acaso un ala oblicua, rugosa y cenicienta,
me late en el costado funeral de la angustia;
tal vez en el espectro de algún muñón antiguo, que a ras del corazón se inflama,
por ese fuego turbio
que filtra su tornasol mortal entre los huesos.

Sin duda alguien, inmenso, me abandona en tinieblas, al azar de la noche,
tal vez a la deriva de un ecuador de ultrajes, de un expolio infinito,
o es que giran mis sienes sin raíz ni asidero,
al rozar el meteoro fronterizo del caos.

Y voy en la intemperie de ese afrenta baldía,
donde el mísero ignora
si el llanto es un abismo que la víctima cava para tumba del mundo,
la campana a sollozos de un atávico réquiem,
el prólogo en la audiencia de un ritual de ignominias
a extramuros del hombre,
o el subterráneo adiós del corazón gastado en ídolos.

Parto de mí en la órbita
de algún poder avieso que embriaga mi sustancia de osadía,
y en el reguero de la lengua
arrastro un séquito de luz maligna y melancólica.

(Adentro de la voz
conozco y desconozco lo torvo de mi oficio,
lo cierto de un desgarro, lo antiguo de una pérdida.
Tal vez de una reliquia de imposible custodia,
acaso de una alianza,
cuyo prodigio rubio trocamos por el lodo de un sabor clandestino,
en cierta encrucijada cenicienta y ambigua,
bajo una luz de fraude,
semejante a una endecha de epitafio y murciélago.)

Acaso en el reverso de la gran ley benigna, de espalda rencorosa,
inmune a los clamores y súplicas del mártir caído en el repudio;
precipitado a ciegas de la corola diurna
a los tembladerales de algún código avieso hecho de laberintos,
sepulto por un río de sórdidas injurias y succiones confusas,
alguien que me atestigua
quiere encender en vano su leño de socorro, su brújula de llamas,
frotando en la tiniebla sus palpos infecundos de fósforo anegado.

La crueldad que de pronto me bruñe
es el escudo frágil, la coraza de horror tras la que acecho,
sin talismán ahora,

revenido hasta el hueso por el sabor a cruz del infortunio,
tal vez una sentencia jeroglífica, un signo
que alguien en mí percibe como clave del llanto.

Me extravío en comarcas
donde el estrago, eterno, milenario de astucias,
disimula en orientes de mímica engañosa su colmillo de orfebre,
cultiva su ponzoña,
cincela su impiedad como una joya mítica.

Me tumba y me socorre, cada vez más cercana, más pérfida y cambiante,
la deidad ominosa
cuya lujuria enerva la sangre de los náufragos
y nimba de adulterio las sienes del suicida.

Algún ojo en placenta quiere ver, pero llora.
Roto el líquido prisma
pierdo pie en los declives de una antigua desgracia.
De bruces en la fuente cardinal del sollozo
me corroe un sudor con escamas de mucílago frío
a traviesa del alma como sierpe bermeja.

Comprendo que el terror que me lastra
lo heredo en los estratos de algún cielo escabroso,
de un fulgor punitivo, de un cometa de escarnio
que me incendia de pronto la sombra como una llama negra,
pues soy solo el reverso del resplandor fatal que me consume.

(El canto sabe ahora
a baya tenebrosa, a incendio sin salida,
tal vez al maleficio de algún carbón sepulto
con su carozo de ascua maligna entre las valvas.)

Solo en torno a esa esfinge
que cultivo en los huesos, solo en torno al silencio

que es todo mi alarido de pavor inocente,
con esa hiel de fuego que destila en la sangre resacas de agonía,
cuando hasta el duro rapto, su cifra de martirio,
es sacrificio estéril, inmolación sin eco,
y el corazón sueña con otro altar, con otro patíbulo sagrado.

— Algún dolor en celo, sesgo a sesgo del alma,
la rúbrica secreta de un desastre, de un sismo,
de una gran desventura que no cabe en los años.
Acaso la huella de un vejamen
cuya mácula ciega, como un cárdeno enigma sin saber trajo el lirio;
cierto duelo en el núcleo
que nunca cicatriza del todo en los cimientos oscuros del linaje,
que a veces conmemora su efemérides cruel y sangra sin sutura,
sin párpado posible
medio a medio del bulbo, en la raíz crispada, lívida, de la frente.

O es un cráter de pronto,
un antro en la sustancia que abarca tierra y cielo,
que pide una renuncia, un río de rodillas
fanático y espeso de légamos y escombros,
un pésame del plasma,
un estertor en seco de bruces sobre un mármol,
ribera del exilio, peldaño de otro mundo.

Yo sufro y mientras sufro
segrego por los poros del alma la sustancia del canto.
Y mientras alzo en vilo, con el gozo del mártir,
lo que padezco a plomo, como un ancla de abismo milenario en los huesos,
unos ojos de virgen
penitente más allá de la sangre, más allá del repudio,
remontan la estación cenital del candor,
cuando el ala era el aire vuelto pluma celeste para idilio consigo,
solo pura delicia de la luz encarnada en bodas con su origen,
antes que el precipicio fuera un rumbo en el tiempo.
Y a lampos de inocencia, entre resabios crueles,
recupero un instante la alianza matinal del rocío...

Pero la carne opaca su terrón de sollozos,
la anega un óleo macilento de sabor lacerado,
cenicientos verdores,
excrecencias que dejan los mohos del castigo,
las rémoras viscosas del mundo,
los pólenes salobres que fecundan el llanto como un fruto blasfemo.

Y por las catacumbas
de este alcázar impuro que huele a monstruo sacro, a relámpago ciego,
a madre subterránea, como decir a huevo torrencial del abismo,
va el corazón poseso codiciando las claves de las últimas criptas,
acaso la sentencia del fénix
cuyo texto fulmíneo da paso a la sustancia que si alumbra, destruye.

— Comprendo que es tu hora, mi prójimo contrario, mi enemigo profundo,
mitad nefasta mía, que en mi ámbito acechas
emboscada en la astucia de tu índole impía, de tu rostro de túnel;
a quien de pronto escucho crecer, desmesurado, partiendo mi horizonte de tierra,
con el terror pegado a la sustancia como zarza caníbal
enamorada atroz del muro de los huesos.

Si acaso dije un día
que el corazón se salva cantando en el martirio,
que el corazón busca en la vida el quilate de muerte que lo acendre,
al menos ayudad mi oficio de infortunios
aunque yo solo sufra legado en la desgracia.

La tierra da en parto aciago una porción revuelta y desgarrada,
un lodo abrupto y agrio
que a borbotones viene desde la sima abyecta de la sangre;
lengua y garganta y corazón atónitos sepulta;
se oye cimbrar el puente de la vida, crujir las fundaciones del ser martirizado.

Tomadme fuerte de los huesos,
sujetadme los ojos, las yemas, los estambres,
que el llanto negro, intemporal, atávico del hombre,
el llanto roto de la especie pasa desgajando mi estuario.

# EL MÁRTIR COMO MONSTRUO

Fue en la selva de oráculos, anoche, lo recuerdo,
entre hojas con arañas de jaspe y de parálisis,
luciérnagas de infierno
lo mismo que caireles de carnívoro azogue y saña arrojadiza;
idénticas a brasas de erizada ponzoña
con sus acoplamientos y proliferaciones de colmillo instantáneo,
latidoras, bellísimas, siniestras.

Partimos hacia un llanto que no lloraba,
a un llanto que anudaba las gasas de la asfixia,
a una desolación como un atroz vejamen, a un feroz desamparo,
a una azucena humana rota por un rayo de crimen.

Partimos ciegos, imantados, fatales a una esfinge de hueso,
a una máscara hueca de suplicio y ultraje,
cuya faz era el rostro de un gran búho calcáreo
todo cuencas y etmoides,
semejante a un planeta de vértigo y desgracia, frontal, ineludible.
Lo recuerdo en la sangre, más atrás, en el bulbo visceral de la especie,
mi prójimo profundo.

Partimos sin memoria por atajos de escarnio,
sorbidos por un polo de terror y perfidia, de patíbulo inicuo,
entre turbios espectros de insidiosa membrana y humedad corrosiva,

que vertían al tacto, como grandes orugas vestales de la muerte,
por todo el cuerpo avieso de sístoles labiales,
de palpos como lenguas y péndulos nocivos,
su consigna inviolable y una esperma de náusea.

Las aristas, los pólipos, las rémoras mortales
echaban red al aire que era una nebulosa de rencor y exterminio.

Y al fin, después de todo,
de páramos de herrumbre y entresijos de espinas,
y ventosas de obscena latitud en la sangre;
entre adúlteros lirios de temible inocencia
que agitaban de pronto sus tallos, sus pistilos con una furia de áspid;
y rompientes de perros invisibles
sollozando su aullido venenoso y estéril
a un nivel de conjuro funeral por la espalda:

Con los pechos quebrados,
con las sienes partidas la niña del suplicio;
sin ademanes, sola,
abierta como un túnel y cerrada de muerte a golpe de misterio,
con la encía escarlata,
con los grumos de leche su granada infantil desgajada del árbol.

No, no pudo ser tamaño estigma, tal color de infortunio,
tanta llaga pendiente,
tanta miga frutal desencajada saliéndose de madre,
clamando sin socorro, llorando por las grietas,
así sin que la vida se pusiera convulsa,
perdido el fiel, rota la norma,
los estambres del ojo vertidos en un garfio que muerda la ceniza.

Nada más que una onda,
que menos una mínima onda, una ínfima escama, un bisel diminuto,
pasa el río cambiante, tornasol, entre párpados, sin cesar infinito.

Dije o no dije,
girasol ciego ahora de cara contra el muro de las consumaciones,
de cara contra el tope donde estrello la frente,
penetraré el abismo de su nada maciza
aunque me precipite sin confín del reverso,
aunque pierda mi cetro de fulgor momentáneo,
aunque el cuerpo baldío se me anegue de piedra.

Vi el secreto papiro,
puse en orden su cábala.

Ay, destino sin día,
simientes de las tumbas sólo nos queda un duro denuedo de cadáver;
semillas del abismo
apenas si la lengua levanta alguna brizna de luz en la tiniebla.

Escucha, nadie sabe, el pájaro no es pájaro ni es canto
si es un azar gratuito, precario, del enigma que nutre el polvo ciego;
la tierra nada sabe, tiene cuerda infinita,
la tierra sólo sabe sus incestos, sus cópulas, sus crímenes rituales;
toca y baila tu fémur
saltimbanqui siniestro nacido con un lirio que has de usar de navaja;
escucha, nadie sabe,
la muerte es el reverso del ojo que ni mira,
que hace el día y la noche, que hace un hombre o su sombra.

A somatén de huesos doy fe, me testifico
cimbrando hasta la asfixia mi visceral campana,
cal y sangre a bandazos,
antes que todo sea va ni el humo en el viento,
un pulso suplantado por otro élitro inútil;
antes que el alba esponje su oloroso velamen, su almendral inocente,
antes que la infinita, la gran devoradora, trague su bocanada,
cambie el perfil de hiena por la sonrisa ambigua,
antes que se reabsorba la placenta del caos.

Dije o no dije:
llora, no te perdones, más allá de su propio sollozo nadie es nada,
llora, hasta que crezcan líquenes de sal entre las cuencas,
hasta el último grumo del corazón cribado entre los dientes,
hasta que el alma expela un carbúnculo negro como el crimen que alberga,
hasta que los propios huesos sean un cráter de llanto.

Dije o no dije:
cantad, aullad conmigo, con un júbilo atroz golpead la tierra aciaga.
Dad paso al vituperio,
multiplicad la prédica que viene desde el tambor atávico del brujo.

Se trata de una hoguera geométrica, de un incendio bailado,
de un lagar cuyo mosto fermenta y envanece de cólera los huesos,
tal vez del trompo negro de las profanaciones,
del círculo cuadrado del número y la furia.

Gemid, danzad conmigo
bajo la gran desdicha del mártir como monstruo,
apoderado abrupto del pavor de la especie.
Se trata de un oprobio, de un código a mansalva,
tal vez de un alarido contraído en el germen de una antigua sentencia,
de un terror insondable.

Golpead la puerta negra del íncubo, golpead el territorio
cercado por la danza, sitiado por la noria de los pies cavadores,
golpeadlo sin receso
desde todos los radios quemantes de la ira,
con toda la sustancia funeral del linaje.

Gemid, danzad conmigo, golpead a la redonda,
con el talón al sesgo,

con la rodilla en cruz, con la cadera desolada desde el cráneo furioso.
Afrenta por afrenta consumad la herejía devolviendo el ultraje.
Hasta romper el núcleo del horror planetario,
cifra de lodo y huesos, fertilidad impía, vertedero insaciable,
que debe ser la bestia, la sacra madre impura
que mana y rumia a ciegas, ritual, entre sus flores.

Lloro, lloré, lloramos sin código, sin vínculo,
con todas las aspas de la risa y el llanto,
entreverando antenas con sollozos,
erigiendo semáforos sin eco en su alarido,
cavando a diente y lengua cuevas que nadie supo,
azotando muñones de estrago en la tiniebla,
arrasada la copa sacrílega del hombre,
con un viento amarillo, visceral, por el alma.

Aún me duele,
aún me quema un vándalo de oprobio,
alguna brasa de intemperie eterna,
un tizne de sulfuro y de cicuta.

— No supe más. Ahora permitid que respire,
que desate mi nudo de horror y de blasfemia,
que recoja mi lengua derramada,
que se ordenen mis ojos, que restaure mi sangre.

# RITO DEL DIOS CANÍBAL

Versado en grandes riesgos y desgracias
mi corazón sin duda viene de una casta de mártires.

Amo la ponzoña sagrada que me encona la lengua
y el canto me sucede, de pronto, como un áspero viento giratorio, abrasivo,
pulsando los estambres de alguna llaga fértil,
el arpa de un desgarro perpetuamente en celo, que nunca cicatriza.

Como la oveja ciega
del secadal ardido, del páramo con dientes,
fronteriza a la hiena, vuelta un lobo de harapos,
puedo ulular sin Dios, balar mi testimonio desolado del mundo.

O como la aborigen trinidad voladora
—ecuación inclemente de garras, pico y ojos—
templar un duro vítor, un cuerno milenario de intemperie en acecho,
en toda su escarpada magnitud de abordaje,
desde el abismo altísimo que cela, pirata del espacio.

Como el reptil un estridor,
un trino abyecto, un silbo verde y táctil cribado por estrías y colmillos,
largo fatal y adrede, agudo y sigiloso y al sesgo como un crimen,
violín artero,

zorzal de perniciosas aristas en el musgo,
peine de pana y vidrios pulsado a contrafilo por navajas.

Flautas del bosque ondulan, se recrean,
devanan sus caireles en un recodo virgen de la sangre.

Allí también manzanas son astros
fragantes que describen sus órbitas de mieles,
servidos por abejas, servidos por pequeños planetas zumbadores,
criaturas de un linaje
gratuito que sella la inocencia, la gracia inaccesible,
hijas sagradas, diurnas, porque sí, del destino.

Me amanece un rocío de almíbar en la lengua.
Puedo ser esa brizna con las manos cortadas
que ora al viento un pequeño vaivén para su dicha.

O el picaflor, que trepa al cielo por escalas de polen,
desvaneciendo en iris su temblor diminuto.

O el potro blanco de la nube
paciendo espuma en las praderas del aire,
de pronto vuelto negro, tras un sordo relincho,
con su rama de fuego cruzado entre los dientes.

Pero me imanta un sínodo perverso
desde el adoratorio que emerge entre las ruinas.
Debo servir su oráculo de furias:
si callara de pronto, sellando las compuertas, negándole
mis cauces,
se me desbordarían la sangre o el destino.

Puesto que quien me asedia no pregunta, dispone,
me seduce y penetra,
se me instaura en los huesos como en un trono propio,
qué puedo hacer del alma, si pierdo entre dos pulsos la brújula, el santuario;
si apenas tengo sitio para besar la clave
de aquella abreviatura con que me signo el germen.

Si ya me toma el iris de batuta implacable,
cuyo imán alevoso
promueve el ramalazo de las requisitorias como profanaciones.
Si ya el santelmo adusto de las hechicerías,
se apropia lo invisible frotando su penacho de sal pecaminosa.

Si ya la higuera enjuta y errátil de los cultos
sacrílegos se esponja, se llena de aleteos sonámbulos, malignos,
empieza a dar hisopos de equívoca sustancia, de filiación obscena;
comienza a ser la ubre
que exuda a contraescama su filtro vejatorio;
la venenosa madre cuyo calostro verde
al par que los tropismos aviesos de la noche,
ordena y desarrolla
la tempestad impía que agita mis cimientos y aborrasca mis labios.

Otra vez un vampiro de grandes cuernos lóbregos,
un ave de la alcurnia nefasta de las bestias procredas por los dioses,
evocable en su mímica tan sólo
por su ráfaga en bruto, de pesadas, húmedas y letales membranas de ceniza,
instalada en su dolmen
como un humo de bulto rebelde, desgajado, corrosivo, suntuoso,
multiplica sus vínculos
semejantes a bocas de liturgia malvada,
semejantes a escarnios, idénticos a ejemplos de conducta sacrílega.

Y promulga de pronto lo que cumplo y no entiendo
si es la cópula abrupta de la lengua y la sangre,

o el avatar furioso de las profericiones nefastas de la especie,
testimonio temible de antiguos sinsabores,
de amargas abstinencias sobre el altar sombrío que reflota el blasfemo.

Percibo en derredor su ceremonia,
sus énfasis pausados y lascivos, su estrategia
de crines torvas contra el flanco como un tambor de sorda alevosía;
sus pasos de árbol clandestino,
de pontífice abyecto que me abarca con gestos de chacal, pero en gamuza;
sus venias de órbita caliente y espantable
por donde explaya un ciego olor a poderío.

Aunque me arredra el culto y la deidad bestial me sobrecoge,
mi élitro de infortunios
se exaspera y oficia sin desdecir sus claves;
en donde las potencias vicarias del furor me sitian por perderme,
los ancestrales números del hombre
socorren mi condición de deudo carnal de la desdicha.

— Quien no admita lo grave,
lo sacro del horror detenga aquí sus ojos;
cuide su lengua casta, preserve el labio virgen,
su corazón neutral, impúber o cobarde.

Yo he de jurar y juro
con ese escalofrío de túnel que no aflora, pero reviene el alma;
con el sollozo seco, sin pulpa, fatal y voluntario de las consumaciones,
cuyo sabor de rúbrica hasta el hueso
revela al propio mártir su opción como destino.

Doy paso a una embriaguez
con sístole de infierno, de demonio caníbal;
un romance en que el cráneo ama los garfios como flores,
la sangre un fuego ciego cargado de cicutas,
la cintura un dulcísimo ceñidor sanguinario.

Yo tiendo a quien lo exige con toda mi osadía.
creciendo muesca a muesca en el terror
hasta situarme al tope de la angustia con un golpe de sangre irreversible.

Si conquisto la venia
que venero y me espanta,
su protección perversa me otorgará las ovas
donde el abismo es germen que multiplica apóstoles del antro.
Si equivoco los signos
debo morir de pie, vertido en tótem,
sobre la gran pezuña negra, pedestal del blasfemo.

Comprendo que mi brote de infortunio y denuedo
viene de la raíz antigua de unos dioses negados,
cuyo poder se inflama y abona mi delirio
desde la bocanoche donde disfruta el monstruo.

(Ved: si admito el óleo turbio, funeral, del poseso,
la lengua se me enciende
como un fósforo mártir y dichoso
extasiado en las yescas de mi propio cilicio.)

Tomado por el ala que sofoca y trasuda
con su trópico amargo de axila membranosa con olor a caverna y latifundio,
debo danzar en torno de mi tutor maléfico, acezante,
danzar hasta la audiencia del himno que consagra,
si él aduce razones
de una sentencia atroz como el verano que emponzoña mis huesos.

Un pámpano de llamas del ídolo me azota, me prueba, me acaricia;
me circunda su atuendo de púrpuras soeces.
Mientras zumba mi sangre
crinada por escollos de pánico,
degluto negras uvas vueltas ascuas, vueltas pequeñas
sierpes escabrosas.

Bajo el talón urgente
revientan avellanas de azufre, luciérnagas de azogue,
carámbanos de sangre,
cartílagos con brotes de almizcle funerario,
edredones de animales abrojos, de temible belleza crepitante, lasciva.

Sólo aspiro a ser llama,
tal vez tizón estéril después del holocausto.
Toda mi sangre absorbe, concentra, difunde, torrencial, la desgracia.

Antes que el torvo engendro
vuelva a su piedra de humo impenetrable,
alguien de la familia dinástica y rebelde
despierto en el remoto prontuario del avieso,
entona en mi favor un canto abrupto, macera un himno cruel como un aullido;
pide un dicterio ardiente que no alcanzo
por más que roce el temple de la escala;
sin duda el improperio
cuyo tenor fulmíneo da el vítor ululado de las consagraciones
y abre el umbral de un orden que sella la tiniebla.

Bajo la luz que es lóbrega
y se jacta de un verde rencoroso con joyas de amaranto,
redoblo los clamores del conjuro.

Golpea entre mis dientes un cáliz de patíbulo,
una linfa de injurias,
de macerados párpados, gelatina de pubis, dulces piedrecillas de huesos.
Me embriago de una turbia diezma de sacrificios
cuajada de burbujas, cruzada de semillas que son palpitaciones.

El poder que trasiego
me libra del espanto y el sollozo, me confiere la altiva,

vetusta, inaferrable potestad de los ídolos,
macizos pero ausentes en sus hongos de piedra.

Tributario de un fasto mortal, como oficiante
de un fuego sin cenizas
que se nutre de injurias y de tribulaciones y anida entre las lápidas,
conquisto ese ojo ignoto que saca del letargo
su talismán y giro en la espiral de un vértigo de cola inapelable.

Entonces, el duro dios me exige su legado intacto,
de un golpe de memoria desemboco en su imperio, caigo bajo su código;
me apodera su testigo ardiente, antiquísimo escriba del abismo;
me enumera sus órdenes directas, sus inmortales vilipendios.

(Ah, puesta a servir la lengua no pone límite a su oficio,
mientras resiste
asume, profesa hasta el confín el texto que contrae.
Va en ello su honra aciaga, su fe fatal, su sello penitente y desahuciado.
Esta es la ley,
el ascua en flor del mártir, la extrema miel de la osadía.)

Ved que el ídolo atroz no me desdeña:
la índole del canto lo proclama, lo prueban su caudal y mi registro.
La lengua me obedece
vertiginosa, abrupta, veteada de un sinuoso tornasol militante,
puesto que yo obedezco y somos cómplices,
y mientras me atestigua la refrendo, osado, cardinal, tenebroso, fidedigno.

Una alegría torva
que me rapta hacia abajo, que acaso incluye un reto y un desahucio infinito;
un éxtasis temible,
quizá como el deleite perverso, rencoroso, de las humillaciones sin rescate,
eso que me atormenta con su júbilo impuro
revelando una especie de estupor flagelado;
una suerte de arrobo vengativo y siniestro,

cuyo carozo arcano pudo ser algún sueño castigado en el núcleo,
cierta almendra inocente
sin retoño posible tras un gran desafuero.

Parece que los dólmenes, las estelas que erijo,
quedan llenas de cábalas
que el corazón conoce pero olvida en secreto.

— Deudo mío invisible,
nublado por lo espeso de mi acepción blasfema, hereditaria,
neutral pero certísimo, parado en el venero primordial del origen,
tú que entiendes las claves
dime si el corazón comulga miga de pan terreno, aunque acíbar, benigno,
o leche impía, resina estéril, manjar de momias, almíbar de difuntos.

Si mi aventura pisa umbrales sin colonos,
también sin esperanza,
donde un ojo de escamas, de hiel como parálisis,
coagula en piedra negra mi costado.

Por la lujuria amarga que trasmina mis huesos
comprendo que estoy solo frente a mi propio oráculo prohibido;
que víctima del trance
no puedo sino honrarlo con la consigna ciega del poseso.

Comprendo que me guío por un astro de túnel
que flota negro y graso en la caverna del delirio.
Por un sol animal
de esponjas y babosas, por una estrella astuta de coágulos con flecos
y espesas fluctuaciones que son vísceras suyas.
Por un batracio abyecto,
sin piel, como el escarnio que emite sus pigmentos de lascivia ominosa,
mientras deglute y vive con sordo rumoreo de colmena larvaria.

Eso de musgo artero
recorrido por flujos de cartílago y lamas,
circulado por besos de mucílago insomne,
cuyos labios propagan péndulos afligidos, pormenores satélites,
telarañas de un líquido glandular y sectario,
tibias enredaderas de codicia callada,
incrementos voraces de conducta incestuosa.

Todo mudo y flotante, como amorfo y continuo,
crecedor en la noche vaginal, corrosiva, de agún antro difuso
donde el monstruo se alumbra con un halo de crimen.
De pronto
vuelto ráfaga seca, circulación vacía,
polvareda invisible tras la mortal blancura que devora mis sienes.

Pagaré mi rescate con la moneda abrupta del martirio.
Mi pacto de herejías debe cesar al menos
cuando alcance la potestad benigna del yacente.

Sacrifico mis ojos,
sacrifico mi lengua en la liturgia aciaga.

Vivo o muerto de pie quedo en mi voz ahora.
Desde el rescoldo amargo de la sangre propago un torvo reverbero;
prolongo todavía aquel son bárbaro, fúnebre y heroico del impío.

Dejadme aun a solas
con mi florón de fuego nefasto entre los dientes,
mientras se apaga el culto,
mientras se me apacigua la ráfaga de escarnio.
El eslabón del vínculo que rompo, la cola de mi clámide siniestra,
el meteoro del vándalo sobrante
pueden volver escoria mi séquito terrestre.

Salido del gran eclipse, con su cuña de plomo entre las cejas,
rezo en mi propia sangre por la porción del dios que me concierne,
y la parte de abismo que me alcanza en el rito.
Oro en mi propia sangre, con grandes cuentas como culpas,
que me ahogan los puentes de la voz
y retumban en las llanuras lívidas del alma.

Vuelto de la intemperie atroz, abandonado
por la soberbia amarga de la injuria, recobro mi flaqueza.

El corazón despavorido entonces se redime por un río de llanto.
Una lágrima dura, vuelta vidrio en la cólera, se libera en el ojo, tributaria.

Poco sé por la frente,
al parecer heredo una semilla aciaga que se me testimonia como germen del canto.

Esclavo y libre oficio, me asumo y obedezco.
Entro en mis fases negras
y dejo al corazón cumplir sus ciclos crueles, sus órbitas sagradas.

# CORSARIO DE TINIEBLAS

Enredado en las hebras del horóscopo ciego que me rige esta noche,
por mis sílabas rotas me devano y descifro.

La araña que recobra su filamento recupera su vida,
perfecciona su muerte.
La crisálida empolla grandes alas doradas:
la muerte se expresa en mariposas.

Oh tú..., que me conoces, en diálogos remotos con mi sangre,
llanto abajo del hombre
palpando con latidos los zócalos, la inscripción olvidada,
un tatuaje prohibido
que rezuma de pronto como un licor de fuego entre las sienes:

Penitente abismado por la imagen del ídolo,
tú sabrás quién me tira, miserable y abyecto, ciegamente de bruces,
ante un dios ominoso de implacable laurel de tiniebla y cenizas
con su cetro de fémur
y su larva anular sobre la frente, toda hueso baldío como luna de páramo.

Esta noche
bebo el placer sombrío de un enigma insaciable.
Paladeando esa verdad que filtra
desde un hondo registro del pavor su aforo de cicutas,
espero aquello sin corazón que vela, duro amor, mi secreto.

Murmuro mi consigna sagrada:
"todo es posible, todo es posible, el corazón lo sabe",
pues la Ley, siendo el cauce del terror, tañe sola,
para siempre hacia abajo.
Pero no en la vertiente de su código, nunca
donde Todo Es Consigo,
donde el Músico puede revocar su instrumento.

Acecho
mientras el Zonda narra leyendas de herejías, vejámenes y estragos,
al filo de una cólera antigua,
cuando un ave litúrgica abreva en mis arterias las diezmas del suplicio.

En los acoplamientos giratorios,
cuyo trompo instantáneo siembra el germen
de un incesto sagrado que aúlla en la tiniebla.

En las treguas temibles, sin confín en mis dioses,
cuando la noche extiende su baraja nefasta
y una yema de eclipse degrada una cariátide en espectro;
cuando el silencio tañe su abanico de musgo.

Alguien boga,
alguien canta su arribo en el esquife de la luna nueva.
Otra semilla humana se hunde
soltando escamas verdes sobre sus lentos círculos de podre.

Ay,
comprendo que el mesías glacial como invisible

se pone un nuevo rostro, se vale de otra máscara,
se adscribe al iris hueco del cíclope infinito, frontal y sin cuadrante,
puesto que mira y mira, puesto que abarca el mundo,
puesto que nadie advierte
quemándole contiguo su girasol de escarcha.

Fanático de enigmas mezclo llamas al llanto.
Azuzo las avispas que liban el salitre negro de los sepulcros.

De pronto
bajo el escalofrío que desdora mi sangre,
me anega la desdicha de algún oprobio eterno
que vuelca un precipicio milenario en mi lengua.

Entonces, desde los foros lívidos del plasma,
un rayo corrosivo cuaja un hacha feroz, un tótem lujurioso
como un falo caníbal, cetro de pulsaciones
rodeado de murciélagos por donde desembocan los pólenes del caos.

— Bello esplendor impío,
de un parpadeo al otro vuelto hacia atrás al nicho de tinieblas,
repite la escritura que entiendo en el origen de tu perfil de asalto,
consuma el sacrificio,
mi cordaje erizado por el texto que implora sordamente delira.

A contraluz del frío
que me sopla y escruta deletreando mis huesos,
apenas si contengo el vítor roto de los ajusticiados;
pero no el contrapunto
del que se le emancipan las sílabas dentarias,
y lo arrastra al convite de los cuervos
la estatua del sacrílego que baila por sí sola.

(Ay, acaso deba templar más hondo, buscar otra postura,
porque mi voz se espesa bajo un humo de escarnio

y es de arena y esponjas la avaricia del aire;
o es que apenas me escucho
porque el estruendo a tumbos de mi propio corazón me ensordece.)
Muerdo en la lengua, hasta sangrar el alma,
un nombre inmarcesible, pero que nunca accede
si no por los sinónimos difusos de alguna antera ciega en los estratos,
temible rosa estéril, cáliz eterno, sin pecíolo.

— Pálida sangre mía, ofidio dulce, resplandor anillado,
a cuyo mimo de fábula tembló el cerebro como un jaspe ardiente:
duérmete en la raíz,
apacigua tu crótalo de espanto.

Bajo el ojo infinito
cuyo azogue custodio se me espeja en los fémures,
reverbero lívidos arrecifes, angustiosos corales,
lámparas de estertor cristalino.

Gota a gota decanto
la simiente fatal, quizá la orquídea negra
que desova la carne del que no pide indultos,
aunque se triza y gime
vejado hasta la almendra,
desnudo por el signo que esconde con palabras.

— Resisto aún y canto, quien quiera que tú fueses,
pastor artero, abrupta canícula malvada,
intemperie alevosa o aborigen impío de no se sabe dónde,
que siembras en mi lengua crisálidas de esfinge.

El terror contenido me da un color de mártir.
Se enciende en mí la aureola furiosa del delirio.

De un tornavoz remoto el canto llega
fanático y sagrado,
con onomatopeyas y proliferaciones clandestinas;

y esa fianza del eco que abisma los registros del hereje,
dando a mi son una verdad más honda por su acústica de cábala.

Entonces, caigo en el gran oráculo.
Perdido en su recinto, donde mi voz retumba como una agua grande,
como un inmenso templo con poder,
que agita sus diafragmas de piedra nebulosa
por las estribaciones cavernarias.

— Sostenme tú que sabes y exiges mi denuedo.
Asísteme en la honra maligna del corsario que trafica tinieblas,
mi batalla es inmóvil,
pero se desmoronan mis estambres calizos
salpicándome el alma con su harina difunta.

Un violador astral,
batido a dios en plomo de perfidia;
un toro planetario
de atroz edad en celo y olor a precipicio;
perverso numen
venido a borbotones del altamar de cetros airados del espacio,
hasta reinar él sólo, por único y entero, en la casa de las consumaciones,
empedernido en monstruo cenital, en hiel de fuego y bruto ineludible,
anega con su aliento de semental verdugo sagrado
la noche.

Crece de mi, saliéndose de norma, saliéndose desnudo
y atávico de madre,
cierto animal del hombre que yo no sé su oficio,
sino sus reverencias,
si no el tributo ciego de los consustanciados
con las consumaciones malévolas y crueles;
si no el imán que tira de su índole con antros,
que tira del gran búho
girando en la luz negra, cautivo por escamas y crines vejatorias,
satélite indefenso de un témpano de ultrajes.

Bebido sin etapas en la audiencia
de un vino torvo en su caverna de agonías;
envanecido en el favor del riesgo fatal y boca a boca
con los progenitores de la furia,
el escarpado expande
un salmo espeso y agrio de barítono ciego entre las lepras,
que de improviso es bajo tenebroso pues se le vuelven ídolo las llagas.

Mientras concentra el rito
que le exige del calcañar remoto a las postrimerías astrales de la frente,
macera su baya tórrida, rumia su nuez de azogue negro,
trasuda y liba su propio ungüento de blasfemia.

Con la máscara fija por el éxtasis cruel en el abismo,
es un pavor total, ajeno al miedo, el que lo impele.

Lo sé. Lo arrastrará el reclamo de la sirena aciaga
que teje y pule su imán traidor, su red nupcial, virgen tremenda, en su arrecife.

La acústica maligna rebalsa mi sostén.
Estoy con la campana mayor crecida, funesta, resonando.

—Ánclate de rodillas si es que puedes,
trae tal dios el vándalo prohibido
que el hombre ya no sabe contenerlo en sus huesos.

Un són así, destruve para siempre los metales del alma.
No ha de crecer después, jamás, otra corola,
ni el terciopelo triste de las criptas,
ni el edredón boreal de los acantilados.

Inútil es la súplica
que bebo como un cáliz de moho en el tormento,
partícipe confuso de un crimen sin socorro.

El viento asume fueros de conjuro
cargado del poder fronterizo de las astrologías.

Oyendo su demanda
percibo venírseme a la lengua un talismán atroz, un sésamo de esfinges.

En el umbral tropieza y se derrumba
su sagrado improperio
como un alcohol de iridio sobre el alma.

Ya no mi voz, la tempestad lo tañe.
Mi templo siniestro canta solo, donde la luz es negra,
donde el amor, de espaldas, teje hacia atrás, destruye.

Yo miro, anonadado, un rostro náufrago
con sus cejas de muerto llenas de resacas de abismo.

Lo reconozco a ciegas por el vástago
que tira de mi llanto como de un largo ombligo de desgracias.

# EL HÉROE DE LA ANGUSTIA

Pido un sabor de tregua, pido un canto de cuna,
pido el precario arrimo de un mendrugo de lumbre, de una brizna de madre,
para mi corazón pordiosero, desvalido, miserable, esta noche de lobo,
ay, tan solo en el arrecife del mundo.

Pido la miel carnal,
un pétalo tan sólo de delicia terrestre que apacigüe y conforte,
pero me dan la leche madrastra de vinagre,
la obscena hiel en bruto, la pócima de espinas, el néctar del estrago.

Por la secreta alquimia
del que canta en la angustia, haré del mismo horror aljófar,
socorro del cilicio, manjar de la desgracia,
en esta travesía donde afronto
el arrebato blanco de un salitre como resaca de la muerte.

(Teja la lengua, teja sin cesar su capullo,
como el gusano tórrido y medroso su habitáculo ciego en medio del estío;
devane sin cuartel su madeja de terror y de sangre,
mientras en la balaustrada temporal
se aclimatan los huesos al aliento del páramo.)

Grandes alas de llanto
baten el cabrestante del corazón que emerge entre sollozos

en la orilla maldita.
El habla amarga bate contra el peñón nocturno
y me devuelve en réplica la ola, acuñada en flaquezas,
la máscara del fuerte.

Sí,
como el mísero hundido en el tormento
que hace pie en los estratos de su propia agonía,
y de pronto se hiergue trasmutando el vejamen en un halo propicio,
me nace el héroe puro al borde del desastre.

Convertiré en palabras el sollozo más denso, más opaco de abismo,
si es posible a una piedra convertir en palabras.
Lo quiere el corazón que se nutre del pavor que lo colma,
hecho a la ley del llanto, fiel al hondo quilate de la angustia;
el deudo oscuro de una casta sombría, de un linaje de mártires
que no abdica sus hieles
pues necesita asirse al eslabón final del último latido.

Mi duro dios me prueba con crueles varas de infortunio.
Mis abejas se afanan
como si fuese a llover sangre sobre el polen.

Acaso me extasío en el dolor, negando un párpado a la llaga,
o tal vez se desposan cantando la voluntad del ser con el destino.

(Abro la curva de la voz
para evitar la asfixia negra del espanto.)

Alumno que repasa su lección de tinieblas,
su rosario de pésames,
mientras recapitula gemidos y pavores
se complace en su propio laberinto el agónico.

Ya no invoca el oasis
o el relente benigno que embalsame la casa de sus tribulaciones:
en los duelos frontales de la sed y el desierto,
en las encrucijadas de la llaga y el cáustico,
solamente la mímica rota,
solamente el reclamo del dolor pordiosero
con su acento de aldaba fatal se justifica.

(Palabras son apenas
cañas de azar al viento, fugas de labio en labio,
tornasol del oído,
si no circula en ellas, desde las fundaciones que atestigua la sangre,
la savia de la especie, la dolorosa música del hombre.)

Como el murciélago vetusto
sorteando los escollos de la gruta heredada,
al sesgo en los meandros de las últimas criptas,
me guío por las ondas que arrojo a los espejos de la propia caverna.
Me gozo en los revuelos del vértigo sagrado
rozando con las alas sinuosas el cuerpo de la esfinge,
cerniéndome sobre las catacumbas donde habita la sierpe negra de los fastos.

Ah, tal vez el canto ahora
es mi plegaria equívoca de hereje, es mi oración veteada de blasfemias.

Acaso expío un gran terror, acaso lloro
el ciclo trunco de una inocencia alada, la pérdida de una madre infinita,
cierto prodigio arcano roto por algún rayo inapelable,
quién sabe el vínculo secreto con la gracia de algún puro custodio.
No sé, pero algo busca la lengua
enredada como una mariposa entre las telarañas de la frente,
indagando en los signos del polvo que deja contra el muro
alguna venia tácita posible,
algún consentimiento a su persecución desventurada,
algún perdón remoto al improperio ciego de la sangre.

Acaso el alma cela avara su dote,
su tesoro secreto,

prometida de algún favor que espera merecer del nimbo
lacerante.

Gimo hacia adentro,
pero mi voz se aferra a unas palabras
que filtran por las grietas viejas rezumaciones
de un sabor sentenciado, de una herencia ominosa, de un recuerdo culpable.

De nuevo me torturo
por un dolor confuso, que sabe a sótano prohibido,
que tiñe de agonía mi sangre, súbdita del tiempo,
que yo hago mío hasta la médula,
que mi espíritu asume
deglutiendo la angustia como su pan fatal de cada día.

Acaso toco en mi furor el hálito de un crimen remoto,
sacrílego hasta pulsar los húmeros ya músicos,
hasta erizar de espinas el cerebro,
dejando al corazón baldío y derrumbado.

Pero en lo más secreto del cáliz
Abel sonríe, desnudo y casto en su coraza celeste...

Vedme ahora suspenso
en el istmo difícil que vincula el sollozo y la sonrisa,
dorado en la vislumbre de un trasluz confidente,
bajo esta gran dulzura que me enjuga la llaga con su paño de corolas.

Ah, no está solo quien canta,
la estrella de los puros se le enciende de pronto
dulcísima en la frente.

Oh prójimo profundo,
que al parecer conoces algún cenit que ignoro en mi congoja,
sorbo en la travesía sabores de naufragio entre los secadales,
pero voy hacia un polo
que alguien en mí predice con la brújula ciega y tembloro-a.

Coyundas de este dolor
que me ata al cetro de un suplicio
con un candado torvo del que no sé la llave.
Con un tesón de bestia amarga, como un buey cejijunto,
arrastro las raíces tenaces que me tiende la noche.

Acaso mi lengua deba brillar al cabo,
limpia reja pulida por la tierra que abonó mi desdicha.

Acaso el héroe de la angustia
deba destruir cantando su propio maleficio,
cuerpo a cuerpo en la lucha, trabado lengua y lengua con su arcángel contrario,
hasta besar las alas torvas
cuyo sabor de luz presiente en el reverso.

Ah corazón, entonces tú serás el que extraiga
de la pulpa más agria la más ardiente miel de la alegría.

Alguien llama en las bóvedas pero se desvanece.
Un aldabón remoto trocado el puño en péndulo de flores,
un rebato pausado
como el golpe de un ala que pide espacio puro.
Tiemblo hasta los umbrales:
la noche va a dar, al fin, esa criatura inmensa, el día.

Pero no, su destino quiere aún la honda cámara,
se organiza en secreto.

Oh vida, no, no temas, no me ilusiones, no me debilites:
aun resisto, aun soporto,
aunque me incline a veces demasiado el corazón al eje de la noche.

# CONTIENDA DEL MINERO

"No ama la luz ni el mundo",
dirán los que detentan los pólenes del iris,
los que intercambian tréboles de albricias, recíprocas guirnaldas,
plácemes por espumas, vellón por resplandores.

"No ama la luz ni el mundo:
sirviendo la placenta negra de los oráculos
venera la desdicha,
comparte el opio fúnebre que fuma la máscara de hueso."

Sí, ama la luz y el mundo,
pero su tabla es otra, con un guarismo avieso en las raíces.
Pregunta pero nunca da el labio con el labio,
no le coincide el número a la cifra.
Postizos arbotantes, cuñas falsas sostienen por afuera los muros, las columnas.

Entonces, si el corazón ignora,
por más que se arrodille de puerta en puerta y gima
buscando, ciego, un ara
donde ejercer su servidumbre pura, su milicia inocente,
un ara que redima tanta sustancia suya de holocausto;
no sabe a quién responde,
aunque tal vez a un alto fuego que lo azuza y encela,
pues cuando empieza a arder dice que canta.

Oficio por oficio
cada cual en su yugo conduzca sus legados, honre sus pertenencias,
si ha de servir al fénix del sinfín de los fines
confiado en la balanza que se equilibra sola,
o al fiel de algún regazo cuya sustancia en ascuas sólo liban los mártires.

Oficio por oficio
dejad a la paloma volando de sí misma hasta sí misma,
cerrando el círculo infalible en su ecuación de arrullos y dulzuras.

Dejemos al fiscal de abruptas cejas y lengua lapidaria
y al neutro equidistante cuyo arroz no peligra,
tan exacto en su esfera y en su aguja de amianto.

Y al que le es dado el lente
del lince estimativo, que todo lo penetra, que todo lo calibra,
mientras el otro se hunde, pues su oriente es de plomo,
como es negro el quilate funeral del verdugo.

Mientras el mártir muele su harina enmohecida,
trasiega su salitre, abreva su vinagre propio,
comulga con el garfio que le toca por hostia.

Cuesta la propia vida
reconocer la vida buscando su quilate,
cuesta la propia muerte reconocer la sangre en su carozo,
tal vez un cero extremo al borde de los signos
cuya semilla es número del caos.

Entonces, cómo calmar al alma
de tanto estar a solas en lo opaco del tiempo,
si es lícito que sufra entre el desventurado
y ese secreto suyo, como un pez nebuloso, que gira, gira y gira
queriendo asir la imagen de un símbolo abolido, de una ecuación celeste.

Tal vez, tal vez un día,
por entre los equívocos del hombre, del mundo, de la especie,
multiplicando angustias y pavores, suspiros y delicias, por lo que no se sabe;
multiplicando sangre y huesos por lo que no se supo
pero existe, como la quemadura que el corazón exhala por la lengua,
fuera posible el rayo imponderable,
los plurales del uno total, vertiginoso,
que todo lo define con su aritmética de fuego.

Entonces, si el gran desventurado cumple y yerra,
si agrava el déficit del mundo,
preciso es que lo asuma, que acepte el crisma negro,
los óleos del vejamen, los estigmas del ímprobo;
que admita y reverencie la tiniebla por madre,, la desgracia por cónyuge,
cuyo amor, tan amargo, es la fisura que le triza la frente;
que caiga por las grietas del terror hasta el fondo
de algún carozo hundido en los estratos,
que lo reclama a sorbos de oprobios y desdichas
quién sabe como el núcleo sagrado de sus hieles.

Si no le corresponden los bálsamos del triste que hace miel de su pena,
ni la alquimia del santo que deglute vejamen y trasciende prodigio;
ni el rol del penitente que abdica de rodillas
y llora y se libera de su adobe de víboras, de su piedra de buitres.

Si rechaza la falsa virtud de los que emanan espliego de conducta
disfrazados de ejemplo con los trajes del hábito.
Si su medida es otra, sin cuartel ni indulgencia:

Cabal es que fustigue con espuelas de insidia su cordaje,
con cardos de su antigua cosecha en los rastrojos del mundo,
que insista en las esquinas del deshucio infinito
ladrándole a su pena como a su luna cruel, tan desolada y jeroglífica,
que ni siquiera supo del color de su origen, ni el porqué de su hueso,
ni aún su porvenir de aciago llanto inútil, estéril, amarillo:
eso como respuesta que murmura el murciélago profundo,
sabio del laberinto, golondrina perversa, torcaza del demonio.

Debe erigir su estela
de enigmas y pavores, de agonías y ultrajes,
con las rezumaciones funestas del blasfemo,
y las otras resinas agónicas del ser que trasuda la lengua probada en el calvario,
acaso, por el fuego tutelar de los signos que rigen sus caídas,
vuelto un sagrado mármol de congojas.

Si hay justicia tan sólo en el destino,
más allá de la célula y los astros, al fondo del amén inapelable,
digo pura equidad y no clemencia;
pero tal vez amor o numen del tormento,
redención por la lepra, como coronación de los amantes;
polen incandescente de los dioses para el quilate sacro de los héroes,
compromete el dictamen quien lucha enfurecido, cuerpo a cuerpo,
con la propia sustancia de la angustia como un arcángel lívido de estrago.

Si perece
no es derrota la suya sino arbitrio del dios que lo abandona.

Oye tu enigma,
prosigue el rito cruel, amarga cigarra del misterio,
un élitro en la vida y un crótalo en la muerte.

La lanzedora surte de un manantial extremo,
de un terror lapidario,
de un bulbo que no agota su poder inclemente
dando una larga soga llena de amargos nudos.

No hay otra ruta ahora, minero de la noche,
cavador de algún túnel funeral que sospechas
por el sabor del limo que desplaza tu boca,
mientras la lengua extrae el don fosforescente de unas joyas siniestras.

Acaso
la tiniebla es luz negra que asfixia al ojo inútil,
que enceguece la frente,
pero no al alma dueña de su propio latido.

Prosigue tu odisea cardinal hacia abajo, tu epopeya sombría.
Hunde en el légamo tu rostro, tu despiadada máscara de injuria.
Tu saliva ritual de condenado
remueve cruentos lodos atávicos del hombre,
tal vez salpica estiércol de impudicia y denuedo,
leche abrupta de abismo visceral, pero canta.

No te es dado el silencio
sino como la pausa que se concede al siervo derrumbado,
para que no se evada por la tangente abrupta de la muerte.

Altas puertas de sombra
se baten en los vanos donde nadie te asiste,
a no ser el asedio circular que te esquiva,
a no ser el fantasma
que se calza tus pasos, a no ser esa esfinge que respira contigo.

Es un pánico artero
el que jalona el rumbo de ignominias, el implacable dédalo de afrentas;
tal vez una condena inscripta en la simiente primordial del linaje;
acaso un arduo duelo de la especie y la infinita dinastía inmóvil,
una contienda loca
del ser desventurado y la potencia anónima nefasta.

Ved las natas de sangre contra el zócalo roto a golpes de extravíos.
Reconoce las huellas
de un antiguo tormento entre la atroz resaca y la ceniza.

Alguna huella late
centellando en el antro su torva signatura, su cábala monstruosa,

como una flor perversa cuya animal estrella tiene un halo carnívoro:
mira su abyecto cáliz de belleza sangrienta, bébelo con el alma erizada.

No HAY OTRA RUTA ahora, reitérate y prosigue.
Si amargo es el oficio de la crueldad, asúmelo y no juzgues:
espina por espina
el cardo no desdice su casta, la cicuta no elude ni deshonra su herencia,
la ortiga se realiza como ortiga, implacable.

Como la furia al lobo
que se durmió luchando por su especie, en medio de la cólera,
en mitad del combate,
el ojo atenaceado por el fulgor maligno,
tras cada tregua avara te espera la voz torva
cuya pulpa sombría
al parecer se nutre en la sustancia de la deidad que habita en el reverso,
acaso, quién lo sabe, la manzana fatal que nutre el caos.

Prosigue, penitente, frontal a tu destino,
de cara al infortunio sagrado en que te inmolas.
Sacrílego es el mártir que busca a dentelladas,
pero tal vez se prueba,
al sesgo del encono, detrás de la blasfemia del ser desposeído,
no sé qué umbral incólume, profundo, ajeno a la herejía,
no sé qué mítica inocencia inmune al fuego negro que la imanta.

Debes cavar tu veta
hasta que surja al cabo del tormento un joven dios de cuerpo siempre diurno,
como el oro legítimo del mártir,
o tal vez el cadáver del minero con su filón de sangre exterminado.

No te es dado el retorno: canta, es decir, golpea.
La noche es tan maciza como opaca la campana de plomo que tú sabes.

Saca un sollozo duro convertido en piqueta,
saca a luz el martillo que heredaste, la cuña mineral de ese fémur abstracto,
suma y resta implacable, durísima síntesis de los huesos del bípedo.
Golpea con el tesón amargo de los picapedreros,
insiste con el alma concentrada en un rayo.

Si ha de acceder
accederá la cripta, si debe abrirse se abrirá el abismo,
si has de volver retornarás al cabo:
nadie pierde su estela
si es fiel a su presagio secreto desde el prólogo.

— Angustia o numen ciego
que heredé de mis células remotas,
fanática ardentía cuyo nombre aun ignoro, no su poder solítico y tremendo,
ampárame, tutor que me alimentas de una sed y de un hambre
que es mi leche de riesgos y es mi pan infinito;
ampárame sin tregua, es decir, ciñe el yugo, tira más las coyundas,
y ha de encontrarte al cabo el mártir, anegándose.

Lo presiento
por el sabor que inunda de polo a polo al hombre
hasta quemarlo en miel de póstuma delicia.

Comprendo que es el otro
que de algún modo soy pues cohabita conmigo,
quien crece y me avasalla
y exige el testimonio de mi número astral alzado en holocausto.

Cuando el hombre interroga
vuelto a su propia esfinge de sangre y de ceniza,
atento a sus oráculos prohibidos,
en medio al laberinto cavado a sacrilegios en la angostura inicua de la noche,
cede al furor concéntrico de un canto abrupto y agrio, litúrgico y salvaje,

a un himno pernicioso que se parece al vítor de una épica negra;
al brindis sentenciado
del que apura la copa que contiene la furia maléfica hasta el borde;
al reto
del que azuza su torva fortaleza hasta acuñar al héroe del
desastre,
de pie sobre el espanto de su aciaga victoria,
toda su frente impía vuelta un cráter,
su corazón una feroz pupila de monstruo supliciado;
mientras los otros danzan ebrios de fáciles consignas,
él sorbe sus entrañas y agita sus despojos como impuros trofeos.

Un fulgor velocísimo
que sopla por mi rostro su saña milenaria, de pronto lo confirma.
Lo atestigua ese germen
que ignoro y me conoce desde la oscura cápsula donde late, azogado.

Pero resisto insomne
en este fiel de fuego en que resido, mientras propago el vértigo del trance,
velando en mi atalaya limítrofe de hereje,
lanceado por la pértiga temible de la noche,
mirando con un ojo del alma la esfinge de dos caras
que me espía y se esconde, por si le reconozco su perfil traicionero,

O me acosa de pronto, por un resquicio artero
el calcañar, el lóbulo, la sangre,
o ignota, inalcanzable en su sonrisa fatídica,
modula el dúo del espanto, el coloquio infinito del éxtasis y el polvo.

Yo me aproximo, sí,
cuanto la sangre puede ser elástica y fuerte, cuanto el hueso de piedra,
sin dejar de ser árbol,
sílex carnal del hombre, leño medular de la vida;
tanto como la lengua soportar el expolio sin perder el arraigo;

en la medida extrema y hasta el límite aquel de los despeñaderos,
por cuya costa frágil puede irrumpir el mar que siempre acecha,
tal vez el ramalazo de la tiniebla viva, la persona del caos.

Mi pilastra de cal tiembla y se resquebraja.
El corazón no sabe
contener el legado que pierde por las grietas,
tal vez al arduo polen
de una heredad limpia que dona y se rescata sin fin, inapelable.

Pero hago pie en mi furia sagrada, al filo de la médula, por dentro.
Cómo quema este abismo de ser hombre, él único lo sabe,
ya el vano en las raíces, sin órbitas las sienes,
perdido el dios final del último peldaño.

Me aferro con los dientes del corazón al alma del minero;
muerdo mi voz,
y a ras de lo infinito prosigo, mudo, la contienda.

# LOS LÍMITES Y EL CAOS

Ay, oficio de bruces,
escalono palabras,
punteo entre suspiros la escala de los ciegos,
eslabón a eslabón entono a tientas un són desmadejado,
un aire de mendigo.

Se trata de un espectro, de un túnel que me invade,
de una ecuación confusa,
cuya clave es un hondo carozo de agonía.

Canto como quien gime,
gimo como quien teje graves profericiones, cuentas entrecortadas,
quipos penitenciales,
como quien anda a pasos de pésame y oprobio
oyéndose en los ecos los palpos de extravío,
esas digitaciones que el corazón derrama sobre las catacumbas
donde el que viola sufre porque es él el violado.

Torpe es la lengua, equívoco el acento
donde agravio los manes de unos signos que ignoro,
pero me entiendo a ciegas en la noche contigo, corazón
oficiante,
y eso es báculo y guía,

eso ayuda al sufriente como un ojo vicario.
Jamás nos perderemos
si el sonámbulo extrae de sus minas lunares
el imán de socorro que abre los laberintos.

Donde no sé si exista, quizá como presagio,
tal vez como un recuerdo
yacente en los estratos de un arenal de olvido;
donde no sé qué invoco
perdido en la leyenda de un ritual subterráneo;
donde no sé qué busco sino que me socavan,
y he de perder el nombre y equivocar la ruta,
y he de orientarme a expensas de un horror primigenio,
de un espanto desnudo,
si acaso me desdiga,
tan erizada el alma por la dentera negra que dan los socavones.

Si avanzo es que regreso por grietas y raíces,
limbo abajo
hacia donde devano mis arterias y entretejo suspiros.
Palabras son peldaños que el corazón arriesga
como rezumaciones de la sustancia mártir,
son cuentas del testigo,
son vértebras de un credo que al anunciar asume como víctima adrede,
semillas de un secreto de torva galladura
cuyo sabor confirma lo fúnebre del núcleo.

Donde el fulgor, opaco, ya no emite, propaga
turbios desplazimientos de caracol hundido, de mugrón digitado,
antenas olfativas,
burbujas que restallan tal vez como estertores
multiplicando labios de suspiro infructuoso:

Palpo un terror, un signo
de muda profecía, sellado en su silencio como un abismo en bloque;

cantera de un oprobio, de un dolor indeleble,
de una condena abrupta inscripta en el linaje,
que acaso cierto día de escarpado prodigio, de inocencia y astucia,
pudiera ser libada por la lengua prosesa bajo un índice en llamas.

Descifrada a sollozos, cierta vez, de rodillas,
cierta noche sin deudos
de quien va por el plasma despojándose edades, deshojándose en ritos,
con el santo en su origen y su seña en la especie.

Y halla al fin lo implacable,
halla un número monstruo de extracción planetaria
cuya cifra es la sangre convertida en centella.

Y ve la veta negra tras un himen de espanto,
que pugna y se estremece
queriendo ser hilada, carozo de un vejamen atávico del hombre,
urdimbre por urdimbre, maldición copo a copo.

Si es posible orientarse
por la brújula a tientas entre el hueso y el alma,
que de pronto se eriza
desmenuzando un polen de sustancia en peligro,
antes de derrumbarse fulminada en la lengua,
la ubico en la confluencia de un horror milenario
donde mis dos memorias me tiran por mitades,
al límite en que el vello del terror se hace selva,
la selva un árbol solo que agarrota sus garfios
y echa a volar graznidos que todo lo devoran,
menos alguna brizna que se salva en la frente.

Estoy en la desgracia, lo sé, pero confío,
tal vez en quien me esquiva siendo mi propio huésped,
acaso en quien me sabe tanto como lo ignoro,
aunque tal vez anuda los rasgos aun confusos de un íntimo mesías,

mientras profano un cáliz,
mientras comulgo a ciegas un cero de blasfemia en medio de los signos.

Me atengo a que la noche tendrá una luz de madre,
al menos un espejo de tiniebla nodriza,
sí el implacable topo, su ahijado ceniciento,
con una pala amarga toca sus fundaciones, busca entre las escorias.

Tan solo sé que aguardo
lo que no sé qué invoca mi lengua penitente, mi ser a la deriva,
pues voy sin lazarillo, baldado por la angustia,
y apenas me acompaña la acústica de un hueso:
un són tan desvalido
que en vez de serme amparo su quena pordiosera reclama mi socorro.

Resulta que sucede,
sucede que contraigo la víscera del pacto,
la luna con antenas que brota de la napa vidriosa de los ciegos,
que un palpo oscuro prende su lámpara instantánea,
que el corazón vislumbra,
que alguien en mí comprende desde el brumoso espejo de su saber nocturno.

Resulta que me ciegan los nebulosos lampos, las alucinaciones;
sucede que me pierdo entre los jeroglíficos,
que el alma tiembla a flote de un escombro de fuego,
que el ser es la memoria que se busca en la lengua
dejando un sedimento de extravío por rastro.

Si MUDO DE rodillas
se alteran las visiones, cambian los avatares.

Salgo a un foro en que el túnel
como un monstruo confuso de lóbregas agallas
resopla entre columnas.

Alguien, con máscara confusa de ofidio y miserere,
suspira y me olfatea
sentado por la roja tiniebla en que resido.

No comprendo su forma
pero sí el aletazo que deja entre mis dientes escamas de salitre.

Comprendo en mi desdicha
que he de luchar, amándolo, herido, con encono sin tregua,
aunque me desafinen tornasoles calcáreos
pues ignoro la astucia de eludir el destino.

Su aliento genital ronda mis húmeros.
Digo que me aquilata, oriente de su amor,
pulsando gozne a gozne mi espino articulado.

Desde la antera oscura
donde se agita el miedo visceral de la especie,
me erizo de un amargo plumaje como un ave siniestra.
Vetas negras afloran entre cobres profundos,
color de madureces, podredumbres de otoño,
lamas de un llanto ciego, sabor a maleficio.

Yo absorbo tambaleando las torvas embestidas,
recíproco y fatal las retribuyo, estambre por estambre, hueso a hueso.
Y aún me embriago en la prueba del terror que me colma.

El héroe que me crece
en el desfiladero del duelo ineludible,
es sólo el propio mártir
curtido a pan de herrumbre en su heredad de piedra deshojada,
cuyo único habitante es un palo de cal llamado fémur.

Ah, quien ama su condena bendice su patíbulo heredado.
Escribo de rodillas en pupitres de piedra.
Me golpeo en el alma con un pésame ciego de palabras atroces.
En mi reclinatorio de martirio
naufrago en un sollozo del que emergen escamas de soledad siniestra.
Legatario culpable de un ultraje confuso, de una oscura ordalía,
se me cuaja la lengua ritual entre los dientes,
se enajenan mis labios
desvirtuados, ambiguos, como niebla de paso para fúnebre plomo.

Quedo apenas
con la brizna del pulso que sostiene mi angustia como un fruto de escarnio,
del que fluye ese clima
cuyo aroma perverso da una pátina seca refractaria del mundo,
generando de pronto la religión impía que exige el sacrificio.

Si abdicara mi vida,
si violase la esfinge de mi ser en el tiempo,
alguien, desamparado, huérfano, sin raíces,
caído para siempre de la ley de los vínculos,
lloraría en tinieblas su esclavitud perdida,
náufrago en un vacío que no alcanzan los ojos, ni la lengua, ni el llanto.

Ay,
el que viola los sellos,
el que se precipita rencoroso y rebelde contra sus propios límites,
destrozando el circutio materno que lo abarca,
parte, pero jamás arriba, pero jamás retorna de la nada, el sacrílego.
Flota sin asidero, autónomo y vacante, prófugo y rechazado,
como célula abrupta que nadie reconoce.
Desertor de un sistema de una tabla sagrada, de una urdimbre infinita,
derivando entre anillos de repudio infranqueable,
hasta que al fin se cumplan los ciclos y se abran entonces las órbitas selladas:
sin más eje que el rumbo de su azar punitivo, migratorio, sin tregua,
encadenado al duelo
de un remoto habitante, de una víctima estéril que no olvida su patria.

Tal vez es de otro modo,
y acaso exista un tiempo de par en par en blanco, cuyo lucro es inmóvil,
pero en sus latitudes no prende nunca el brote de la sangre extranjera.

Y hay un atroz más hondo, amén, desde el comienzo,
mandíbula de estrago
capaz de la infinita mordedura
que desmadeja el alma y la desquicia, muda y ciega, para siempre.

Pero quien cuida el germen
de la centella negra que trajo en sus alvéolos,
libando con astucia orquídeas perniciosas, mieles de vituperio
con su interior espina de ángel sacrificado,
cierto verano avieso que consuma navajas, perversiones, insidias,
cosecha su planeta de cólera malvada,
penetra y se establece bajo un sol tenebroso
cuyos torvos satélites cantan su rebeldía repudiando el rescate.

Lo sé por la intemperie donde nadie responde,
aunque un vértigo impío tira redes que apenas me equivocan los huesos.
Lo sé por el espectro
tan cercano al desquicio que fui yo por un lóbulo y solloza;
por la aguda nostalgia responsable del vuelco que me dan los sentidos;
por el sueño incestuoso que repite el misterio
donde el alma se casa con la carne y suspira,
donde el huésped reposa, se distienden los garfios,
y el corazón se ahoga
de una asfixia feliz, recuperado el límite perdurable del hombre.

Yo POSEO UNA ANGUSTIA cuyo cordaje torvo no declina su oficio
convertida en guitarra visceral del misterio,
a cuyo son entono mi pésame sangrado, propago mi condena,
ejerzo mi sollozo cantable.

Pasando por el limbo
ciego del corazón dado a las penitencias como a un sacro brebaje,
una fuerza justa y fatal, un sismo secreto que no emerge
pero bate y desnuda los cimientos del alma,
entre el pavor y la embriaguez del canto
me impele al rito del mártir.

Poco sé, pero acaso
deba negar de bruces un ara, algún vínculo avieso,
cierta alianza prohibida;
desdecirme de un tiempo de rencor y ludibrio
venerado en las torpes codicias de la sangre,
cuando la furia roja, vuelta numen aciago,
desde su cresta altiva pide inciensos, guirnaldas, conjuros
que la lengua articula sin saber qué atestigua su feroz palimpsesto,
cómplice de unos dioses de soberbia enconada.

Bajo un cenit de injurias,
con sus constelaciones de espinas favorables para los sacrificios,
me condeno al vejamen de besar al cadalso
donde me restituyo para nuevas afrentas,
de amarlo hasta el pecado de adorarlo a sollozos,
paladeando ese fuego de estupor
en que escucho graznar despavoridas alimañas del hombre.

Alguien lo quiere y oye
más allá del sonido donde me desmadejo,
quizá para acendarlo, quizá para ser ese diapasón que no escucha
sino cuando el quilate llega a estambre inocente.

Ignoro quién me imanta sabiendo que aun no puedo,
pues nos separan signos, latitudes, espantos más densos que el granito,
y aún, después del santo y seña de las piedras,
lo que ya no es distancia ni espesor, sino un vano del aire,
cuyo silencio frío bate el ala y arrastra
junto al nivel de un iris, que sólo el traspasado por su ardor reconoce.

Aunque existe una yema sideral
que abre el párpado adentro, cuando pasa el meteoro
como una melodía que se apaga al contacto de su texto posible.

Nada sé sino el rito que hipnotiza y flagela
o extasiando devora,
como el soplo nupcial y verdugo de las consumaciones
que acelera las ascuas
fecundando en el trance su revés de ceniza.

Y es sobrecogedora la pasión de la obrera,
tejedora sin tregua del ritual implacable,
proclamando los fueros
de la ley que destruye con el último pulso de su brizna de esclava,
victimándose al celo de un rencor inmortal,
de otra abeja infinita cuyo encono sagrado no conoce reposo.

Ráfagas de misterio
conductoras del polen que genera extravíos,
multiplican sus nieblas de espejismos contrarios,
aleaciones perversas por difusos cuadrantes
donde flotan visiones perniciosas del mundo.

Sin duda se equivocan mis labios
allí donde la muerte, con el cráneo florido como un siervo suntuoso,
tocado por un viento de animal plenilunio,
con su antifaz de ojeras que miran desde el fondo de las genealogías,
vela los nacimientos
entornando las cuencas pacíficas, la muerte,
como una casta madre de candor legendario.

Allí donde la vida
con sus dientes de brasa cela los esqueletos,
hasta que al fin desovan las antenas calizas
licopodios flotantes,
volubles migraciones de vilanos dichosos.

Donde alguien que confundo
bajo sus tornasoles de ascetismo y lujuria,
escarba los rastrojos antiguos de la especie
y encuentra una raigambre que hace sonar mi propio corazón por campana.

Antes que sobrevenga la alegría maligna de los desposeídos,
de los desamparados que veneran su casta
convirtiendo en corona sus desdichas del mundo;
cuando es bello y siniestro
percibirse el jinete que ama las tropelías y reclama su oficio,
por más que se encabriten soplando un tufo negro los huesos deleznables.

Al filo de las torvas alusiones,
cuyas criptografías de barajas aviesas proponen laberintos vejatorios,
atajos clandestinos,
claves articuladas con los inmemoriales signos del sacrilegio,
comprendo que es honesto declinar los presagios, las turbias profecías,
porque ya sobrepasa la dicción del testigo
cierta ancestral memoria de un atávico crimen, de una atroz tentativa,
de un rechazo celeste...

Ay, eslabón a eslabón
se cumple el orden ciego o el azar implacable.

Consumada la oscura libertad de sus cifras
desconocen los dados,

si implantan un sistema con su código propio,
o tan sólo revelan avatares posibles,
tornasoles emblemas,
aventuras del número que no alteran un eje de ecuación sin acceso.

Acaso,
corazón que me alumbras si se eclipsa mi frente,
tiniebla y luz son nombres de una sola sustancia
y hay un sinfín eterno donde son reversibles.

Un condenado canta, modula su castigo,
oficia en el tormento como si el canto fuese la cólera, el reclamo,
la ofrenda del expolio que el corazón profesa
para absolver un día su mortal desventura.

Las criaturas que entrega
su otoño lacerado por un sol de infortunio,
no ignoran su linaje
si el fruto en el carozo reconoce su casta.

Se equilibran temblando
entre las dos efigies de un equívoco cierto,
en cuyo centro estoy, dejando en la semilla mi són martirizado,
heredero de enigmas
que lego a quien espera confirmar su sollozo o afincar su esperanza,
paladeando sabores milenarios del mundo,
resinas del hereje que no pide clemencia,
zumos penitenciales,
mieles entreveradas de mortajas y lirios.

# PAUSA DEL AGÓNICO

*Tal como el cirio amargo*
*que arde y llora en la noche funeral del hereje,*
*destilo una congoja de hiel pesada y turbia que no abarca mi llama.*
*Pegada a los costados del corazón aciago*
*la rémora sobrante sofocando mi lengua lastra mi letanía.*

*Me concedo una pausa. Con la llama en suspenso*
*conjuro la sustancia de impiedad y martirio*
*que pierdo en la inclemencia del rito en que me inmolo.*
*No sé, digo que me rescato, que avaro de mi angustia*
*de un modo oscuro y grave heredo los despojos de mi propia agonía.*
*Que absorbo tercamente por mis hondas raíces*
*lo que mi propia vida vuelta un trágico otoño lívida desmorona.*

# ESPÍA DE LA NOCHE

De nuevo aquí,
ritual espía de la noche, pastor de grandes búhos,
taciturnos, esquivos, abaciales, feroces,
avaros de algún culto que celan con sus lámparas de lúgubre vagido,
promesantes de un orden, de un sistema secreto, de un cuadrante de llamas,
cuyo vestigio late como una salamandra mortal en la ceniza.

De pronto vetustos de presagios,
dando una llamarada de plumas en el viento que traspasa y no sopla,
con el cáliz facial vuelto al llamado ciego de lo infinito,
oráculos remotos de un carbúnculo negro y un crótalo aborigen
que atesora en sus criptas sin acceso la noche,
con cuya venia arrostro latitudes negadas, torvas idolatrías,
tornasoles herencias que vuelven a su eclipse.

Animales cariátides de un púlpito conmigo
a bordo de un estrado, de un altar navegante donde abrevo tinieblas,
ante cuyo cabildo glacial ignoro un nombre, invoco una consigna,
afirmo un holocausto,
depongo mudo y solo, fantasma de una audiencia
que se encabrita al fondo de atávicos espejos.

Las magnéticas palomas
del insomnio amarillo, veletas sensitivas de grandes ojos lentos

mestizos de azabache y fósforo instantáneo,
tal vez de escarcha atónita y núcleo de obsidiana, de rápida malicia.
Y corazón de imán en trance maligno de centella,
de proyectar su oriente de joya vengativa, de piedra basilisco.

Digo los tórridos guardianes
que espalda contra espalda conmulgan sus consignas de logia cenicienta,
reparten sus posturas equívocas, sus cábalas,
sus gestos subrepticios de apóstoles herejes, de vicarios perversos;
sus grandes reverencias de girasol idólatra
por turno
a cada venerada parroquia del cuadrante,
a cada altar secreto que avizoran los linces, con rostro de albacea,
de oficio clandestino,
frontales al abismo circular de la noche.

Digo mis cómplices de luto, mis émulos sectarios,
acaso mis astutos cancerberos rituales,
al tiempo que contiguos
arcanos en su esfinge de reojo malévolo,
que gimen y me escrutan
al parecer celando la desgracia, codiciando el peligro,
o tal vez olfateando cierta especia prohibida, cierto fúnebre almizcle,
algún lúbrico gajo del sagrado y obsceno magnolio de la muerte.

Mientras dibujo a tientas mis cifras de bitácora,
mi carta de zozobras, mi mapa de terrores y abordajes nocturnos;
mientras se me encabritan diagonales las yemas
receptoras de un sismo visceral y remoto;
mientras oigo en la frente trepidar de improviso mis papeles corsarios,
convulsos de ese origen
disperso en la memoria sonámbula del mártir,
en cuyo cruel desvelo centellean de pronto furtivos
ramalazos de azar incandescente,
álgebras de trasmundo, constelados enigmas,
algo sacro y vedado como polen de fénix en el cáliz insondable de un mito.

De repente mitrados por un jopo de horror,
concentrada la máscara en el ceño para el dardo de furia que brilla entre sus párpados
me destinan su encono cardinal, su milicia profética,
proyectan a mis iris, al corazón, al alma su brújula de indicios,
anegados de espanto por ese polo turbio que me eriza la sangre
y salpica una gota de azogue funeral sobre un lóbulo.

Cuando entonces
una torva aleluya, un agónico vítor, cierta loa maligna
perentoria y salvaje
me sucede y desgarra, saltando del corazón a la lengua posesa
como un pájaro cruel, maléfico y sagrado.
Y en mi rama de sangre, cargada de sollozos que quieren ser palabras,
deja un vaivén impío,
un péndulo verdugo que da una campanada de abismo entre las sienes.

Aquel enajenado
que se nutre de angustias, con jugos de agonías y miel de sacrificios,
despierta y se incorpora al fondo de su alcázar nocturno.
Y mientras apacigua su semblante disperso de huésped legendario,
su máscara interregna de príncipe expatriado vuelto de lo infinito,
me mira ausente y cruel,
con toda la corola sonámbula en acecho, de par en par me mira,
color de arena y réquiem,
hasta el reducto en llamas en donde amasa en fuego su gloria al condenado.

Seguro de su oficio
penetra en las estancias funerales del alma;
comprueba de un latido mi cóncavo nefasto,
y deshojando en sones un peine de ébano nocturno como una cítara perversa,
ajeno a mí pregunta por su olvido,
se arrulla y se solloza,
anida entre sus brazos un fémur como un ángel,
acuna entre suspiros su paloma de hueso.

Y habla de un deudo suyo, de una patria remota,
de un oscuro emigrante que violó las fronteras,

de una esfinge que rema para atrás en el polvo,
infinita de nupcias,
anegada de origen en su tálamo ciego, sin confín, insaciable.

Allá, donde el silencio glisa, pulsa, deshoja
con su tacto de brizna casi líquido, un arpa de abandono,
una rosa de médano y desgracia,
licopodio vetusto cuyo néctar de estrago liba la mariposa
que visita los muertos.

El élitro furioso del martirio,
el oráculo aciago que el tornavoz convoca para su confidencia,
nadie lo sabe ahora, nadie lo supo nunca,
sino mi corazón, sino mi lengua hereje
tropezando en la asfixia de un bosque de sollozos
que apaga con membranas tenebrosas el himno.

Desde nada a la nada, desde el pavor callado,
en el último dédalo
donde la voz en vano pide contorno y se deshoja en humo,
algún amor atroz como un erial, como el vampiro inmenso de las dunas
batiendo en el bochorno su plumaje de saurio, sus escamas de sílice,
tiende hacia mí su lento precipicio de ardor,
su ventisquero ardiente de harinas minerales...

Un horizonte impío de garras diminutas,
pulsando uno por uno sus alvéolos de vidrio, sus gargantas de escoria,
sus dientes de ceniza —múltiples y feroces hormigas de la sed—,
sitia mi sangre en la raíz hinchada por un grito mudo.
La insaciable ardentía sepulta el corazón como un pájaro ciego;
y aletea en mis ojos la burbuja penúltima del mártir,
antes que el negro estuario se me aloje en los sesos
y apague mi memoria con su alevosa esponja de páramo y tiniebla.

Por el bisel de una luciérnaga de sangre en la clepsidra
se va a lo inaccesible que no tiene regreso.
Pero volví. Y el párpado apretado sobre el fulgor del alma
bebió una luz acérrima
verde como la pulpa milenaria del llanto.

Como el toro bravío que se socorre solo en la desgracia,
corro aún, desde entonces, remoto como nunca,
atraviesa de un vértigo de horror y tropelías,
violando la sentencia
por un atajo avieso de espadas y ultimátum.

Corro aún desde siempre
con el séquito impuro de un pavor animal pegado al plasma como una clámide
de plomo;
huyendo por los huesos,
por la sangre azogada, por los ojos inútiles en blanco,
fugitivo en la lengua
que proyecta en figuras atroces un mortal laberinto;
por entre candelabros o menhires custodios de un solar de ignominias,
de un coto abominable
del que fluye una abyecta potestad, un rescoldo de santuario y de crimen.

Corro aún sin destino
arrojando en la fuga las escamas del mártir,
esa obscena resaca de fulgores mortuorios que deviene la víctima,
sola
por el despeñadero sin socorro posible de las consumaciones;
bajo las araucarias de pirámide eterna,
compactas pero ausentes en su rito de logia mineral ante el ara de la luna,
delta de hielo trunco y oxidado
a deriva en la vertiginosa marejada del cielo.

Corro aún
investido del dolor de la especie, prófugo por el fin desde el principio,
venciendo los tentáculos de un pavor insidioso

que arrulla la sustancia como un mimo de cántico perverso;
entre nuca y talones
un relámpago frío enraizado en la médula,
aleteando hacia adentro sus látigos de espinas, sus ramales de escarcha,
sacudida la sangre por jaspes de parálisis,
con un insecto espurio de líquidas espuelas,
un alga simultánea de garfios y ventosas, jinete irreductible parásito de un lóbulo.

¿Quién llama entre sollozos
pulsando los cabellos,
destemplando los huesos de esperma, marchitos, deleznables?

Un súcubo amarillo,
un viento ausente como ráfaga, visible como túnel,
de pronto enardecido con terribles repechos de palomo sagrado,
me arrastra su lascivia sombría,
tañendo su abanico de mortales estambres
alrededor, en halo, celándome los huesos.

Veo su mascarón oblicuo
por dentro del tambor de la cúpula del cráneo;
eslabón a eslabón cerrando el círculo
convoca a negras vísperas, a maitines fatales.
Me alarga el pico abyecto,
aguza hasta el ludibrio su espina de hielo y de cicuta,
me cita a un beso atroz, a un crótalo calcáreo,
a una cópula seca de hueso y diente sólo.

Con un meteoro anclado en el cerebro
clamo
con todo el cuerpo mudo, vuelto un badajo inútil, sin campana.
El mundo se abisma en el olvido
por mi velocidad sin Dios abajo de los ojos herméticos.

Mientras un torvo imán de obscenas fauces y abismo perentorio,
—socorro, sangre mía, deudo mío con llamas, ausente. remotísimo—
detiene mi número indefenso,
succiona mi sustancia a ras del núcleo,
me incorpora a un aciago confín de adormideras
cuyo aliento disuelve la fábula del hombre.

Verdes ojos de la luna entre las hojas de junio.
Tatuado de alamares vivos de pronto, como larvas,
huyendo desnudo sobre el páramo,
hundiendo el calcañar en sótanos viscosos,
soltando a cada paso un nauseabundo pájaro de estiércol,
calzando cada vez aquel talar de lodo con raíces,
legando al aire cuños de agonía,
voladizos de adioses,
ramas de gestos rotos,
cariátides jadeantes,
infortunios de bruces,
ciegas máscaras,
aletazos mortales:
eslabones de un zócalo quebrado por columnas y vanos de desgracia.

Y al fin, contra la rota baranda del vacío,
la seca, la esteparia, la estéril flor del límite.
Precipicio frontal, tope del desafuero, cuadrante del desahucio,
girasol cuyo rostro de cuenca sin pecíolo, creciendo hasta ser túnel,
desemboca su entraña de mineral anfibio
y mira con el antro mordiente a flor de espejo,
a ras de una agua neutra, desnuda y refractaria,
nevero de la luna, faro de estaño avieso y azogue de ultramundo.

A su luz de desastre, de medalla de cal ineludible,
por los foros del alma vi mi propio espectro,
la llama de mi vida jadeante, quemada por los bordes,
temblándole aquella aura tan próxima a ser nimbo de ceniza.

# EL PÁRAMO DE HUESOS

Alto sitial de angustia.
Devoro pan impío, piedra de soledad incorruptible.
Escarnio son las alas
si es libertad batirlas bajo la ubicua trama de una alevosa red,
que nadie, astuto, burla, y al cabo nos apresa;
al filo de algún ojos de implacable perfidia
que el corazón percibe como el feroz acecho de un verdugo infinito.

Sufro en mi acantilado
soportando la injuria de una hiel incisiva que me cala hasta el núcleo,
de una sal rencorosa
que al sazonar mi tierra leuda mis elementos para un cárdeno rito.

Desertar no pudiera
bajo el código astuto del tirano que me inscribe en su pavorosa geometría,
no tan rígida aún
que el viento del terror no erice el polvo en el cuadrante vivo del esclavo,
la víctima, el hereje.

Rodeado por las algas
fanáticas de un numen que inciensa mi condena con bálsamos atroces,
muerdo la voz, como una gran navaja de hielo y desventura,
con el arrojo infausto del héroe abandonado en el desastre.

Peor que solo en la noche fronteriza del caos.
Asistido en el trance por alguien que es yo mismo del revés, en mi ausencia;
arrastrado a una cita quizá con el fantasma que habita mi reverso,
sin oír los sollozos de aquel íntimo arcano forzado a ser mi guía,
forzado a custodiar mi lámpara de sangre,
arriesgo el alma al filo de algún nefasto arrullo
entre el coloquio estéril de la lengua y el eco.

Alguien llama en el quicio pero se desvanece.
Sin duda
no merezco aun la mano cuyo favor perverso fundiría el cordaje.

Debo cegar primero esa ternura en flor, viciosa por tardía,
que hace temblar mi polen desnudo al filo de la zarpa.

— No, no hace el escudo al héroe
sino el íntimo temple del denuedo.

— Quien persiga la gema final de su inocencia
persevere y acendre su quilate en el martirio.

Acaso deba absorber de pie mi propia muerte,
hasta exaltar mi sino sobre la oscura ley fanática del mártir,
para dar a mi vida un alto destino de campana.

Me abismo en la consigna. Debo alcanzar el don aciago.
Lo quiere el corazón, probado en las más crueles latitudes del hombre,
penitente en los climas extremos del peligro, del éxtasis y el caos.

Desde el abrupto amor
con garras y delicias de un arduo paraíso contiguo a la locura,
hasta la soledad quemante del hereje sembrada de agonías;
desde el pavor del dédalo sin Dios, cavado a dientes y uñas contra el mundo,
hasta la cumbre altiva de una alegría astral, lindera al sacrilegio.

Confinado y sonámbulo sin confín en sí mismo, al fondo del linaje,
hundido hasta el arcano pie de la raíz más última y secreta,
por donde un deudo atroz de irrescatable edad viene a mis labios
pulsando a ciegas un diafragma que esparce torvos signos en mi frente.

Espero la orden ciega del presagio.
Mientras su ácido liquen me remonta los huesos
incrustando en los batientes del alma sus mohos de infortunio,
sedimento un orín de cólera veteado de suspiros;
me ahoga una tortura de pájaro sin ojos,
de gaviota sin alas nacida de algún huevo de ofidio en el desierto.

Pero sonrío
como la valva mítica a sus dioses de pureza maligna, de inocencia salvaje;
como la valva atroz y victoriosa
tatuada de suplicios y cifras de intemperie,
cuya cerámica marina
la droga de los siglos no corrompe, ni altera su mágica estructura,
su acústica entrañable:
perfecciona su temple y afina su registro,
ya amante lepra fiel incorporada al hueso musical de su crátera.

Tan solo estoy de pronto en el tormento de la espera,
próximo a un parto adusto del destino,
o en qué avatar, en qué herejía que el corazón remonta por sus pactos,
que al propio tiempo siendo el ara me encarno en víctima y verdugo,
y por mi rostro vuelto un mapa de transparencia tenebrosa
se me trasluce un dios artero ajeno al rito y a la ofrenda.

Si el corazón se asfixia, si la lengua
naufraga en el vejamen
de tanta hiel como exige el huésped por un instante de esplendor malvado,
aún queda el aria vil, el himno gutural
vertido por el cuño caliente de la bestia segada en la garganta,
el llanto aullado del demente sin lengua en el patíbulo;

la cábala monstruosa del hereje sonando en el altar sus dados de tiniebla,
el vítor horrendo de los súcubos.

Y aun la gárgara de ojos
cuyos iris partidos vierten a borbotones de esperma sus cristales,
donde unos cielos negros, constelados de garfios,
espejan la lujuria de un rocío de sangre con espinas de iridio.

El tempero maligno se aclimata en mis huesos.
Un duro ángel en torno,
criatura de ignominias que no puede ser ángel
pues cabalga en la furia como un perro con alas,
golpeándome en los ojos su viscoso velamen
quiere encarnar en mí su maleficio.

Yo levanto mi temple hasta el delirio torvo para honrarlo.
Se posará en mi cítara de huesos, espantada y gozosa, celebrante.
Lo sé por ese polo de malagorería
que se encona y me imanta con su núcleo de ofidio;
por ese espectro oblicuo de murciélago a rachas
que empapa la tiniebla y encabrita la sangre;
por esa bocanada de bestia subterránea que revela el acecho de algún túnel carnívoro.

Concéntrico a mi esfinge la embisto entre sollozos.
Retemplo los cóncavos del alma para que el eco puro me atestigüe.

De pronto
el cierzo originario de la estepa de huesos
calcina la esperanza fugitiva del hombre.
La diatriba sagrada no aniquila mi arrojo, me enardece la lengua,
pero un sabor espurio, a hollejo subterráneo,
circula y me escarnece
con el plasma de ciénaga que se enreda en mis lóbulos.

Acaso, para alcanzar el núcleo perverso que me cita,
debo soltar la lengua al viento negro del sacrílego,

emblema de ignominias
de un corazón apóstol, blasfemo, renegado.

El canto, que sabe a profecía,
esconde al propio mártir su maléfico augurio.

Acaso, por designios de un avatar monstruoso,
inocente y artero, cómplice de un vejamen divino,
alcanzo una liturgia feroz, una oración de tórrida sustancia
lujuriosa y estéril como un inútil rito sin dioses,
quién sabe un turbio rapto que les devuelve el cetro.

Quemándome en las ascuas de mi propia perfidia,
vuelvo sobre mi estela maléfica de luto
buscándome las huellas de algún trébol benigno, hereditario.

Entonces quedo a solas, de par en par desnudo,
frente a una estatua enjuta con máscara de estrago labrada en palo seco,
cariátide sinuosa al parecer recién emancipada
que triza la tiniebla con reverberos de ópalo nocivo.
O desgajada en humo de flúor premonitorio
se niega y se reitera desovando exterminio por los vanos feroces.

O enconando su oriente de cal ennoblecido por pátinas de eclipse,
se asemeja a una lámpara mineral enemiga,
a un funeral espino con médula de azogue
que insufla y parpadea igual a un candelabro de alabastro furioso.

Debo enfrentar la esfinge que me acecha escondiéndose,
confinada en la ciega latitud de la sangre.

Tal vez ella es el guía de un retorno infinito,
lazarillo secreto
del éxodo a una madre espléndida y avara que se hereda a sí misma;

patria carnal, amante devoradora impía que recobra sus hijos,
un instante visibles entre límites propios,
vuelto lastre el orgullo vertical arrasado,
ya en el último umbral, junto al gran laberinto sin márgenes ni fondo,
dédalo para siempre, pórtico del terror con su tapa de piedra.

Soporto aún, contengo por las bridas próximas a romperse,
al corazón que pisa enloquecido los umbrales del alma.

Al fin, con el dogal de un último sabor,
revelado al sacrílego,
a costa de su lengua, ajena ya, proscrita, ahijada del espanto;
a expensas de la oscura potestad de su sangre,
llevada por un vándalo turbio hasta el istmo final de la desgracia;
a costa de su frente convulsa,
sobre el primer peldaño del descenso al infierno carnal de los despojos:

Roto el panal, tronchados los soportes, corroídos los claustros,
las viscerales hebras
donde habitara el orden circular del prodigio,
ya todo el cuerpo es pozo de la propia ponzoña que engendra su resaca.
Los yodos del sistema revenido en el núcleo
sofocan con su racha mordiente la cal anegadiza.

Despierta encabritada una lengua de hueso fidedigna,
que al menos, miserable, azogada,
en medio del desquicio funeral permanece.

Algún paladar póstumo,
latiendo como el ámbar ardiente de las ruinas,
vuelca al alma el aliento de sus negros lagares, su betún de exterminio.

Y anegada en su espesa marejada de estrago,
beoda

de sus lamas de estiércol, de su vino de tórrida cicuta,
aúlla la sustancia
sonando el aguanoso diafragma de los náufragos;
solloza su alarido
cayendo hacia el abismo que rumia sin cuartel su pasto de miseria,
de un plano hacia otro plano, mar adentro en la noche que deglute y olvida,
hasta dar en la sima de algún último estrato
con el cuño perdido de una esfinge aborigen del polvo.

No tengo otro destino que llorar, arrasado y a tumbos,
mordido en la desdicha germinal de la sangre,
legatario inocente de una antera funesta condenada en el polen,
que crece y desarrolla su planta tenebrosa de esplendor corrosivo,
como una trepadora parásita por dentro,
hasta hacer suyo el árbol, toda suya la pulpa madura del cadáver.

No tengo otro registro
que clamar por el deudo que exige su rescate,
a quién, si no a mí mismo, final, ajusticiado, violador de los límites;
a mí su hermano estéril, sin madre, sin socorro,
que apenas si traduzco su idioma abyecto y ciego,
su impúdico mensaje
vertido en el dialecto visceral del espanto,
aferrándome al último eslabón, al último estertor, a la última escafandra.

Ya hundido
en la primera veta de la infamante leche larvaria de los muertos,
antes de que las rémoras viscosas cubran la letanía de la víctima estéril,
el torvo balbuceo
del ser encadenado a la gran piedra negra de una ley sin resquicio;
cautivo desde siempre del polo de sus huesos,
del nefasto cardinal de su sangre,
del imán alevoso de sus vísceras ciegas,
semilla de sepulcros, hongo de tumbas, réprobo, sin embargo sagrado.

Solo al fondo
del enconado azogue verde, revenido por el cárdeno ajenjo
y la resina cruenta crispada de cinabrios del agónico impío;
sólo al fondo, más al fondo del brebaje postrero,
entre la última luz y la total tiniebla,
hay una joya en llamas con un bisel que cala su resquicio en el caos
hasta el himen intacto del secreto que vincula la sangre y la ceniza.

Lo que supe y no dije
no cabría en el mundo, ni lo sabe la lengua del hereje,
pues se hicieron de pronto precipicios los cauces,
cráteres los senderos, imposibles los puentes
quebrados por meteoros del horror fronterizo,
del que nada persiste
sino una historia ciega, donde quedó mi espejo calcinado, sin párpados.

Pero yo estuve inscripto en un vertiginoso rebervero espiral,
atrapado en su ombligo de furor giratorio,
en el eje de inercia de un sinfín implacable
succionado en redondo por su embudo hacia abajo.
Cayendo hacia la fragua
de algún parto infinito, a una matriz sagrada que no agota su génesis,
nutrida por los falos de su propia centella,
violada sin cesar y eternamente virgen,
hembra y varón revueltos en un furioso cuerpo de relámpagos.

Giro aún torvamente
en el molino ciego de las consumaciones
con la ráfaga obscena pegada entre las aspas.
Media sangre en exilio, camino del receso,
mientras absorbe sombras de este lado la frente
vierte luz tenebrosa la otra faz todavía.

Amanecen las huellas
de mi estatua mortal, fragmentos de agonía en decúbitos rotos en mi lecho.
El alba da a las sábanas un frío acento de sudario.
Desgreñada la sangre,
entreverado el rostro con las zarzas malignas de la noche,
el corazón tropieza de bruces contra el día.

De aquel pánico abyecto, de la vorágine remota,
de la nocturna fragua donde aguza su llama el astro del poseso,
queda un verde sabor y una anular angustia sitiando mi clepsidra.
Y un estertor ritual de cópula vedada,
junto al fulgor menguante
pero mortal aún en las escorias negras del conjuro.

Y algún tatuaje artero puesto en circulación por el impío,
que me corroe a ciegas, siniestro corsario de la frente,
entre los arrecifes del espanto.

Y esa voz que no es mía
pero exige más allá de los límites su alianza,
golpeando enfurecida las puertas, forzando los cerrojos,
pues reclama por suyas las claves de mi sangre,
por suyos para siempre el corazón, el alma, la lengua del hereje.

A través de los muros tan llenos de resquicios,
penetra y me corteja la luminaria aviesa del verdugo,
muerde mis calcañares,
deshonra mi sustancia su tenebroso poderío.
Sus raíces de espinas curvas desovan ácido en mis sesos;
me lapidan el aire y agarrotan mi lengua sus implacables pólipos de acíbar.

Ceñido de un abismo en celo, de un paisaje de uñas,
el búho frontal que vive en mi cariátide mira desde su torre,

ajeno a mi desgracia perfecciona sus túneles,
toda la cara un solo girasol de tiniebla.

Ya es demasiado yugo para una sola vida,
y he de caer aún, he de pagar aún, mi corazón, mi lengua lo presagian.
Ah, para tanto plomo yo espero al fin una ala inmensa
que me alzará de un soplo del páramo de huesos.

# EL RUMIANTE INFINITO

MORTIFÍCATE CORAZÓN AUN PESADO, AUN OPACO A LOS SIGNOS.
Mortifícate a solas,
perfecciona tus rasgos de mártir en secreto.

En tu balcón de oscuras resonancias,
frente a las pertenencias que aun no te corresponden,
que aun duermen en el limbo,
al parecer avaras en su claustro
hasta que cambie de índole langua, no de piel, como las sierpes.

Pregunta por un fulgor temible que es leyenda confusa en los estratos,
quién sabe por un ojo que está en ciclo de piedra todavía,
tal vez por la semilla que incuba un dios con dientes y vísperas de lobo,
acaso por un ángel de sésamo ignorado
que espera su equinoccio, su nombre, su rescate.

Rumbo al azar sagrado,
cuando la lengua emprende su mítica aventura,
que tal vez no es azar sino memoria en trance,
secreta certidumbre, astuto cálculo del alma, azar adrede del espíritu,
alguien convoca, gime, se extenúa,
alguien alumbra a tientas entre las celosías del presagio,
alguien proyecta un palpo con un iris, vincula un labio con un ala,
agita los estambres, desemboca: el corazón de nuevo está de oráculos.

Frente a la inaferrable potestad de la noche,
cuya matriz de mágica sustancia desova sin cesar su poderío,
pero elude las claves y altera los espejos,
por donde la tiniebla propone una manzana con un cuerno de furia,
un seno cruel de virgen con un ojo de víbora en la yema,
y en el próximo alvéolo
un pavoroso huevo de diamante con un búho en la mina, que sabe para adentro.

Desde la certidumbre fanática del ser que me proyecta al rito,
desde el eje de luz de donde parte
deslumbrada la lengua, profética y en celo,
y ese horizonte prófugo, evasivo, custodio de un secreto que al parecer incita y se retrae;
si convierto la súplica en demanda,
si exijo ver la boca que destella el meteoro, abarcar el imán que pide nupcias,
corre un viento de eclipse,
pierdo el vástago oscuro que me nutre y me cifra,
me precipito ciego, inmemorial, de bruces en el caos;
se ahoga el corazón, se hunde la frente,
panal de duras lágrimas, piedra de sílabas mortales.

Si me arrepiento y gimo que no,
que me someto al código y asumo de par en par los riesgos del éxtasis,
del mártir en bodas crueles con su esfinge;
del que baila sonámbulo en la noche su álgebra maligna,
del que danza fanático su trance de pájaro embrujado, su fuego migratorio,
en la arista funesta del exceso,
fronterizo al estrago del alma entre la música y los símbolos.

Que me allano sin réplica y comulgo
de par en par en blanco con la ecuación de enigmas que me afianza;
que sin volver el cauce hacia las fuentes,
hacia el venero mítico del ser transido por la acústica del rapto,
doy paso a los designios, doy paso a la sintaxis abrupta del misterio;
doy curso a ese relámpago en el alma
que al parecer vincula lo eterno y la minucia, lo infinito y el liquen...

Cuando en la tabla del encandilado
la incógnita es el huésped que asume los registros,
y esgrime, tañe y pulsa, conforme al instrumento ritual del oficiante,
de acuerdo al índice del temple,
según la resistencia visceral del cuadrante vicario:

Vuelve la voz, vuelve el reclamo errante,
recupero entre nieblas el tenor confidente de unos signos en ascuas;
despierta entre las sienes
la caracola antigua de un conjuro yacente en la espesura del olvido,
acaso el diapasón de un himno que no se oye sino con el diafragma del poseso.
Lo remoto es contiguo, desemboca.
La música y el número se acoplan en la lengua fidedigna.
Se asume el ser y siendo da paso a los designios, se cifra en la palabra.

Oh MÁRTIR de un secreto
que te averigua por si lo recuerdas, al fondo, entre sus máscaras un día,
detrás de cuyas fases la abeja del sistema, que no duerme,
que desde siempre zumba, la esclava, en el embrión, puliendo los imanes,
multiplicando el polen
de una eterna pubertad en el colmo del pasmo originario...

Arcano de memorias como de antenas que se precipitan,
tu sentido magnético se aguza;
por si fuese tu clave de creatura abrasada por su angustia aborigen
frota el alma contra el hueso,
recupera el anillo sangrador de los pactos.

Mieles de opuestas celdas dan con su melodía,
se encienden en circuito,
alzan a coro el néctar unitario que reconoce el paladar profundo.

Bajo un múltiplo arcano que abarca toda cifra y la contiene,
si coincides contigo, con él en la semilla,
te avecinas al número radiante.
Unánime de ser en el ser solo, esclavo y libre,
que es el sabio inocente cuando canta,
cuando gime o solloza en la balanza del ajusticiado,
cuando acepta el patíbulo y oficia con un sabor de origen en la almendra.

La lengua es llama viva
por el fulgor que parte desde el núcleo,
el corazón tal vez, la soledad primera y última,
un rayo puro, fértil, la sustentan.

Convocado y herido en medio del linaje, entre los polos,
como quien se desgaja, pierde el lastre de bruces,
se aferra contra el hueso y cae al alma,
y por la veta ciega de un sollozo propicio da con la amarga mina funeral de los héroes.
un gran coraje oscuro
remonta y lo sostiene, frontal, desde el ancestro.

Junto al mismo favor que me extenúa, entre el rencor y la inocencia,
me confirma de pronto la cara de los mártires,
cuyos nieles retoñan efemérides crueles al verdor de la luna,
tatuajes del misterio castos y ponzoñosos,
jeroglíficos zumos de su poder por la desgracia.

De pronto, al fondo del silencio
que late entredormido como paja de establo,
rumia el toro espacial que no se sabe. Muge el buey infinito.
Digo el total rumiante sin límites ni forma,
que si concuerda
es sólo, tal vez, con la indivisa potestad del estrago.

Acaso con la imagen de intemperie desnuda
de aquella ubicua y vaga fatalidad pausada y sin cuartel,
que se percibe a expensas de un éxtasis nefasto;
acaso por un ojo difuso, migratorio,
que de repente sangra como una quemadura fanática, abismal,
de paso por el ángulo prohibido donde colinda el alma con el hueso;
al fondo de la noción sagrada,
que el corazón reflota por las noches.

El que aguza la luna por iris como espejo,
muele y derrama un humo que hipnotiza y sustrae,
muele y deglute a solas convertido en el rito que mastica y trasiega;
sopla una quena antigua
con la que esparce un tufo de impiedad milenaria;
mientras pasa su lengua lentísima, terrible sobre el tiempo,
sobre su sementera inabarcable,
sobre su gran pesebre del que nada se excluye.

Esparce beatitud, respira nebulosas,
sin otro azar que el grave balancín de su cuerno monarca,
del tal vez al quién sabe, desde siempre hasta nunca;
sin otro afán que la liturgia ciega
del belfo constelado por la fosforescencia lapidaria;
sin otra certidumbre
que su atroz ceremonia de monstruo inaccesible,
de par en par ausente y a la vez sin resquicio,
sabido en cuerpo y alma como el despeñadero del misterio sin fondo.

Rumia sin fin
y a veces sacude una pezuña en llamas, bala y desova un signo
que hace temblar el eje de la noche,
latiendo su pelaje de sombras nublado por centellas.

Oh sangres, huesos, límites perdidos, avatares remotos,
ya todo despojado del resplandor de paso por las formas,

reincorporado al plasma,
a la circulación que fluye y se reintegra, anónima, a sus fuentes,
vuelto sabor confuso, nostalgias de la tierra, migraciones quién sabe,
leyenda furtiva de la noche flotadora en la bruma lunaria del olvido.

De qué modo he sentido
la lisonja perversa del monstruo arrullándome el alma,
devorador impío cuyo reclamo escucho
venirme desde el caos en el onomatopeya que se adscribe al silencio,
lo sabe el corazón atónito del mártir,
para siempre abarcado por la fauce infinita,
lamido por la lengua porosa del verdugo, ya sin misericordia.

Estoy de pie y ardiente,
pero tal vez postrado el corazón en sombras,
incorporado al éxtasis nocturno,
sintiendo un tacto sin materia, una codicia torva
palpar los huesos, tocar las piedras que se le estremecen como revenidas;
oyendo un viento que no sopla, expande puro y venenoso, un filtro avieso
olor a nacimiento y podredumbre, olor a madre eterna y exterminio,
a miel solar entre resacas,
almizcle azul de Dios fluyendo entre sepulcros.

Desconsolado mío,
tan parecido al deudo que visita mis fábulas,
entre mis duermevelas velándome al pie de mi destino:
dime que no, que es cierto que cantas, que no lloras,
que solamente sangras de rodillas,
que te aquilatas, lento, al filo de algún fuego sin párpado posible,
pues eres tú yo mismo en otra escala, en otra latitud, en otro espejo,
tal vez reconocido por mi origen desde mi propio nunca para siempre.

De soledad a soledad
hay sólo la soledad secreta flor consigo honrada,
la soledad del ser todo en su compañía, que a solas se complace.
Ensimismada lámpara del huésped radiante de los signos
con el rumor nupcial, casto y profundo de la abeja profética y el polen.

Tras el legado de un vaivén que asumo
con un temblor contiguo a la inocencia, pulsado por ligera fiebre,
como el arrullo pendular, remoto, de algún pedúnculo paterno,
siento mecer mi casa ardiente vuelta un ara
donde celebra el corazón, de pronto, un natalicio antiguo al tiempo que unas bodas.
Y reverbero un soplo carnal y arcano entre los labios míticos,
escandilado arcángel, llamarada de algún armónico profundo.

No tienes otra verdad que el canto, corazón, otro oficio,
héroe puro, que el del riesgo sagrado,
suspirador caído de un nivel de leyenda,
de un esplendor medible por su revés de oprobio entre las ruinas,
de una hazaña de míticos trofeos, cuyo vestigio ahonda la desgracia
con su aroma de nimbo difuso en la intemperie.

Lazarillo secreto que me guías a tientas
y en los despeñaderos de la angustia prendes tu fuego de mendigo insomne,

honrado en tu miseria, pordiosero del himno,
ambos mutuos llevándonos de sollozo en sollozo, de caída en caída,
ah, pero siempre virgen el báculo y la brújula inocente.

Fue largo el páramo sin voz, la soledad baldía,
el corazón opaco, la madre ciega, estéril, sin acústica.
Pero otra vez el sí de un deudo astral, la fianza pura
de un custodio celeste,
de un semejante mítico sagrado, cuya venia conoces
por el tenor profético del alma entre clavijas crueles y benignas,
implanta tu dicha de huésped en la casa del mundo.

Día a día el cilicio,
noche a noche el tormento del que espera en su anillo de tinieblas y garfios.
Amanezco en mi lengua,
otra vez amaneces, oh prójimo secreto, deudo mío entrañable,
guardián de las palabras y espejo de los símbolos.

— Deglute tu áspero pan de tierra y ofréndate a los dardos rituales,
de par en par desnudo,
mientras próspero gimes y tañes, oh víctima, y arrullas,
agónico y en celo,
paladeando esa gota de oscura miel dolida en el pistilo fértil, promesante.
El canto sollozado
deja un licor acérrimo, un rocío salobre en la corola
y la misericordia dolorosa torna sagrado el pétalo de polvo.

Espero algún sonido que navega en la frente,
criatura de primicias o cifra de un naufragio que en vano busca el puerto:
me quema sin idioma su mensaje de enigmas.

Por andenes de octubre
raíz y flor reanudan su plática extasiada, que fluye como aroma.
Eterniza la noche el coloquio del légamo y la estrella.
Se enardece la abeja del vínculo en el mártir,

va y viene sin cuartel del néctar al panal, de un lóbulo a la lengua,
se abisma en la sustancia por fecundar un bulbo misterioso.

Canto y espero.
Acaso una paloma antigua, intacta al fondo del castigo,
traiga un gajo de sol dichoso hasta las sienes.

Ved que dije: tú que celas la angustia,
que cultivas la veta prohibida, con encono poseso, como un vicio sagrado,
todo es posible, todo es posible, el corazón lo sabe,
hasta la llaga negra, purificada un día por la alquimia del mártir,
puede adquirir quilates de azucena con luna, sacra lengua de bálsmo.

Es pecado esta noche, corazón, el sollozo,
frente a un árbol que alumbra como un santo del bosque,
semejante a un acústico orfebre hechizado en el linde divino,
cuyo laúd con alas, apóstol, oficia, predice en el viento,
trasmutando en arrullos la salud de los castos, la sustancia del éxtasis.

Es sacrílego el llanto
frente al cáliz de un niño, que de pronto se abisma constelado, extranjero,
como un monstruo celeste,
y desde el poderío de sus ojos custodios de una luz sin reverso,
nos concede remotos palores de indulgencia, vilanos de otro origen,
primicias de un prodigio más allá de la especíe.

Su mirada desnuda
la orfandad tenebrosa, nuestro ayuno infinito, milenario de Dios,
pero la hostia viva
que rezuma el quilate de su lirio profundo, nos absuelve del lodo,
disipando el vejamen del mortal desamparo su imperiosa inocencia.

Sí, CORAZÓN astrólogo: primavera en el cielo,
río de las estrellas con su cola de enjambres derramada hacia el sur,
grandes piedras de abismo salpicadas de espumas,
catarata de nardos, salto de los cerezos, vado de nebulosas.
Absuelto el corazón saltando de flor en flor descalzo por los ojos.

Oh, gozoso sufriente,
con el ascua fecunda de una noche remota en los estambres del alma.
Márgenes del azar fugitivo,
cornisas dulces del mundo, ligero picaflor de la lágrima entonces,
cuando un ángel solícito cuidaba la burbuja tornasol de la infancia,
hasta serme visible su gran libélula en los hombros.

Fue en la rotonda mágica del niño,
al pie de finas torres con veletas festivas,
junto a los campanarios de una ciudad agreste, capital del paisaje.

Balaustradas con ojos
velados por murmullos de plumas cristalinas,
cúpulas con estelas de jaspe sin sosiego,
pilastra de espuma verde
que no desmorona el viento porque ama sus rizadas columnas.

La luna estaba en el cielo y yo pasaba con la tierra.
Al nivel de mis plantas sus peldaños de musgo,
al roce de mis manos sus trepadoras mallas con sístoles de plata.

No podía. No quise.
Una nostalgia ciega me nublaba la sangre.
Se me apagó la lengua de un eclipse celeste.

— Adiós, adiós la luna, madre mía del cielo.
Cerré fuerte los ojos
hasta verme los huesos y me fui con la tierra.

Esta noche
la ojera del exilio me ocupa todo el pecho,
me deja el corazón desnudo y frágil como un nardo de escarcha.

Mientras un ademán de ascenso me retoña en los ojos,
prosigue tu órbita, lento corcel de la llanura sideral giratoria,
y tú, fosforescente huemul dorado del espacio.

Yo en mi avatar confuso
piso unas viejas huellas sufridoras del hombre,
calzo tal vez los ecos
de un antiguo alarido cardinal de la especie,
emano estos fugaces fósforos del alma que consume el silencio.

Al pie de un cauce erguido como un géiser continuo,
temblándole el follaje casi afluente del cielo;
junto a un álamo de agua
que se arrastra evasivo despidiéndose en ondas, en rumores,
confidente del aire sesgado del declive;
mientras todo transcurre
se percibe el venero de un caudal infinito
que alimenta el decurso sin mengua de su colmo.

La eternidad se ve
por el resquicio móvil de un instante que refleja la lengua temblorosa.
Yo le apoyo la frente y me consuela no sé qué mano grande, legendaria.

Incandescente y solo resplandeces ahora,
corazón, hacia adentro, como la rosa pura del suplicio.

Coronado de un terror victorioso, de un terror venerable,
que es tan sólo el receso de una antigua delicia,

cuyo núcleo, cubierto por pestañas sagradas
se enardece de pronto, centellando el oriente de un maná entredormido
como un ópalo en brumas,
vuelvo a ti, madre tácita, desconocida eterna del hombre,
los ojos del sueño,
a un aljibe dorado con el agua dormida
como un niño profundo en su regazo de sombra.

Si la corteza del misterio es cruel,
si difícil su pulpa sellada por espinas,
conozco su abismado panal, nunca vedado al mártir,
que prosigue su calvario infinito, a traviesa del hombre,
por atajos de llanto,
camino de la lengua, desvalido, milenario, sediento...

# EL YUGO CELESTE

Corazón, sierpe o cóndor, o planeta sombrío, no pregunto quién eres.
Amo los avatares que esclavizan mi lengua, víctima de tus ritos.
Te contengo y rebasas mis límites de ciego,
mientras mis labios tiemblan ante la humana esfinge
cuyo círculo abarca las altivas deidades, las potencias del antro.

Debo tender las redes, otra vez, al acecho de una incógnita arcana,
de una leyenda virgen
que cada cual descifra según su tabla interna,
según su propia clave,
conforme al temple vivo de su ser, al registro
de su oráculo mártir, sin que los pormenores cambiantes del enigma
apresen la sustancia de su código fénix,
ni agoten las versiones de su texto infinito.

Quedan en algún lóbulo escamas fugitivas,
luciérnagas que alumbran por un resquicio fértil,
vislumbres de un origen que venero hasta el llanto.

Oh tutelar misterio,
cuyo favor persigo penitente en el ara donde ofrezco mi polen:
basta un tácito signo, una seña lacónica,
y arrebatada por el vértigo espiral
retoña mi ardentía como una pira inagotable.

Bajo el sagrado trópico del ídolo,
la abreviatura prende en mí y estalla
como semilla tórrida ante su dios, mi propio enigma.

Creatura
oriunda del misterio natural de la tierra,
a la vez heredera de algún ámbito rubio, ardiente patria de los suspiros,
alguien, reconquistado el clima de su rito caudal,
se ofusca y centellea su delicia inocente
como una bestia mítica, musical, toda pálpebras.

Oh mano cruel y pura, prodigiosa y temible de las consumaciones,
que pudiste hendir mi corazón entonces frágil para el yugo celeste,
tiene el mártir ahora
la cintura de hierro, el diapasón al punto de la escala que exijas,
el pie de piedra y felpa pronto para la danza.

La embriaguez es mi sino,
el sueño enajenado, la vigilia posesa, el paladar vertiginoso.
Como un huso fanático devana la lengua
el hondo alcohol del éxtasis, tejedora insaciable.
En mi oficio
de néctares prohibidos, me sostengo y destruyo cada hora.

De pronto, tentado por el ala cuyo amor es peligro,
doy paso a latitudes que llegan con la ráfaga pura.
Remonto mis inercias
pues hasta el ancla ciega sufre levitaciones;
trasmigro hacia la antera donde retoña el fénix tan remoto y contiguo,
y extraigo la sustancia que se inflama y destella
coronando mi vida como un mágico albatros.

Entonces
el canto es un gran túnel de par en par sellado, atávico y futuro,
con el oído virgen pegado a alguna cripta de ecuación nebulosa,

en cuyo limbo astuto se arrulla y gime a solas la paloma temible
que atestigua las bodas del hombre con lo eterno.

Giro a mi alrededor
aleteando en mí mismo, como un pájaro abrupto de revuelto velamen,
que de pronto deserta, quemados los sentidos,
de un insólito clima de eléctricas tensiones,
y vuelve al holocausto
gravitando hacia el núcleo, con un escalofrío de temible delicia.
Tal vez en torno a un hueso de imán incandescente,
acaso en torno al eje solar de una semilla magnética y sagrada,
allí donde la vida comulga de memoria
la potestad de un múltiplo que es brújula del germen.

Siendo fiel al prodigio
que arde solo, sin tregua, por el éxtasis puro de su sacro quilate,
nadie que se atestigüe
suyo bajo los párpados, suyo hasta los cimientos de su índole, suyo
hasta persignarse la médula del ser
con la leche radiante del quién sabe infinito que sustenta la especie,
puede perder su ruta
ni extraviar el principio que late en la sustancia de su número humano.

De pronto,
si el espacio profundo absorbe su distancia inasible,
y el vértigo es la cauda
de un dios encandilado de cuya quemadura vienen los vaticinios,
mientras la sangre eriza
su plumaje caduco, al alma se revela la fábula del tiempo.

(Ah, todo es arcano aún, remoto aunque lo palpes
desnudo entre sus manos,
pero todo en ti mismo tiene un bisel sensible que entreabre sus pestañas
herméticas, avaras,
y en el hueco nocturno relucen los estambres del ojo que en ti mira,

del rayo que traspasa tu propia carnadura;
aquel que reconoces
por ese largo y lento centelleo de pavor silencioso,
cuyo rizo de azogue restalla entre los sesos desplanzado la médula.)

Lo diminuto sabe
contener su estallido merced a los imanes que pulsan su universo.
Yo estoy aquí en el ascua ritual que me esclaviza,
con todos mis satélites girando pero inmóvil,
esclavo adrede y prófugo, central y remotísimo,
porque mi sangre oscura puede ser tributaria siendo libre en mi lengua.

Canto
como quien rompe el muro del oprobio
para verse más allá de la sangre, más atrás de los huesos.
O como el ave hundida
que tañe el viento seco del exilio,
queriendo asir la urdimbre rota de una escala reverdecida en el espacio.

Cantando me tutelo, refracto mis arterias,
acaso me origino de otro modo
donde una luz innata bebe la leche de algún sol sin cuerpo.

La realidad más grave y el sueño más profundo
a cierta luz del alma vinculan sus fronteras, pues no son antagónicos,
tienen abejas mutuas,
vetas como eslabones de una mina enclaustrada.

Tras una red de emblemas que aluden y se eclipsan
reverbera el secreto que el corazón vislumbra cuando canta, asistido,
fruto de tierra sorda
por la temperatura del rapto vuelto diáfano prisma.

— Comprendo que me escucho en voz alta,
que indago y me respondo donde soy más yo mismo pero ignoro mi nombre,
perseguidor sitiado, que mientras balbucea su cábala confusa
se percibe en la trama de una red infinita.

Sí, TODO ES misterio aún porque tú eres mi enigma,
prójimo entre follajes de profundos temblores,
deudo mío inasible
que me expresas a tientas, en dialectos sin clave,
pálpitos como sueños,
tal vez revelaciones selladas por el código del ángel o el demonio.

Transparente algún día
que en la estación del gozo me gana todo el pecho, sin por qué, tu frescura.
Prófugo en otro clima,
cuando un vástago ardiente se estremece en la audiencia de un idilio que ignoro.

Ajeno a mis reclamos o mis lamentaciones,
con el grave semblante litúrgico del ciego pordiosero infinito,
cuya luna cargada de secretos imanes
me arrebata las aguas de la angustia hacia el llanto.

Todo entero de espaldas a mi súplica estéril,
con encono de piedra doblemente remota en el ídolo conferido a sus dioses;
ah, pero tal vez, al cabo, siempre hermano en la familia unánime del polvo.

Si el sésamo temible te enajena,
hacia donde tú vayas irá mi lengua en trance
sin tregua persiguiéndote, a riesgo de extravíos.
Si el azar es el rumbo
del poseso sagrado y su talar la llama que arrebata a los héroes
a sus constelaciones de centellas y mitos,

lo acendraré en los números del canto,
aunque la cifra sea tornavoz de la noche,
ecuación de tinieblas, caracola caída de un trueno inabarcable...

Ah, para un corazón lleno de mundo,
la soledad tiene un regazo casto y ardiente, un seno puro y tenso
de guitarra en clima de himno.
Si me empino a besar su frente, madre de los mártires,
al tiempo que despierta la tonada infinita
se me vuelca a los labios el licor de lo eterno.

Entonces, hasta lo más opaco y sórdido,
hundido en la condena donde empolla su postración maciza
como el estéril huevo cuadrado de la inercia,
por un instante cómplice
revela la galladura de un filón celeste.

Estar consigo en ello es gozo atroz,
siendo tan sólo el filamento mínimo de alguna miel inmensa,
sellada en un panal
hecho de abismo y de relámpagos.

Lo sabe quien lo dice, nublado por centellas,
desde esa magnitud
donde la noche centra sus meteoros,
pule sus ecuaciones en un espasmo cardinal radiante,
próximo a dar la gema fanática de un dios,
quizá la clave fría de algún carbúnculo inhumano.

Si fuese dado al mártir, al testigo inclemente,
hundirse en el asedio
persiguiendo la veta por entre el laberinto, más allá del duramen,
acaso desde el fondo de las constelaciones que no existen,
ni aun como el indicio del plumón infusorio,

pero ya son la pura finalidad del dédalo sagrado, de la madre infinita:
sílabas celulares viajeras de una forma que no sabe eludirse,
estambres de un sistema
que van a la corola ritual y su argumento
sin poder abdicar su geometría:

Alguien soltara un iris como venia,
algún vilano como un sí levísimo, pero cargado de tal furia dulce
entre sus polos de portento,
que al mismo plomo se le fuera el ancla por un oriente de cristal y orquídea,
flotando hacia el origen de las leyes, relevado del lastre y el decurso.

Pero me debo al rito migratorio aunque inmóvil,
que en mi follaje expande tornasoles sombríos.

Crezco pero mis gajos surgen desde mis yemas.
Inscripto en el comienzo
confío en el sustancia que siempre da consigo.

Si hojas y frutos forman el código del árbol secreto en sus raíces,
cantando propago mis rumores, dilato mis antenas,
cosecho sabor propio que acuño y ya no es mío,
de nuevo en el caudal
aborigen de un magma que no agota su génesis.

Como que exploro a rachas
por entre pertenencias que apenas reconozco,
me pierdo y me rescato para un nuevo extravío.
Legatario confuso,
terrateniente esclavo de arcanas posesiones míticas y salvajes,
que de pronto se abisman, aborrascan las cejas y ponen sitio al deudo.

Ay, ignoro si el espanto que de pronto me acosa
viene desde mis propios glaciares de infortunio
o de los ventisqueros remotos de la especie.
Pero la turbulencia propone negros témpanos,
penitentes macizos que rebotan en bloque funeral sobre el alma.

Aunque el derrumbe crezca porque algún sol lo exige,
o el declive propicio favorezca el arrastre del alud coronario,
hay mucha madre antigua, socavones profundos, abras de peripecias,
que guardan aún el lodo de antiguas avalanchas.

Doy paso a un gran sollozo
que hace temblar mi vida desde las catacumbas, de barranco a barranco,
pero no me desborda sino un azote ciego que interrumpe mis ojos,
pero que yo asimilo deglutiendo sus hieles
como el pan de privanza con que me honran mis dioses.

(Si el impulso no cesa no es ceguera, es destino.
Siendo el cauce y las aguas,
cuando cambie de curso será mi propia vida,
será todo el torrente penitencial conmigo quien se mude de estuario.)

Un instante depongo mi ardentía obstinada.
Fundamento mis sueños, afianzo mi latido, recupero mi nombre.
Bajo el puente central
la propia sangre escucha modular su decurso,
y esa gran melodía que todo lo atestigua,
que penetra y se expande por entre el balbuceo visceral y postrado,
entre sílaba y sílaba, eslabón a eslabón circulatorio.

Algo excita la frente, algún lóbulo en trance
requerido responde bajo el látigo arcano.

La materia se enciende de un azul centelleo
pero el mugrón terrestre la reclama en el fondo.

Entre los cardinales opuestos que lo exigen
el núcleo reverbera,
como que alcanza el temple del infortunio acústico sagrado.
Los poderes que alberga cantando lo atormentan,
pero le dan el cetro
de víctima extasiado, donde sueña sonoro, revelable.

Cantando
percibe el corazón un halo cruel, admite el precipicio diurno,
provoca el fuego seco, la leche refractaria cuya quilate encona la herejía;
despierta la potestad lunar, estéril del asceta,
manando por espinas el zumo del asbesto que hipnotiza y sustrae;
afronta el agrio ozono
donde reside el rayo cancerbero del alto polen de los mitos.

Acoge la tuberosa negra del verdugo;
registra las agallas que laten y se anegan al fondo de la asfixia,
del último estertor, en crótalo ya ahogado.
La aulaga vengativa
de inocencia monstruosa que retoña en el crimen
y exuda su exterminio por un ojo celeste;
el pubis subterráneo de olor nupcial y avieso
cuya glacial lujuria apresura el cadáver de los predestinados.

Todo lo que no sabe
sino por nebulosos vitrales de un zodíaco a rachas giratorias contra el médium;
todo en la encrucijada de un suplicio radiante,
todo como un oxígeno temible
que nutre y acelera su lámpara de sangre y agonía.

Cuerpo a cuerpo la vida lucha con la muerte
hijas de un solo ombligo, inseparables;
confundidos sus miembros de luz y de tiniebla
disputan en el tálamo profundo, entre vestales crueles
cuyo rito hace cantar las bóvedas del alma.

Un odeón remoto
espera la consigna que no alcanza mi lengua.
Atento a sus dictados me empecino hacia adentro.
Gimo porque no puedo numerar tantas ondas;
cuento hasta donde alcanza la audiencia de la sangre;
miro como quien puede por un triste resquicio
abarcar la marea que no aplaca sus labios.

De pronto
no sé si busco espejos o acojo las imágenes que crea otro delirio,
si persigo un secreto que a su vez me persigue
o construyo su enigma con mis propios fantasmas.

Si mis enunciaciones
se baten contra una playa muda,
o las ondas remotas buscan en mí un registro que no tiene campana.

Sin duda la esfinge no está muda
y hay una cruel victoria cifrada en el sollozo.

En mi idioma de huérfano ritual, entrecortado,
rozo tal vez un signo
que alguien trasluce y vuelve hermético en su cofre.

Una llave secreta busca la lengua, asirla
es dar con la impalpable filiación de una llama
que deja su rescoldo de abismo entre las sienes.

# PROMETIDA DEL AÑO

Beben las golondrinas el zumo ardiente del espacio.

Sagitarias volubles
escapadas al celo de los dioses menores,
arco y flecha sin tregua
disputan las primicias del clima,
multiplican sus vítores y pasan
agitando un trofeo, una brizna del himen cenital en sus picos,
corsarias de setiembre,
meteoros de la dicha fugitiva del año.

Puntual ante el reclamo de las ebrias felices,
un enconado coro de pistilos
entona su lujuria nimbada de inocencia,
en todos los dialectos genitales del polen.

Por la gestión magnética del viento
y las yemas lustrales del rocío,
el árbol de la atmósfera centellea pedúnculos de plata.

— Despierta, palomo del misterio,
y ante el altar que alumbra sus prodigios
ora

por la secreta alquimia del que canta,
gime
por un vástago largo todavía,
si ha de alumbrar el oro, vuelto plomo,
su primordial quilate, restituido.

Ved, la casta luz conjura
con su animal aliento rubio la tierra,
que se esponja mimada, y gime, y se extenúa
feliz, en su morosidad convaleciente.

El vegetal arcángel que habita el limbo de la yema,
entre la celosía tornasol del reflejo,
asoma su velluda cabeza de mariposa mítica y sonríe
entre pestañas de agua, el ojo audaz y tímido, en capullo.

Oh corazón, prepárate al milagro
que hipnotizó tu infancia de apóstol dado al himno.
Mira, aunque te destruya la visión instantánea:
otra vez, como entonces,
centellando entre sus barandas solares,
la eternidad a solas se regala a sí misma
una inmortal corola diurna
con el primer fulgor de la primicia celeste.

Ah, quién eres tú que llamas desde el pórtico oloroso
con el plumaje nuevo pronto a volar del nido sagrado.

Quién eres tú
que tiemblas, inocente y astuta,
en la virginidad de tus miembros solares, cubiertos por abejas sonánmbulas.

Te conozco,
sirena de horizontes que llegas con la ráfaga florida.
Alguna vez, remota entre mis venas,
mi corazón bebió tu miel libada en la cicuta.

Un día de contorno floral
como la estatua mítica del polen,
un rayo divino tocó el pecho de aquel joven acuario
de los sueños puros como centellas.

El pájaro del clima cantó su oscuro vítor prodigioso en mi sangre.
Un gran olor nupcial batió mi alma como un vándalo de seda.

En la lenta, misteriosa delicia del torbellino difuso,
creció mi corazón enceguecido, de tierra a cielo en la vislumbre celeste:
a un diapasón eterno respondía mi fulgor cautivo
con lampos de carnal estrella.

Después
un viento fijo, seco, dilataba su estandarte de oro,
y entre tanto escozor, entre tanta libélula sagrada,
azuzado por cómplices resinas y azafranes perversos,
danzó en mi corazón
no sé qué joven príncipe de oscuras dinastías,
danzó en mi corazón, desnudo y cruel,
hasta alumbrar un dios de púrpura, inocente y salvaje.

Imantado por el polo profundo,
con las vértebras fosforescentes en la espiral vertiginosa,
me envolví en otros cuerpos con zarcillos de llamas,
me envolví en otros cuerpos también litúrgicos y crueles.

Y en la redonda velocidad del rito, con el núcleo nupcial encandilado,
nos hundimos en la furia venonosa, dulcísima
de algún abismo en flor en los estratos míticos del hombre.

— Poderoso, alto huésped de entonces,
como un águila o numen que fuera eterna lámpara virgen,
baja aunque me destruya tu visión legendaria;
o susúrrame al menos tu verdad fugitiva,
esa fábula pura
que extravaron los labios entre sabores torvos de la tierra,
esa aureola que el corazón escucha en sueños
oyéndose el caracol agreste sofocado de sombras y cenizas.

El TÚNEL SALE al ojo
y lo encandila el ala de la luz que bate el clima.

Nadie cayó tan hondo en la desgracia
que no pueda asir la escala benévola del cielo.

Y un corazón, el más hundido,
vuelto el rostro al relámpago puro, absuelto, convalece.

Y aun el que negó sus ojos por palpar un relieve en la tiniebla,
puede ser todavía
aquel vidente del resplandor que inunda las raíces.

(El alma recupera un reflejo
de aquella miel de flautas corsarias,
a deriva en sus islas felices
hundidas por el plomo del mundo.)

Ah, por entre la delicia
del tornavoz fugaz, de la efemérides remota,
el són amargo, profundo, prevalece.

Y sin embargo canta, corazón,
mediterráneo, oscuro ángel carnal mío, sol animal del pecho,

la vid humana llora con un extraño gozo profético del pámpano;
enjoyada en caireles de angustia y sacrificio
la rama de la voz tiende una yema pura a la garganta.

Ved, el poderío de aquel sésamo arcano
no se detiene nunca. Dando una campanada
ardiente y silenciosa, a la vez sideral y subterránea,
da paso al temporal misterio
a cuya ley celebran las criaturas del año, fidelísimas,
tan sabiamente instruidas en los anales sacros de la tierra.

De un parpadeo al otro de la luz y la sombra,
la niebla gris y rígida del bosque
muestra una nube de plumones verdes, flotadora, indecisa
entre el ramaje cruel y el halo migratorio,
aun no segura, al parecer, del ancla.

La gravedad azul compensa apenas
esa absorción dichosa hasta el peligro
que crea el vuelo de setiembre en el espacio.

La hora tensa en la delicia de su enigma rubio
alcanza la equidad carnal de un seno virgen,
cuyo redondo fiel, en voladizo, niega y ofrece su panal de astucia,
perverso y casto en su ecuación dichosa.

— Pliega la voz y escúchate por dentro:
la sangre, el alma, déjalos ahora,
cada cual, otra vez, dice lo suyo.

Entiéndete en el diálogo
en que los antagónicos se acercan al idilio,
como quien oye en sueños

llamarse desde el fondo del linaje,
con algún nombre arcano, primordial, sin palabras.

Comprende que es tu parte de tierra
que a sí misma se salva, prometida del año.

— Un instante, un instante,
por un pétalo suyo que aferro entre los dientes,
la eternidad de par en par me testifica.

# POLEN DE ENIGMAS

Solo mis dioses saben
qué instancia me recobra, qué oráculo me acecha,
de qué cuadrante virgen vendrá el embate puro que exige mi registro;
qué altar aguza en fuego sus espinas sagradas,
si un gran temblor de nupcias conmueve mis estratos.

—Pavor y amor son vinos de víspera,
lo sabe
quien próximo a la audiencia sonríe entre sollozos
bajo el fulgor que viola los párpados del alma.
Mi corazón en celo
de par en par comulga, hasta colmarle un polen de enigma los estambres.

Cambiante y unitario
como mi propia vida, confusa de leyendas, versada en sacrificios,
cruzada de meteoros, a tientas entre signos de mítico linaje.
Abandonada a veces a una errante ceguera,
sintiendo un miedo frío
sitiar mi territorio, morder mis calcañares, mis límites difusos.

Iluminada en otras
por el destello cruel del ojo legendario,
cuyo escozor celeste

hace danzar la sangre con los pistilos ebrios de un zumo de centellas,
ardiente y casta en su solsticio puro.

Descompuesta la faz
me desconozco ahora y al par me reconozco de paso en otro espejo,
frontal pero furtivo,
cifrado por el vuelo del pájaro demiurgo,
ungido en el sahumerio de la gran piedra bruja,
con un color ardiente de boda y sacrificio bajo la sacra máscara del canto.

— Padre mítico mío,
también madre total, relámpago en el caos, antepasado astral y fabuloso,
de cuya extrema herencia o ley radiante
desprendo un halo cruel y emano música,
si me abandona el prójimo secreto en su quehacer de vínculos contigo,
huérfano y ciego lloro en la tiniebla espesa de acechanzas.

Si asumo tus poderes
retroceden las sombras, y estoy como en un círculo
blindado en luz, inscripto en lámparas de antigua hechicería,
inmune a los perversos látigos del tiempo,
a salvo de las oscuras bestias furtivas del mundo,
de las insidias ponzoñosas del caos,
con un jubón de fósforo y efluvios, con una piel de eléctricas escamas
por donde emano un centelleo de arpa ritual en la intemperie.

Aunque me muera en vida
de algún modo eterno, respondo al diapasón de mi certeza.
Si el alma asume, mártir, su gravedad honrada en el suplicio,
rezumo fértil por una espada que me anega en luces.
Bajo la mágica armadura
todo el pecho es la llaga profética del héroe bienherido que canta.

El sésamo que aguardo
oculto está en el cáliz del alma tal vez en el aliento de los huesos.

Sólo si al fin la sangre pudiese zumbar, alucinada,
soltar todo su enjambre vuelto una sola abeja, un élitro implacable,
rescataría acaso el talismán del fénix;
conocería el rito, la liturgia del hombre semejante a los dioses,
dueño de sus poderes,
de sus premoniciones y su colmo magnético,
como un río que se sabe las aguas, las convoca en acorde,
las restalla una a una en líquidos relámpagos,
o las retiene quieto de las bridas, señor caudal, adusto o serenísimo.

O como el árbol grávido de dicha en su heredad de octubre,
a quien arde en la médula
el reclamo del tutor ancestral que lo espolea a locas;
y le resiste cuerpo a cuerpo al dios su embate,
y le asimila el ímpetu sagrado,
y lo regula en éxtasis carnal, dichoso, en el altar en que creciendo oficia,
sacerdote de sus altas ramas,
orante de sus hojas, disperso y contenido,
paladeando hasta el riesgo
de ser mítica piedra, tótem irremediable los inciensos del clima.

Pero cumplo la parte
que toca al promesante, partícipe confuso de un santo y seña arcano;
al fiel de alguna savia que quiere ser palabra
verídica, revelación quién sabe,
acaso servidumbre de un designio que ignora
aunque le sabe a miel de pánico en su origen, en un panal de fuego,
a tientas, olvidado.

Si del coro se sale fanática la lengua
y alza su letanía más ardiente, su tributo más alto,
no es azar o herejía, sin duda la batuta misteriosa lo exige.

No sé sino ser sólo lo que soy
ni lo quiere quien vuelto a sus metales reconoce su acústica.
Mi corazón se instruye en su fidelidad, que acaso es la armonía
entre una cifra móvil y un número profundo, que en mí late dormido.

– Déjame que te alcance, felicidad del fiel remoto,
que se atestigua ecuánime en su imperio,
tal vez, por equidad refleja, al centro mismo de mis rumbos.

Pero no, no está quieta la lengua, de tránsito en el tiempo.
La balanza se inclina del antes al después,
y por el eje del vínculo invisible se me evaden el pulso y el instante,
hacia qué sombra, hacia qué luz total,
a qué cuadrante primero y último, central como una plaza blanca,
a donde van las rutas, las vías, los senderos,
sin saberse si parten siempre o si regresan nunca,
sin alterar un múltiplo indiviso...

En este caracol de huesos y de sangre donde el mártir reside,
donde canta, donde escucha, donde también alguien lo espera
para más altos fines, trascendido,
–tal vez la propia voz al fondo, en otra latitud, en otra escala–;
desde el nivel en donde digo al tiempo: hermano mío,
pues en la carne del latido vive, y en él me afianzo y me destruyo;
y nos reconocemos de paso cada cual a su constancia.
Mientras clama el amor, la vida, el mundo, lo infinito,
canto, me honro y lloro, y me atestiguo a solas concéntrico,
obedeciendo al sino que así se cumple en mi avatar humano,
y en comunión con él se me sazona el hombre.
Y aquello a quien custodio, a quien cito en mi lengua,
en razón del mandato, de la callada venia suya que me asiste,
idéntico en su fuego
aunque mis visos cambien, al fondo del oráculo.

Alguien lo quiere.
Mi sangre apenas sirve de instrumento,
beso la palma pródiga y temible
pues soy lo que no soy si me abandona,
cuando yazgo como el guijarro más ausente,
como el plomo sin labios, sin corazón, opaco, miserable,
el más remoto del confín, caído en el reverso negro, mudo, de la acústica.

Ah, cuando canto todo se vuelve templo,
cuando oficio, inocente, sostenido no sé por qué columnas,
mi materia asistida entre clavijas crueles y radiantes,
me relucen los huesos en la pascua del rito.

Alto y profundo entonces
un largo són me tañe, sin cuartel, polo a polo:
y estoy enajenado hacia adentro,
y sirvo al que profeso en mí, al que dispone mi temple
meridiano, celebrante;
al que escuchadlo, clamando está en mi lengua por ser él,
inexpresado siempre
aunque solloce, aunque me empine en el advenimiento,
aunque tal vez lo honre en el huésped sonámbulo que soy,
en el suplicio casto del avatar comunicante;
aunque caiga de bruces y me herede
como un huérfano ciego después del mítico esplendor,
por entre los vestigios de la ráfaga viva,
otra vez vertical y al fin desmoronado.

Oh dioses, oponed a mi irrupción otros poderes,
otra sacra violencia, un contracanto que equilibre mi sangre,
que me centre los ojos,
pues la ráfaga temible del corazón destruye por exceso.

Pero bebo mi sino, feliz, martirizado.
Y a favor del peligro, en mérito del riesgo,
de la salud ritual que crece y me desborda de un cruel rubor sagrado;
en medio de algún ara
donde el vértigo anida como en la encrucijada torrencial del misterio,
me invoco y me respondo
desde la parte mía que no sabe mi nombre ni mi límite esclavo.

Desnudo en mi sustancia
comulgo con la hostia carnal de mi destino,
como quien se desposa con su propio elemento destructor y sagrado.

Y en el eje de un ascua
devoradora y fértil, a la vez móvil y estable,
donde se enciende el éxtasis activo de la lengua
me entrego al holocausto desde el vertiginoso corazón de la danza.

Ah, si soy el poseído
debo ser algún día el que posea su clave de leyenda,
y siendo el delegado, entonces, circular en mí mismo,
seré en mi corazón la música y el músico y mi propio instrumento,
cuando por fin acceda la cábala del canto,
y se me torne un cetro pulsable la cifra de mi oráculo en llamas.

Debo cantar aún. El que lo ordena
sabe cómo la lengua suelta su cubilete, el dado juega sus avatares;
para qué o hasta cuándo las aguas
con nenúfares de espuma entre los dientes de sal, roen, nimban las piedras,
estatuyen coronas de herrumbre en sus resaltes:
y van los vientos prófugos,
visibles en las barbas joviales del bejuco,
entre los ídolos del clima,
creando las ceremonias del bosque, el rito de las venias florales.
Así el mundo propone sus emblemas.
Así el hombre rescata sus esfinges.

Hay un día sin fin,
hay un gran día con su destino de esplendor tan alto,
que la espacial corola
abarca la latitud, la dimensión, la incógnita más ciega.

Todo está en él, yo estoy en él, mi corazón lo sabe,
y cuando alumbra el canto, el ser en luz, el mártir, lo atestigua.

Me emancipo hacia adentro
y reconozco su potestad al fondo, ineludible,
en la simiente arcana donde siendo más mío me comprendo más suyo.
Me entrego y se revela en la ecuación ardiente que me abarca,
más allá del azar y la memoria,
en donde todo es mutuo por la ley de los vínculos.

Allí, tal vez, donde el azar no existe,
dentro y fuera no existen,
sangre y cosmos son uno, mientras los huesos fulgen como cañas solares;
cuando la frente es sólo tornavoz del misterio,
los sentidos atónitos leyenda
donde el ser es la danza de una llama salobre,
y los nervios antenas, instrumentos del aire, estambres del espíritu.

Que el aguijón de mieles que hace fértil mi lengua
conceda al hombre un día
encandilar el germen dormido que en él late,
hasta salvar en música su ruina,
hasta engarzar en fuego su pálida miseria.

Comprendo que me eclipso.
Si mi lengua se nubla, si pierdo mi presagio,
es que no sabe orar
mi corazón desnudo, en su pudor estéril, desde su orgullo de hombre.

Parpadea mi llama herida en los cimientos,
hacia el eje del alma se repliegan mis ojos.

Antes de mi caída, de mi pausa en la sombra,
vislumbro a medio párpado mi propia travesía.
Cada latido expande su temblor diminuto,
sobre el surco viajero tiembla un iris de hazaña;
un pétalo expatriado reverbera en la sombra, colono del misterio.

Cantar es un abismo
y una cumbre, un destello de inocencia y crueldad,
de boda y sacrificio, entre los arduos polos de la vida y la muerte.

Cantando
la soledad no es sola, el ser comulga origen,
tal vez restaura un cetro del que fluyen relámpagos.
Concéntrica a su núcleo dilata la espiral sus círculos de riesgo
entre la humana esfinge y el quién sabe infinito.

# SANGRE EN EL TIEMPO

De nuevo pordiosero del éxtasis,
de nuevo penitente sin lámpara en el mundo,
mendigo en las esquinas del escarnio infinito,
en las encrucijadas del hombre con el tiempo,
a solas con mi esfinge de sangre y de ceniza.

Ayuno avaramente,
consumo fuego gris de continencia,
fanático y baldío cierno el alma
donde me azota un viento que ignora su cuadrante.

Me abstengo en pasadizos de adustas diagonales,
ante escarpadas formas de especie lapidaria
que amueblan las terrazas con sólidos silencios y mímicas de olvido.

Me paro ante peldaños de vértebras al sesgo
que fingen la gran ruina de un ave milenaria, decúbito en la estepa,
cuyo estertor perdura legando un gris difunto
de polen refractario
donde se quiebra el rojo revuelo de sus gradas.

Recorro laberintos
que nunca desembocan, sino en el gran desahucio de sus estercoleros,

sino en los arrabales de un foro de resacas
donde un furor lentísimo segrega y acumula sus crueles deyecciones.

Tumbas de pie, vejámenes erguidos,
estelas como cauces secos de la desgracia,
gesticulares momias de interjección maciza:
imágenes vacantes de algún favor estéril
que en vano les otorga salud de eternidad sin usufructo.

Torvas perduraciones de un ímpetu abolido,
columnas de unos dioses, santuario de un suceso,
cenizas acuñadas
sin huésped en la escoria que algún remoto ardor dejó al marcharse.

Pronuncio con los ojos
formas de signos mudos, sílabas desquiciadas de una alta arquitectura,
de un código preciso, ya anónima leyenda.
Fragmentos de un naufragio que indagan su evidencia con losas todas blancas
y se responden lápidas en negro, según sople la luz, según la sombra.

Bajo el humor propicio
y en pliegues como axilas prospera la desgracia, la sal se perfecciona;
alumbran las guaridas candelas de arduo moho
multiplicando labios de esperma corrosiva;
pilastras renegadas
omiten en el polvo, sin cardinal posible, sus barbas de vergüenza;
denigran los soportes herrajes perniciosos,
supuran las reliquias
ardientes alamares de flor con dentadura.

Pregunto y nadie sabe
de un clima de colmenas sellado bajo el techo de un meridiano inmóvil,
cuyo infinito celo de grandes alas diurnas dejó de ser verano,
se fue con la semilla astral de las pirámides,

en cuyas aras secas anida el vituperio,
digita sus pigmentos la yedra planetaria,
desova la intemperie sus cárdenas consignas...

Pregunto y no responde
sino mi corazón lastrado de congojas,
tal vez el heredero de alguna dinastía sepulta en los estratos,
sepulta en los niveles
donde un mugrón de pronto da un brote legendario que incendia las cenizas.

Canto por no gemir
que es la condena antigua de cantar entre lágrimas.

Atento a los oráculos en torno
quemo al azar mi tiempo y el humo que desprendo
me expresa en holocausto.

Me arrodillo ante un nido
donde un ave no cesa de empollar el misterio.

La parra de los astros respira entre fulgores,
un viento negro pulsa las hojas, los racimos,
cerniendo la sonrisa del polen constelado sobre mi desventura.

Pregunto y nadie sabe del ala que me roza,
del ojo que me infiltra sagrado escalofrío
cuando en mi opacidad surge una transparencia
y alguien susurra un nombre que no me pertenece, que nunca se articula.

Indago y nadie sabe, pues todo se interroga.
América es por fuera,
por dentro un hombre o solas que inquiere su semilla.

Trazo un círculo en torno,
cavo mi veta propia y el mineral arrastra sabores de la especie.

Mido mi tiempo entonces
con la vara floral, desnuda y frágil en su vitrina mítica del aire,
quemándose en aroma.

Me lanceo el costado funeral con un lirio.
Entre las tiernas tablas que definen lo verde como magia del año,
mi estructura de sangre sobrepasa las hojas,
sobrepasa los pétalos,
sobrepasa otros signos temporales del orden, de la astucia infinita.

Me despojo y comulgo sobre lechos de piedra:
sus espejos atroces
me devuelven los huesos, uno a uno en la clave de su póstuma cifra,
efímeras de cal tan deshojables.

Cada año
relojes certeros de la tierra promulgan una hora de candor y malicia.
Yo escucho, con los huesos crispados,
un reclamo de almendros, inocentes y crueles
luminarias de agosto que estallan y se extinguen como míticas lámparas.

Al nivel de mi asombro veteado por la angustia
criaturas minuciosas,
impías y voraces ahijadas de la muerte propagan su hervidero;
sus tribus clandestinas
desnudan sin cuartel las gradas de unas vértebras;
en túneles de oprobio practican cruentos ritos, necrófagas consignas,
o entre los orificios de un cuerpo derrumbado
arrastran a sus nidos fragmentos latidores, resinas funerarias.

Larvas penitenciales
trabajan una esponja de mieles purulentas,
o en púlpitos de estiércol relucen como alhajas,
joyas de podredumbre, cenit de la carroña.

De pronto, cierta noche
con sismos en la atmósfera que cambia de carácter y huele a poderío,
hondos labios de tierra soplan las flautas grises del bosque.

Entre la sinfonía que asciende tornasol por las yemas
el alma escucha un són central, autónomo, profundo.

Después del duro toque
torrencial del verano que enardece y ofusca,
la campana del clima reverbera en las tardes un gran halo de bronce,
cuyo polen astral
afina el temple, perfecciona la acústica del año.

Al oeste, en los cerros, pace nubes,
acumula su fronda gajo a gajo la catedral fanática del trueno,
como un bosque monstruoso de arbotantes y cúpulas.

Mientras empolla un huevo de furor en las fraguas
y el antro le circula del cimiento a las torres,
sus vástagos de furia devoran el espacio.

Cuando el aire es tan denso por el óleo nocturno
que hace flotar su mole pesada de exterminio,
rezumando centellas
por todos los vitrales, la tempestad desplaza su inmensa nave acústica.

Por entonces
la rumia del otoño desborda los lagares.

La tierra verifica sus óleos y asume sus resinas
con ebriedad de madre ritual que se abre en lámparas,
borneando en los crepúsculos
un largo y hondo brindis de espigas y fermentos;
un mosto en que se enjambran los éxtasis frutales,
en cuyo ritmo oscuro se advierten en familia las letras de la uva,
las sílabas del higo,
y otras nomenclaturas del sabor
que ella exprime para su gran tonada de sábado y cosecha.

Mientras el clima fuma,
de espaldas en un ocio limítrofe a los dioses,
las hebras de un tabaco solar
ya con rocío que huele a miel y plácemes de marzo.

Después, un día u otro, la nieve migratoria regresa a las alturas,
el alma recupera su cristalino virgen
y oye profetizar al aire los líquenes del frío,
mientras que junio ciñe como una enredadera penetrante los huesos.

Y aunque obedezca el agua los dictados del clima
que enclaustra sus criaturas,
se ve que no desdice ni su constancia móvil ni su índole de espejo:
su corazón sin párpado se sale a los biseles
y aflora por la grácil conducta de los prismas,
vidrieras del contorno donde la luz exhibe lujos fríos,
picaflores del iris, fosforescencias mágicas y crueles.

Las estancias del año
suceden y se apagan, reanudan sus corolas.

Yo por dentro de las casas del tiempo transcurro y me atestiguo,
me interno por sus naves, me empapo de sus pólenes,
quizá como la abeja, tal vez como el fantasma que ignoran los recintos.

Todas guardan su clave
de inocencia inclemente, su acústica impasible para la voz del hombre.
La potestad sin tregua que acatan
se realiza incólume en el eje sideral del transcurso.

Ah, el sésamo infinito que interrumpa los ciclos,
que detenga las muertes,
duerme, duerme tal vez y espera.
Todo es posible, todo es posible, el corazón lo sabe.

Canto mientras tenga los labios,
antes que los desdiga,
que los disperse el múltiplo de fuego que ahora los faculta y enciende.

Ay, ayer nomás un niño
con la mímica en ciernes, preguntando su texto deletreaba la vida;
demoraba libadores sus ojos en las formas del mundo,
sus ojos como labios demasiado sedientos,
demasiado tenaces para ser sólo asombro, puramente inocencia.

Y fue naciendo entonces del fermento sagrado,
por el fuego del clima, sin querer, sin saberlo,
aquel astro carnal de las consumaciones demasiado tempranas.

Y fue la zona tórrida del hombre con un élito estival en la cabeza,
verano de repente, visceral y salvaje,
jinete de unos fueros, de un carnal extravío,
de una sangre difícil con espuelas y espadas.

Cuánto dimos
por apurar la fase del fulgor sin quererlo,
ay, tan rápido ya sobre el declive.

Alcoholes del instinto, sustancias de antigua trayectoria,
poderes que nunca se mitigan
pues repiten el ciclo desde el mosto primario,
si expresaron el vicio natural del exceso con su loca sintaxis de volcán y meteoro,
con largas lenguas dulces
relatan su argumento de fulgor en la tarde
sazonando mi vida, alvéolo por alvéolo, como un dorado pan frutal para la tierra.

Un estío menguante en su heredad de rojos resplandores se inclina hacia el poniente
que ha de acogerlo al cabo como un párpado de eclipse...

Canto
mientras percibo a ciegas arreciar los embates de un caudal infinito
que me embriaga y arredra;
isla de sangre apenas habitable
con playas indefensas al sitio del terror fabuloso;
y ese odeón profundo
donde retumba el eco del caudal sin fronteras que en sí mismo refluye.
Mientras me inclino al fondo de un estrato celeste, noche adentro del hombre,
girasol de un recuerdo sin imagen ni arribo, de una clave perdida
que al tiempo que me abisma me proyecta y expande;
eso que me reclama, eso que me seduce todo bajo los párpados,
antes que se me anegue de eternidad el núcleo de la fábula,
antes que se me olvide la leyenda del mundo.

Entro y salgo en mi voz,
vuelvo por la estela del canto palpándome los pulsos, la angustia, los sollozos;
mi incógnita más ciega subsiste sin idioma,
sino ese parpadeo por los estambres sueltos
donde tiembla un diafragma que al fin dará su música.

Parece que la raíz
cuya constancia, huelo, ubicua, hasta el arrobo,
cierto vínculo a tientas con lo irrecuperable,
cierto instantáneo limbo por donde el corazón da con el alma,
da con la frente y gime sus anales confusos de légamo y estrella,
es el ombligo astral
que originara el mundo y lo sostiene en vilo y lo amamanta.

Los límites traslucen
un embrión nebuloso por los muros precarios,
y una red invisible que penetra y circula
va irrigando sin tregua los seres y las cosas.

Todo bebe del jugo de la sola vertiente cuya matriz no cesa.
Parece que los hombres se olvidan
de un órgano secreto como sexo del alma;
los huérfanos dispersos que no encuentran su madre,
cuando en verdad sonríe
y espera y nos absuelve desde un umbral antiguo
de sal benévola y de miel,
de edén inmarcesible, de par en par benigna adentro de nosotros.

Temblando estoy confuso como un árbol
todo de piedra ciego,
a quien le brotan pámpanos con ojos en medio de su entraña de tiniebla.

Parece que la sangre
quiere entender al alma, que sueña arcana en su arresife,
la mano en la mejilla nebulosa,
oyendo el ángel de horizontes que llega con la ráfaga.

La savia no pregunta la era de la yema,
pues su fidelidad es la memoria cuyo pastor la guía
al fruto sin por qué, solamente oscilando su número dorado.

Los dientes sin resquicio
que la granada alumbra en su colmena al tope de su colmo,
donde el quilate es púrpura y sonríe, exacto en el cuadrante cenital de sus mieles,
nadaron por la acequia del tallo como pulsos
cuando la flor fue un ojo núbil de la tierra
trepado a sus balcones para mirar un tiempo de sonrisa.

Nada ocioso perdura, corazón, si el ocio no es peldaño
para el vuelo siguiente,
rama de inercia activa donde el ardor reposa,
pues la verdad del fuego, si referido a un numen de diamante,
se verifica ardiendo móvil y continua como un pájaro
en perpetuo equilibrio sobre un filo de llamas.

Y cuando se nos vuela
se repite el misterio de una fuga ajena a su cadáver de ceniza.

Ay, PARECE que la lengua
ocupa unas palabras que quieren ser llenadas por un ímpetu,
pues vienen al salterio prometidas del mártir
y el corazón las ciñe como el cilicio puro que gana en su calvario.

Aun mudo y nebuloso
todo cántico o rezo nos conjura desde el limbo secreto en que pernocta,
inaferrable aún
pero ya inscripto en la total acústica del hombre.

Alguien mío comprende lo que yo desconozco,
y en el rubor del éxtasis que inunda

el corazón del ser desnudo ante el misterio,
intercambia los signos del rescate
con la sustancia virgen que se percibe al fondo del oráculo.

Diccionario del alma
cuyo saber nocturno fuera una selva antigua,
igual a un laberinto cuajado de alusiones y avaro de una gema
de mítico linaje,
el que se precipita tras la ecuación de mieles del número vedado,
provoca el arrebato de un álgebra convulsa
de la que extrae apenas su cifra de vejamen con las míseras cuentas
de un ábaco de hueso.

# EL LAÚD MIGRATORIO

La atmósfera se desgaja en grandes árboles blancos,
retazos bogan, banderas cambian de mástiles, islas
flotantes estelan
vacíos de plumas en el espacio;
un radiante hisopo cierne finos líquenes de estrellas.

Parpadean los collados
licopodio de siglos, pólenes de intemperie infinita.

Tal vez con un rigor suntuoso y siniestro,
la araña tórrida y boreal, la araña fosforescente de las profecías,
está tramando, urdiendo sus filamentos constelados
por una leche de luciérnagas;
está tejiendo, teje con la sustancia vaginal nocturna
esa escafandra inmune de los mártires,
esa armadura lívida y ardiente
que se pega a los huesos como un lóbrego moho.

O crece desde adentro
quizá la abrupta máscara con que entraré en el agua mordiente del enigma,
blindado hasta aquel tiempo geométriso, preciso,
en que las piedras-jueces de rostro lapidario y avieso olor a cripta
deban abrir los labios y acuñar la sentencia.

Entonces
ojeado por el iris de obsidiana del cíclope frontero,
recibiré en las sienes una detonación tan nebulosa
que inunde mi horizonte con su pólvora fría.

Si aun lo macizo es lastre que nos pese en el eco,
me tomará la mano del expolio,
me acogerá el gran párpado de eclipse,
recibiré la ráfaga salina
donde el orín desplaza temperos de ceniza al polo de las sienes,
hasta cuajar la inmensa, la dulce, la flotante corona del olvido.

Pero tal vez aprenda la liturgia
que me abrirá los pórticos glaciales.

Yo ignoro quién me instruye,
pero si el canto es puro, del interior quilate y primordial del rocío;
si es que surge, inocente, de la semilla mítica heredada,
acaso de la madre profunda, del carozo de fuego;
tal vez de la sustancia
saturada del celo del dios en el oráculo,
todo puesto en su cifra, con la difícil venia del custodio,
más allá de la sístole y el llanto cierne la casta sal, la harina póstuma,
la refractaria pátina del ocio
ya inmune a los reclamos como una costa hermética.

Pernoctaré sin prisa, mudo y ciego, secreto y nebuloso,
hasta que el búho invicto que mora en el reducto del último basalto
saque su cuello y mire
con todo el rostro ausente la nada, lo infinito,
y vuelva a ser la esfinge del girasol de piedra sellado en su cuadrante.

Entonces, desde el élitro seco del martirio
que tritura las sienes sin memoria desgajando su crátera baldía,
desprenderé un espectro, una oropéndola de llamas,

acaso un tornasol severo que extenderá su fúnebre abanico,
quizás del verde grávido al cadimio ceniciento,
hasta alcanzar el ocre ensimismado y revirar al cárdeno de luto.

Haré las ceremonias del testigo,
juraré por mis húmeros venir de lo caduco,
ya detenido el tiempo, padre de mis demencias y desidias.

Y quedaré parado, sonámbulo, a la diestra
del que vela dormido,
con la luna frontal iluminada, todo mirando el sitio de las momias;
penitente, impasible, con el aura difícil de algún ídolo
imantado por la divinidad que lo conduce, suspenso de una hebra todavía,
hacia el último claustro.
Allí la flor hierática, ni cerrada ni abierta,
del severo linaje de los huéspedes
que al fin han visto a Dios vueltos parálisis,
con el semblante ardiendo en la demencia
del ancestral imán encandilado por un temible polen de ultramundos,
entre los dos platillos su corazón en fiel, ya en hora fija, incorruptible.

Yo debo haber jurado por algo tan certero
con mi cifra de muerte que nadie pueda revocarme.

Y todo estará bien,
y mi doble simbólico dormido,
en otra latitud, en otra dimensión, en otra escala del misterio,
como la bandera que al cesar el combate del mundo, de la vida,
se recuesta por siglos, sin viento, en el esquema de su sombra,
hasta que al fin le venga un día la eternidad, el éxtasis o el polvo.

O como el árbol mítico, quién sabe,
sobrevarón final de antiguas dinastías voladas en un polvo de iridio hacia la luna,
antepasado arcano de sí mismo,
sin nombre en su estructura maciza de intemperies,

sin nombre en su pirámide extranjera en el clima
de tanto estar inmóvil en su hazaña de monstruo en la llanura;
de tanto ser adrede,
con todo el tiempo en bloque del cuño acantilado, masivo de su estatua,
isla sola hacia arriba, perduración atroz de un archipiélago
comido por las bestias del decurso;
planeta solo, bellísimo y siniestro, de una constelación de catedrales
taladas por un vándalo remoto a ras de su furiosa escarpadura.

Ya todo por debajo, tal vez séquito suyo,
que en forma de ola dura socorre sus cimientos,
que el vertical estuario va incorporando a tientas,
por un sistema oscuro de fraguas y de filtros
—desde la subterránea desembocadura
anillo por anillo hasta la cúpula salvaje—
como un maná de piedra venido del estrato de su dios aborigen.

Digo, viajero a pie en sí mismo por dentro de su edad,
desde la encrucijada terminal de la especie,
que al fin culmina el ciclo de la tribu,
resigna el cetro inútil llevado hasta la antípoda,
pliega el último párpado y retumba,
pegada la corteza contra el hueso, en su vacija de hojas, milenaria.

Pero tal vez el viento de los héroes, de los predestinados,
le ciña la sortija de fulgor giratorio,
y quede bajo el ojo tutor de las columnas, con médula de iridio,
plantado en el imperio que no cesa.

Oh latitud del todo inaccesible
mientras un són central sostenga entre latidos la mínima burbuja tornasol de la vida:
mientras propague
por los acantilados del pulso sus temblorosos ecos sucesivos,
paralelo a las alas versátiles, dichosas, de una ave verde, inmensa, con raíces,
donde el viento demora sus vaivenes gratuitos, sus engaños,
llama con manos leves —subid, subid la escala—
al reino de la dicha falaz, el transeúnte.

Idéntico a las ondas
que empinándose fingen, andariveles abajo, a la deriva,
con los correveidiles de sus duendes bailables,
el cielo trémulo, el capricho que dura
tanto como los tules del azar vuelto soplo.

Ah, con una parte de mi vida
donde amanece acaso, apenas, por los bordes,
y esa mitad menguante que se me eclipsa para siempre,
canto
crucificado entre los duros polos de lo que permanece y lo que fluye;
gimo entre los avatares continuos del decurso
y ese quilate frío de miel solar sellada
que mora en el recinto de un carámbano eterno.

Sí, entre lo que destella su constancia unitaria,
o a sí propio se liba,
sin confín en el quieto porvenir de un origen congelado en lucero;
y lo que prolifera con la ardiente pubertad de lo móvil
sus esfinges futuras,
entregado a la libre potestad del misterio que no agota sus cifras,
sus facetas, sus máscaras,
la lengua se debate, pero sueña un reducto
donde nada sucede, sino la transparencia detenida en acorde,
todo cristal sin límites ni engarce,
resueltos los meandros en un licor de joya continua,
ya gema del espíritu sin sombra.

El corazón sin duda esconde una pupila de oro, legado de los dioses,
como una dalia de muchos párpados
abajo la guarece, la acendra, la depura,
hasta el día que el espejismo cierto la ilumine...

Entonces
por la ventana pura del vidente penetrará una ráfaga de albricias,

penetrará una música de albatros, penetrará aquel soplo confidente
del gran laúd astral
que cierne por las noches su fulgor migratorio,
por sobre el infortunio del hombre encadenado.

– Alguien, no sé dónde, lo dice.
Un prójimo secreto lo escucha y lo comprende,
el alma temblorosa lo atestigua.
Todo es posible, todo es posible, el corazón lo sabe.

# UN ÉLITRO EN EL COSMOS

Donde la piedra truena, muda,
su voluntad de ser, desesperada, su torvo poderío de intemperie maciza.

Zarpazos planetarios, olas acantiladas, arrecifes volantes,
vástagos como puentes sin otro pie que el nervio de su cólera fósil.
Pestañas aguerridas
en donde cada pelo es un altar de oprobio, una pilastra impúdica,
un tótem de improperio y desahucio.
Fanáticos muñones de una mímica impía cuya crueldad traspasa el cuño de la inercia,
generando en su torno
ese clima maligno de estupor flagelado, de patíbulo yerto,
que el mineral propaga como sol de lo estéril.

Inmóvil y de espaldas
contra un púlpito roto que empavona la noche,
el adorante escucha
con todas las antenas y el diafragma del aire,
recaído en el foco de un antiguo infortunio del hombre,
auditor inclemente
con la sangre votiva sonámbula en un rito ignorado.

Aferrado a mis límites,
puesto que soy la víctima celebrante implacable,

bien al borde difuso de un terror sin fronteras,
sin otra compañía que el escarnio infinito ni más ancla que el hueso,
me alimento de alguna magnitud rencorosa,
de un licor clandestino que rezuman las piedras,
de una amarga delicia
que me impregna en la sangre su sabor de ultramundos,
tentado en el destino
por una investidura de nefasta eminencia.

La veta que persigo quema mi corazón y lo extenúa.
Como un metal adverso su rechazo me enciende la codicia.

Entre el espacio vivo,
mimético, alevoso detrás de su inocencia,
que de repente agita
sus filamentos de animal continuo, minucioso, pulsátil,
con un tropismo visceral de esponja que al parecer respira por succiones,
mientras concentra la amenaza en bloque de un inminente sólido infinito:
y esta litera abrupta que repele mi vida
vuelta un hirviente lecho de navajas,
paladeo un arrobo fronterizo al espanto, limítrofe al desastre,
condenado librador de infortunios
hecho a la miel aciaga del peligro.

Al fin, forzada la clepsidra, forzado el corazón
ante el repudio inmemorial, desprendo una voluta, un pulso,
un parpadeo mítico, un vilano del alma.
La luciérnaga en celo, por su arista de mártir
afronta la tiniebla, mide la eternidad de un solo lampo.

Busco el tutor inmóvil que me salve,
pero el peñasco tiembla como una enredadera estéril hecha de pájaros caducos.
Oscila y se estremece
desde los entresijos de sus muros precarios
que aglutinó una industria de intemperie y olvidos,

subrepticio rumiante de implacable saliva, grumo a grumo
hacia adentro,
soledad gajo a gajo.

Desde los soportales de un gran viento baldío,
de un huracán radiante
que desde entonces sopla con su constancia extrema de recíprocas furias,
sin una sola racha,
siento caer mi brizna devorada en las fauces de un imán tenebroso
que sorbe a la redonda con su espiral embudo migratorio y girante.
Se me anega la frente, sin otra referencia
que una ciega relación indivisa, de par en par ausente,
que construye y devasta;
que una gran telaraña sideral vibratoria,
cuyo eléctrico polen a latidos circula tornasolando el techo zodiacal de la noche.

De pronto, tiempo y espacio existen
tal como un solo abismo circular y sin tregua
en donde la materia se concentra de paso,
da noticias confusas del por qué y el adrede,
precipita su diáspora.

Ayudadme. Lo inerte no está quieto, tiene cimientos prófugos,
huye como la sangre.
Flota sobre un relámpago que sin cesar no cesa,
que sin cuartel reanuda desde el prólogo virgen su dispendio infinito.
Reside en un meteoro
que no conoce lindes en la soberanía de su estuario sin márgenes;
acaso, quién lo sabe, el propio cómo y cuándo
que arriesga en avatares su azar y siempre da consigo.

Lo entreveo en la ciega
velocidad cerrada, en el vertiginoso corazón del basalto,
si acumulado bulto de paciencia remota,
desde su propio indicio de ola dura y aparte
por un declive interno
ya de regreso al plasma del sinfín migratorio.

Oh geometría prófuga,
precipitados signos del álgebra espacial de la noche;
girasoles reflejos
regidos por imanes de implacable codicia.

Orden diseminado
de un enjambre total, circulatorio, múltiple y uno en la semilla arcana,
expandiendo su vértigo cautivo
en la ecuación sellada de un acorde mudo,
de un registro, de un són, que la memoria de la noche guarda en su matriz,
en el gran tímpano abismado,
a cuyo diapasón responde la sustancia insomne,
a cuyo código se encandila mi sangre, mi lengua tañe sola,
todo mi ser se enciende hasta alcanzar el éxtasis del ascua.

Alguien en mí comprende,
referido al secreto de un tutor cardinal, de una cláusula madre.
Alguien en mí despierta,
resucitado, antiguo, sediento gustador de la noche,
caja de la guitarra latidora del cosmos.

Reverberantes islas,
colmenar azuzado por el pulso radiante
que electriza el abismo tronador del silencio.
Alguien en mí sonríe con ancha cara al tiempo de los astros,
fosforescencias lácteas,
planetarias medusas,
crisantemos crinados como atroces carbúnculos.

Tal vez efímeras guirnaldas
para una mano atroz, abarcadora como inabarcable,
siendo el espacio el ademán sin tregua, que nunca llega al colmo,
que expande la heredad, la casa del origen, sin término.

Y aquello inverosímil,
que los súbitos vellos del terror atestiguan
entre los elementos furtivos de la noche,

la ley sin interregno
como la emanación de un ser vertiginoso, cuya frente es el orden
y sus miembros el caos.
Eso, cuyo espectro caudal de pronto centellea,
infinito de índole, constelado de signos como garfios,
surcado de tensiones, lleno de órbitas crueles.

Acaso dimensión interior, alma de un múltiplo
que todo lo contiene, quizá como un poliedro flagrante,
como un ojo infinito de rápida sustancia,
cuya incógnita madre persevera siempre en víspera suya,
siempre en génesis suyo,
legándose por dentro la tabla del terror, la rosa giratoria,
la alianza incandescente,
el cetro del sinfín, su pavorosa dinastía.

Oh azar fatal, adrede atroz
que está en el par del uno y en el uno del doble sin conflicto;
unánime de ser
en el núcleo del par comunicante como el himen y el falo de la cópula virgen,
sin duda de par en par entero
en el cuadrante de la estación total que no transcurre.

Allá, donde se abrevan
mutuamente los vasos del linaje, opuestos y recíprocos,
donde el nivel preserva la burbuja recipiente del germen de las leyes,
donde se restituye la balanza al polo de los polos,
al ancestral inmóvil de los péndulos.

Oh éxtasis, oh fiel, coloquio puro, bodas de equidad.
Si alguien reina, inocente, en la silla del juez siendo las partes,
si alguien se multiplica y se devora siendo incólume,
será quien no pregunte
pues la respuesta es sólo espejo suyo, soliloquio, monólogo,
complacencia del número y su signo.

Fábula de un pavor sin figura,
de un espectro, quién sabe, emboscado en su ausencia, del todo ineludible;
eso, repítelo por dentro,
mordiendo la semilla del conjuro posible entre el hueso y el alma,
central y remotísimo,
vertiginoso-inmóvil-siempre-nunca-lo-mismo-cardinal-simultáneo.

Oh cumbre sin acceso,
oh precipicio en cifra de las consumaciones,
oh cero esférico sin tregua.
Leyenda cuyo texto es la noche,
que esconde entre sus visos de impura tejedora
la cábala de un rito monstruoso de inocencia;
acaso el santo y seña
que el corazón escucha como un badajo insomne
cantar en los estratos del silencio,
cantar su armónico patriarca, cantar la clave mítica, el acorde
que abre y cierra las cifras del sumo jeroglífico.

La FRENTE, rechazada,
busca en sí misma el centro de una edad sin eclipse,
de un color cardinal que no cambia,
o que tal vez se absuelve, blanco, blanco,
por la infinita lanzadera sobrecogedora que sin fin teje y desteje,
pues mudando el plumaje móvil y tornasol mientras emigra,
se salva intacto por un quilate autónomo en su origen. Oh donde
sino al fondo de su alquimia sagrada,
donde los antagónicos no existen, son los prójimos fieles,
son las mutuas potencias que él integra, las alas que él asume.
Fénix incandescente, águila sin confín, albatros
cuya luz no se pone, cuyo cenit central abarca las antípodas,
surca todos los rumbos, anida en los oráculos, canta en los laberintos.

— La melodía astral que todo lo penetra,
para no aniquilarnos se amortigua de diafragma en diafragma,

hasta ser ese espectro de terror confidente
en la gran caracola zumbadora, la noche.

La noche,
ámbito del peligro mayor por un vejamen que no tiene consuelo,
en cuyo centro estoy, rodeado por zarpazos de impiedad milenaria,
sin abdicar mi carta de sangre que no juega en la baraja de las constelaciones,
trasmutando mi angustia en un área sacrílega,
asimilado al orden de un insecto blasfemo, feroz, irredimible,
aferrado a su gajo pernicioso de piedra.

A QUÉ NUEVA ecuación, a qué leyenda nebulosa
viajan las sílabas de fuego, los grandes números alados,
y esos cardúmenes concéntricos de finas lámparas girantes
con el zumbel incrustado como un látigo en el núcleo,
acuñados en vilo por una eternidad que así se testifica.

No sé. Supuesto un témpano hermético la noche,
que de improviso se hunde
hasta el sinfín aquel, detrás del almendral de escarcha y los radiantes,
donde al decir *vacío* me golpeo con un abismo sólido la frente,
se le trasluce una placenta negra, un anterior convulso al orden,
a la tiniebla un ancestral relámpago.

Y adentro del terror, del júbilo o la angustia,
puesto que risa y llanto nublan mi equidad refleja,
y entonces no hay verdad sino palabras,
y las palabras pierden su acústica, su ser, confunden sus personas,
máscaras del misterio.

Y latitud acaso es dimensión, o soledad quizás, o tal vez curso
del gran furor sin rostro donde los avatares se consuman
—oh soles tan lejanos pero del mismo lado de la brizna—;
ese espiral ombligo,
esa alga vibratoria que todo lo vincula a un magma de leyenda,

tal vez a un meridiano de centella inmóvil,
de cuya magnitud, de cuya potestad el tiempo pende
sin alcanzar ya nunca la heredad perdida.
Y aquello, aquél en mí, que no, no es tiempo, que es soledad, no mundo,
al parecer solloza de inocencia caído entre los órdenes del polvo.

Me tomo a un eje íntimo, a una potencia esquiva por difusa,
pero a la vez ardiente y fidedigna,
como entramada a fuego en los cimientos vivos de la especie,
para no hundirme en la intemperie desencadenada
por la memoria arcana de un límite sin bordes,
por cierto abismo antecesor del hueso, antepasado mítico del plasma,
detrás de la materia
nebulosa de un atavismo giratorio, en blanco.

Inscripta en su sistema de satélite ciego,
entre las concreciones fugitivas,
entre los pormenores numerales, escala tras escala de los vínculos,
todo
de un séquito en el otro, cautivo en su destino de eslabón tributario,
hasta dar en la danza del ritual convergente
que nada reconoce, sino el flujo y reflujo del caudal infinito
en el que desembocan, ciclos de fiebre y polvo, efímeras y estrellas:
cómo podrá la esclava minúscula en su claustro,
la abeja celular girando en su distrito,
abarcar un imperio que al tiempo que deriva sin cesar se remonta,
en el que siempre es nunca, porvenir es origen, sin confín, implacable.

Convoco el rayo puro de las consumaciones o el destino.
Y entre el diafragma acústico y algún prisma inocente del alma,
me traspasa un espectro
cuya trama circula sin perder el engarce de su armónico virgen,
como una campanada instantánea y continua
convertida en la sangre tensional del espacio,
maná del universo, reverberante espíritu del cosmos.

Tal vez allá, donde el azar no existe,
en un lugar sin sitio ni fronteras,
donde un oro esencial acendra su quilate que nada, nunca, empaña, corroe ni desluce;
o en alguna distancia tan próxima y remota
que se parece a nunca o siempre entre las sienes del olvido,
algún índice ley, sin margen al error, ajeno a toda desventura,
pues fiel a su constancia se deja ser y cuadra
dando el jamás sin mengua ni sobrante, la pura tabla idéntica a su colmo:
algún múltiplo entero, irreductible,
devuelve a la inocencia de su número virgen el gran plural de las consumaciones,
absuelve las cifras del decurso
en ese ahora suyo, sólo suyo, de par en par en blanco,
que existe, existe, sin cesar existe, mas nunca, nunca para el hombre.

Y en el cuadrante humano que se atreve
la furia encadenada al éxtasis radiante sopla,
restalla, se derrumba como un estruendo negro, sideral, sobre un liquen.

Lo atestigua la frente, vuelta un carámbano de plomo,
el corazón a tientas en su túnel de ciego,
y ese náufrago mártir que me hereda y se absuelve
cantando su alegría sobre la misma piedra funeral del sacrílego.

No rescataré nunca el terror, la embriaguez de esa antena del alma
vertida al remolino de la crueldad, milenio tras milenio,
por un ínfimo instante, milésimo, confuso,
cayendo, no lo sé,
tal vez al precipicio de un símbolo inasible,
a la onomatopeya de un genésico acorde que late en el silencio;
acaso hacia una madre
que canta, canta en círculo, desde su propio vientre,
con un tambor de número monótono su sésamo aborigen,
su pavoroso amén igualitario;
al fondo, más al fondo de aquel inaccesible quién sabe de la noche,
donde ya no hay después ni prólogo, anverso ni reverso,
donde lo mismo es éxtasis que espanto.

El mínimo destello
precipitó aquel lobo de las astrologías que aúlla en mi cabeza
y agota mi osadía en un sollozo de exterminio.

Pero un lastre de tierra me salva,
una raíz anclada en la profunda veta de la vida
me recobra, calmándome,
diciéndome el secreto que conocen las piedras, los pájaros, las briznas.

Batido por el soplo frenético donde todo es efímero,
mientras se abisma el temple
prolonga todavía la visceral campana su alrededor acústico de enjambre.
O acaso las abejas del colmenar profundo,
cargadas con su polen de enigma intransferible
me rondan en un halo de fatiga jadeante.

Cuando el pabilo humano trémulo se recobra,
vuelve a su parpadeo tímido entre los huesos.

La noche altísima y profunda, ajena a las minucias,
al pavor, a las muertes,
ajena a los equívocos del hombre,
abre su estuario curvo al río eterno de los astros,
como un panal granado en peces, que de pronto son flores,
que de pronto son ascuas del gran almendro frío que estremece la altura.

O es un verano negro, cuyas cigarras liban
el néctar espacial frotando sus vírgulas de plata,
escamas de la inmortal sirena anfibia del espacio y el tiempo,
que canta su fábula de origen, pulsando siderales cordajes,
tañendo el halo de los mundos en un vuelo cuyo fragor circula sin sonido.

La escuchan, pues suspiran
rumiando su mutismo fanático las piedras.
Alguien mío, confuso de un estrago remoto,
que oye caer la noche como una catarata de musgo y de silencio.

Alguien
que se extenúa cantando en el vejamen sagrado,
a solas con sus sueños, a solas con su angustia,
a solas con su canto, su posible infinito.

Un élitro deleznable que se apaga en el cosmos.

# SALMO DEL TESTIGO

Comparezco en mi lengua desnuda y fidedigna:
largo tiempo, en el linde de la cólera aviesa,
por su polo de muerte me imantó la desgracia.
Estuve con el hacha tenebrosa en lo alto,
se me inclinaba el fiel, fue un éxtasis atroz,
me salvó la inocencia,
me salvó la aureola primordial del dormido.

En la maceración, en la agonía
de ser a un tiempo el ara, la víctima, el verdugo,
me anegó la sustancia nupcial del holocausto.
Y del ojo prohibido, que parpadeó frontero al propio crimen,
queda un surco de azogue calcinado, una ceja de escoria quemante todavía,
algún espejo
muerto en cráter, yema hueca de un iris, vano ciego del alma.

Sólo el que cae de verdad
y asume en su caída las uvas del terror, la manzana fatal que nutre el caos,
es el que vuelve de verdad, si vuelve.

Sin traicionar mi número sagrado,
que ignoro y reconozco a tientas en su signo de incógnita simiente,
al fondo de mi esfinge de sangre y de ceniza,

desde la noche impía del desahucio, nido del dios estéril,
morada del sacrílego,
húmedo aún de mis sales perversas, lastrado de congojas,
acepto el madero de luz que el alba tiende al náufrago nocturno.

Arrepentido no, ratificado por el vínculo negro,
bate la frente un ala y mi costado arrastra un alga clandestina,
un fleco de tinieblas, un légamo de hereje.

Obedezco
al que supo mi lucha y fue mi cómplice en la inmersión en pozos sin salida,
a no ser el espectro de un río mudo y ciego, noche adentro del hombre,
fronterizo a la nada;
a no ser esa lengua de la esfinge con el cuerpo de túnel,
de cuya latitud de horror perfecto, de sagrada inclemencia nadie libra sus ojos,
sino, a veces, un mártir forzado del misterio,
algún ímprobo hereje, con el carozo en llamas, retador de los códigos,
cierto ritual agónico testigo,
vejado en el origen, mordido el corazón funesto y legendario.

Obedezco
al que ignoro en su ley, pero en mi luz precaria a tientas reconozco,
cuando al cantar confundo leyenda y profecía;
cuando al llamarse en mí, verificado por un arcano neutro, sin edad,
me quedo frágil en la carne, transparente en los fémures, a solas con el són que me demuda,
porque siendo el compás es la gran melodía que no se oye,
el diapasón estuario total de los registros,
el contracanto mudo y la sustancia póstuma, virgen, del silencio.

Sin duda
el que entreví tan alto en mi tenor de octubre un día
bajo el hechizo universal del cántaro y la paloma en ascuas,
y apareció en el fondo, donde temblaba un rostro irredimible,
tal vez mi propia faz quemada por la lepra lindera del desahucio,
cierto invierno del alma, bajo la cuadratura del cíclope y la sierpe;

cuando sudó un salitre aciago, un jugo verde y cruento,
cierta espectral resina
de intemperie y abismo mi reliquia materna, mi talismán de mártir.

Digo
al que alude mi lengua persiguiendo las tablas
de algún código fénix del que todo es indicio y nada certidumbre,
aunque a veces abrumen las señales de fuego
de algún álgebra viva que vincula a latidos la célula y los astros.

Ese adrede sin nombre
cuyo edicto te alcanza como un rayo de enigmas que trastorna las claves,
hermano mío pálido en el vino temible de las bodas,
con tu espina clavada en los ijares del alma,
con tu sed ancestral de supliciado,
y esa frente de célibe infinito,
de extranjero lunar besada por el fantasma de su eclipse.

Al que toma a su arbitrio de mi vida, revierte mi memoria, me cambia los espejos,
o prometido a un deudo donde la vida es llama sin revés ni cenizas:
me deja sin cuadrante para el tiempo del mundo
insomne de una estela que persigo a sollozos.

O al volver como un ebrio funesto
tropezando en las alas que pierdo en desatinos,
al volver de la injuria de algún cáliz perverso
que revierte en ponzoña su miel momentánea,
del pequeño fulgor de una plata carnal, de la columna de unos senos,
me aparece de pronto sobre el umbral del llanto
confundido al espectro de mi propio vejamen.

Al inmortal, acaso,
que al corazón le ocurre junto con un bisel hacia el prodigio,
pero es sólo una brizna, una migaja cruel,
y nadie sabe quién pasa por el iris del relámpago.

Al que no está en mi idioma
aunque me asista en mi sudor de tierra gris, martirizada,
o en el trasiego impuro del mosto en que me vierto
denso de ortigas mías, sabroso de cicutas.

O en el fiel de un armónico piadoso
baje a mi corazón y lo complazca en esa soledad que es toda compañía,
cuando en coloquio a solas con un doble que ignoro somos uno,
los mutuos de un enigma total en que me integro,
acorde astral, quién sabe, que el mártir atestigua entre sus valvas,
pájaro de un secreto
que en su semilla cardinal escucha.

Si el tripulante oscuro del trigo nunca yerra,
mi prójimo inocente, mi lazarillo ciego es el que sabe.
Si confío en su brújula dormida
alguien en mí constata que integra y obedece.

Me entrego y obedezco
al parecer a un són que todo lo penetra, a un número central
que tañe, no sé dónde,
que acuña sin cuartel su cláusula radiante, su módulo unitario,
repitiendo su incógnita de polen total desde el comienzo,
como el tambor unánime del germen
en medio de una selva continua de avatares.

Comulgo y obedezco al que no sé quién es, pero obedezco,
de par en par sin rostro en el molino ciego de los rostros,
que giran murmurando los rasgos de un linaje
donde un muñón me duele de un vástago que tuvo, lactante de otro clima,
que casi recupero al tope de un sollozo con yemas de inocencia,
cuando remonta el hombre
memorias por escalas de llanto en el exilio...

Al que sabe mis péndulos extremos
del sésamo al amén, los jeroglíficos donde inscribo mis claves de agonía,

las instancias fanáticas, blasfemas de mi ser en peligro, de mi índole hereje,
que florece en el riesgo sus orquídeas blafemas,
cantando entre la música y el número, entre los límites y el caos.
Digo, tal vez, acaso, quién lo sabe,
el ojo siempre diurno sin párpado ni sombra,
incandescente, próspero, infinito.

A quien venero aún desde el repudio en que me precipita
derrumbada la lengua de su ráfaga como un fruto de plomo,
cuando caigo de espaldas,
cuando pago en tinieblas su esplendor, cuando espío en lo negro,
del reverso del éxtasis mi ofensa,
queriendo asir la fábula de un himno, de un velamen
que restalla y se extingue,
dejándome por séquito
el receso flotante de un bando de vihuelas convertidas en águilas.

O en noches de herejías,
por tierras sin colonos, también sin esperanza,
se interpone y me escuda repatriándome el rostro de extranjero en mí mismo,
cuando la trizadura de un equinoccio negro ya va a hendirme la frente.

Digo, tal vez, acaso, quién lo sabe,
el que conoce el germen adentro del carozo y nada dice,
toda aleación posible en el fermento, y calla,
aun en la mina ciega de azar y de extravío, más atrás de la urdimbre,
en la inocencia que ni siquiera es pólipo de sueños, víspera de indicios,
niebla de presagios.

— Lo dicho escrito está. Yo callo y me estremezco.
Prosigue tú que sabes de la surgencia oscura que te ordena,
corazón, lengua mía, sonámbulo sagrado, tú que sabes, no la frente.

El que me toma un día, cuando más desvalido, marchito, miserable,
de bruces en el caos, de par en par en cruz por un sollozo,

y me dispensa al paso su aparición en medio de las vísceras,
probando al fuego blanco del pavor los puentes de mi acústica, la caja de mis huesos.

A veces la hora de más túnel,
cuando el hereje, esclavo de su propia libertad vengativa,
resulta abanderado de la mortaja aviesa que emerge de los antros,
por donde el héroe impío
da paso al gran adúltero y entona la feroz carcajada
que hace ulular la quena general de los muertos.

O aquella sin enmienda de las consumaciones o el desastre,
cuando la yema fértil,
de una herencia diabólica se encona hasta el vicio,
y echa un vástago obsceno,
una suerte de orquídea de merced tenebrosa
por donde se entroniza la santidad contraria, perversa, privativa del monstruo.

Y un trágico animal
empieza a amar su pan definitivo de arcángel al revés,
a devorar las ascuas de una miel rencorosa de sabor sentenciado,
a roer sabiamente su hueso de ludibrios, su mazorca de afrentas,
residuo abyecto acaso, escoria de estériles plegarias.

El que penetra entonces como un déspota infinito,
penetra como un vándalo de furiosa hermosura,
asume y desaloja los escombros del templo
violando mi infortunio en mitad de la hiel, en medio del estrago,
para usar el conducto que atosiga el oprobio, que interrumpen los pésames,
que sofoca la desgracia.

El que desata entonces su poderío de leyenda
centellando una riqueza atroz ante los ojos del mendigo.
Y ya no le perdona ni una leve caída, ni un azar animal,
ni un tropiezo en la nuez de sangre en que se ahoga el mártir.

Ese huésped temible
que la frente no alcanza, migratorio burlador de las redes
que el corazón conoce su verdugo paterno, su enigma venerable,
cuyo favor de pronto, como un meteoro en celo,
socava los cimientos del hombre.

En vano es que lo eluda
pues me sitia clavándome pupilas que no obstruyen fronteras,
hasta sentirme el vaso con el vino desnudo en la semilla,
sabido en la crisálida, en el capullo virgen del linaje.

Oh potestad en quien confío
pues su piedad es sólo comparable a su cólera,
y en pago del horror lega al sacrificado
una salud ritual de piedra viva amamantada por centellas.

Percibo en la garganta
la mano del suplicio pulsarme hasta la asfixia la estructura,
y a favor del regazo
que me ampara en la medida que me exige,
aún pide más tormento en su codicia extrema el desvelado entre clavijas crueles,
a tal nivel en el rigor del temple mítico
que el ser emana el polen del infortunio acústico sagrado.

Sí, como una catedral guitarra,
que fuese toda entera penitente testimonio del calcañar hasta la cúpula,
honrada hasta el peligro de las levitaciones o el derrumbe,
me corre un largo sismo por la pilastra de los huesos,
resonando en mis criptas, en mis lóbulos, en el nicho del alma,
al tope de un registro
que me convierte en ara de un armónico mártir.

Alguien me llama a la raíz solar
desde este ombligo de luz que une mi corazón al cosmos, mi lengua al universo,
que circula en la trama, en el cuerpo del día, por sus miembros totales,
cuando un león de ráfagas, altísimo y dorado, rebate
como un cóndor astral su melena infinita,
y establece su clámide de tótem genital en el trono del espacio.

Por la efigie del dios te transparento
hermoso mío antiguo, natural de la dicha;
traspasado mi albergue por la ardiente castidad salobre,
toda la carne párpado levísimo,
respiro en mi interior ese esplendor desnudo del alma
en la caverna dulce de la rosa mortal en donde canto.

Oh músico de mi fuego profundo,
concertador sagrado de los registros de la tierra,
táñeme,
armoniza mis llamas en la clave secreta de la hoguera que danza el holocausto,
arriba toda ascenso,
el pie terrestre apenas, ritual sobre la víctima.

Acá estoy viento mítico,
en el primer peldaño de la escala espiral circulatoria:
reconoce a tu mártir implorando el gran vítor,
implorando el relámpago
que consume las nupcias del testigo ritual
y la divinidad vertiginosa.

Apresura tu soplo, si ésa es tu ley, destrúyeme,
escarmena la trama, aventa los vestigios.

(Corazón suplicante
instrúyeme en tus signos, que al parecer confundo la liturgia,
pues me gozo en la ofrenda siendo el sacrificado.)

Acá me estoy a solas
paladeando un cilicio de mieles, deglutiendo la dicha
de un vejamen sagrado,
en el colmo de un rito que consume mi sangre como oxígeno propio.

Y aun resisto, aun soporto la inclemencia celeste,
la irrupción del peligro.
Provocando el acorde multiplico mi sed,
bebo mi propia pira, sorbo mi vino tórrido y tremendo.

Cantando
ondulo hasta los fémures.
Mi estructura es la sustancia misma del delirio.

Conmemora el corazón, de pronto, un día sin linaje,
como una primavera muy atrás, en el prólogo virgen,
no tocado por la gran desventura.

Como un pájaro
humano y celeste, que pierde pie hacia arriba
por la efemérides arcana,
percibo ese furor azul que absorbe como un imán altísimo del viento.

Gravito hacia el recuerdo, gravito hacia el espacio
ajeno casi al animal que me sustenta,
oh zarza mía en que un incendio blanco se consuma;
pierdo los bordes casi, fluyo espuma de espíritu,
prófugo de mis huesos
rezumo harina astral, emano un fino polen de horizontes...

Pero aun estoy pesado de sustancia,
me ama la tierra aún y soy su deudo
por el mugrón secreto que amarra mi destino al de mi sangre.

Esperaré en el árbol el relente dichoso,
la señal del rocío
que baja un día al alma del que ya tiene un pájaro en las sienes.

Mientras sueño mi tempero de enigmas
padezco, cantando, el interregno.

Como el vilano en la corola
estoy ya próspero con la simiente bajo el ala.
Basta un soplo levísimo: lo espero.

Mis rodillas estériles no saben la postura,
tal vez mi frente, quizá mi corazón, el sí versado en sacrificios,
desde la niñez floral ya con estigmas crueles,
con sus grandes ojeras proféticas de mártir.

Mi ESFINGE es ya de luz y me enceguece.

Oh mártir, oh testigo,
penitencial diafragma del misterio,
pálpate, estás aquí, corrobórate y canta.

De pie en la cepa tuya dos veces fidedigna,
puesto que en ti la gozas y ella te paladea poseyéndote;
dorado en la altitud que te asevera suyo de otro modo,
en el fiel de equidad en que te quemas atestiguándote en los huesos,
entre los dos imanes, corrobórate y canta.

La tierra no propone en vano sus emblemas
a un corazón que oficia desnudo en su liturgia.
Acógete a la efigie del girasol sagrado,
acaso tu aborigen espectro, tu semejante arbóreo, tu símbolo, tu máscara,
que en la inmortal incandescencia, vuelto su rostro al dios de su corola,
bebe en su propia copa el néctar del altísimo enigma transparente.

El día,
el día es quien me revela unido a la circulación del tiempo y el espacio
que algún vértigo inmóvil unifica para que haga pie la sangre.

Pero en la conducta de ese vástago curvo
que proyecta mi sed, percibo una codicia que es lealtad, acaso
memoria de algún vínculo difuso
que el corazón sospecha entre sus sobresaltos y éxtasis lentísimos.

Late el pezón inmenso,
fluye la leche universal y rubia,
se adivinan las hebras donde la vida teje sus destellos,
donde los pormenores se unifican, comparten el sistema
de aquel amor fastuoso y despiadado que nimba de grandeza la minucia;
las cifras transeúntes, que nunca sobrepasan, que no agotan
por más que multipliquen sus briznas, sus enjambres,
la magnitud impía
de un número aborigen, a solas con su propio sinfín originario.

Yo CAIGO en un olvido
pavoroso de mí, de un golpe ciego
me precipito al núcleo de algún plasma inocente,
reclamado en el seno primordial de otro enigma
que late aún más profundo en mis estratos.

Tan sólo quien redime sus ojos,
quien declina su sangre, su luz mínima, su pálida miseria,
más allá del terror, en el confín irrevocable,
rescata un gran recuerdo que todo lo aniquila y restituye.

Acaso como el germen del pino
que al deshojar el puño hermético su cárcel,
cae hacia atrás, por dentro, desnudo, remotísimo, hasta el fulgor que no caduca,
y en bodas con su prójimo secreto milenario
despierta la voluntad de un dios dormido en su simiente.

No sé por qué me apremias
si aun mi legado cumple el ciclo de la cripta,

si ama la valva roja del otoño, el edredón de sangre en que lo celo, avaro:
nostalgia de quien fuese
por su interior quilate de joya inaccesible,
el día siempre diurno de las consumaciones,
por el que toda sílaba padece, a cuestas con su acento,
a cuestas con su incógnita heredada.

Hasta absolverse al fin,
todo es posible, todo es posible, el corazón lo sabe,
en la ecuación radiante de ese puro acorde,
de ese total armónico que escucho —silencio, cumbre, latitud insomne,
memoria mítica del alma—
no sé, detrás del tiempo, al fondo del amén, después de los oráculos.

Yo CANTO enceguecido,
quizá como el insecto cegado por el iris de un mágico horizonte
que es sólo el duro vello del dedo que lo apresa.

Oh eternidad, oh soledad sin nombre,
si estoy en ascuas por tus ojos,
si soy el transparente, pósate en mi cuadrante.
Me atrevo aunque no alcance sino el nivel precario
en donde la palabra aun es lo que dispersa.

Sentirte me demuda la carne
de bruces en el hueso transitorio,
pero comulgo a solas, cantando, sollozando, tu aroma inédito al sentido,
no a la abeja profunda en cita con tu polen,
no al corazón que sí te alcanza:
oh precipicio puro en que mi abismo humano se extenúa,
relámpago sin tregua
en cuya dinastía la mínima luciérnaga se espeja y reconoce.

(Parece que la lengua se desnuda y al par que se ensimisma se enajena
por dar a luz una corola en celo, algún enigma transparente

que a flor del alma centellea como una almendra de rocío;
pero su claridad central es tan profunda,
tan íntimo y arcano su oriente de inocencia,
que su diafanidad es otro abismo,
de par en par sellado en medio de la gema.)

Quizá me asista un día
la mirada caudal, el ojo sin fronteras, la luz que no se pone;
la irreductible Ley, no sé, de par en par en blanco;
la gran constancia sola y unitaria del múltiplo infinito que todo lo contiene,
vertiginoso acaso en el total acorde de asir su propia clave,
la cifra de su génesis, su todo jeroglífico;
pero a la vez inmóvil, cuajado en un diamante de fénix sin cenizas,
que existe, existe, existe en la ecuación redonda del éxtasis consigo,
cimiento de la vida y eje de los derrumbes,
allá, en la isla abstracta del sésamo radiante,
en donde las mareas del tiempo no tocan sus orillas, no dejan su resaca.

# ÍNDICE

Sabor aciago 7
Código Fénix (*El Condenado*) 12
Ceremonia del cuervo 22
La amante impía 25
Heredad del hueso 28
El rabdomante sagrado 33
Signos de la danza 41
Clave de agonía 48
El mártir como monstruo 55
Rito del dios caníbal 60
Corsario de tinieblas 70
El héroe de la angustia 77
Contienda del minero 82
Los límites y el caos 91
*Pausa del agónico* 102
Espía de la noche 103
El páramo de huesos 110
El rumiante infinito 120
Los suplicios y el éxtasis 126

El yugo celeste 132
Prometida del año 142
Polen de enigmas 148
Sangre en el tiempo 156
El laúd migratorio 167
Un élitro en el cosmos 173
Salmo del testigo 184